

— 9 —
LODOISKA MAAPAKÁ

ROSA DE ABRIL



SEGUNDA EDICIÓN



SANTIAGO DE CHILE

IMPRENTA CERVANTES

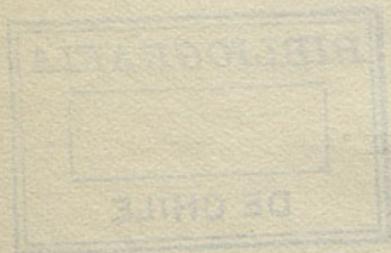
CALLE DE LA BANDERA, NÚM. 73

1892

LODOISKA MAAPARA

Celeste Lassabe de Cruz Cope
ROSA DE ABRIL

Es propiedad del Editor
Queda hecho el depósito que manda la ley



BASTILLO DE CHILE
IMPRESION DE CERVANTES
CALLE DE LA BARRERA N.º 11

Á MIS CUATRO CHIQUITINES,

Maicita, Nora, Cayetano y Carlitos, á los tres primeros, que se quedaron, y al último, que se fué.





I

En los salones á la vez suntuosos y sencillos de un elegante *chalet* del Cerro Alegre, se agitaba una muchedumbre juvenil y risueña: rubias *misses*, delicadas, vaporosas, con ojos de turquesa de cándido mirar, se codeaban, se confundían con las orgullosas jóvenes chilenas, cuya maciza hermosura formaba singular contraste en medio de los pimpollos blancos y rosados de la colonia europea, figuritas de porcelana de Sajonia, que parecían movidas, cual autómatas, por un mecanismo oculto.

Era el primer *white-ball* de la temporada y un verdadero acontecimiento para la juventud porteña, por cuanto el baile, ese año, servía de pretexto á una ceremonia interesante: la presentación de Jovina, hija mayor del conocido minero copiapino don Lusiñán Torrella, y su entrada oficial en la sociedad de tono.

Acababa Jovina de cumplir dieciocho primaveras, y era huérfana de madre. Su abuela, doña Griselda Rospillosi, hacía las veces de tal, y bajo su dirección inmediata se habían hecho los preparativos de la fiesta.

De todas las arañas de cristales multicoloros pendían guirnaldas de flores naturales que iban á enroscarse en los altos candelabros de bronce, en las finas esculturas de alabastro, en la felpa y el terciopelo de los zócalos, embalsamando, al pasar, el brocato de tonos suaves de las cortinas, la blanda alfombra que apagaba todos los ruidos.

El efecto de ese admirable conjunto era poético en extremo. Las muchachas de tres lustros remolineaban bajo los destellos de cien luces, envueltas en el perfume de mil rosas; la aureola de la adolescencia resplandecía en su frente, y las madres se sentían rejuvenecer en esos tiernos retoños del árbol de su propia vida; los Tenorios audaces se convertían en tímidos pastorcillos y con voz insegura pedían á las ninfas ligeras y burlonas el favor de un valse ó de una contradanza.

La heroína de la fiesta, Jovina Torrella, vestía un traje de raso blanco, muy poco descotado, guarnecido de rosas silvestres en el borde inferior, en las mangas, al rededor del cuello. Su hermosa cabellera castaña, con visos de oro no llevaba exornación alguna. Levantadas al estilo griego, sus crenchas servían de maravilloso marco al óvalo perfecto de un rostro puro, dulce, gracioso, serio, sin embargo, y tranquilo, en medio de

la embriaguez de la fiesta, embriaguez que palpitaba en el aire, brillaba en el iris de las arañas, susurraba discretas lisonjas al oído de las bellas.

Al dar ese baile, don Lusiñán Torrella perseguía un doble propósito; primero, celebrar la entrada de su hija en la alta sociedad porteña, de la cual él era distinguido miembro, y segundo, anunciar solemnemente los esponsales de Jovina con un joven marino á quien desde tiempo atrás ella había dado su corazón.

Juan Entenas, era hijo de un capitán de buque, antiguo compañero de estudios de don Lusiñán Torrella. Huérfano á la edad de trece años, la pequeña fortuna que le había dejado su padre, administrada inteligentemente por uno de sus tíos que era al mismo tiempo su curador, le permitió recibir en Europa una educación esmerada. Tenía mucha afición por la carrera náutica y había recorrido en un buque escuela de la marina rusa todos los océanos del mundo. En el instituto naval de Cherburgo, había conquistado envidiables laureles, y de regreso á su patria, sus servicios, justicieramente, apreciados, lo habían encumbrado en breve tiempo al puesto de teniente de navío.

Don Lusiñán, hombre de juicio y de corazón, había descubierto en el joven marino las cualidades morales que correspondían á su ideal de yerno; por eso había alentado los sentimientos que adivinaba en la turbación del teniente Entenas y en el rubor fugitivo de su querida Jovina, cuando los dos jóvenes se encontraban juntos.

Efectivamente, se amaban.

Antes que hablasen sus labios, sus ojos habían divulgado el secreto de su corazón, y esa noche memorable, que debía consagrar su noviazgo ante la sociedad, era para ellos el coronamiento de sus aspiraciones más caras, la inauguración de una vida feliz que debía deslizarse tranquila hasta llegar á la hora del juramento eterno.

Juan no tenía miradas sino para su Jovina. Á su parecer, nunca figura moral más bella había reunido tal conjunto de perfecciones físicas. Admiraba el andar gracioso de la niña, su fisonomía serena y suave, sus ojos pardos que denotaban bondad y mansedumbre y eran en ella fuente inagotable de ternura.

Jovina pensaba con legítimo orgullo que de todos los caballeros que revoloteaban por ahí, ninguno tenía el ademán caballeresco, la sonrisa benévola, el mirar franco, enérgico, sin dureza, de su querido Juan; ninguna voz como la de él poseía esa expresión cálida é insinuante que de continuo cautivaba á los oyentes y suscitaba su simpatía.

Era verdad. Juan, á los veinticuatro años, unía, á las brillantes cualidades del hombre de mundo, dotes de inteligencia y conocimientos profesionales que le captaban el cariño y la admiración de sus amigos y el aprecio de sus superiores jerárquicos. El sol y la brisa del mar habían bruñido su tez, y ese color moreno daba á sus ojos azules un fulgor extraño que fascinaba. Llevaba el pelo cortado á la *Titus* sobre la ancha y despejada frente. Al contemplar esa viril hermosura,

más de una niña, esa noche, envidió la suerte de Jovina, que iba á tener por compañero de existencia á un mozo tan cumplido.

Á la una de la mañana, la orquesta dejó de tocar valsés y cuadrillas, y atacó briosamente la sinfonía de *Guillermo Tell*.

Era la señal de la cena.

Mientras los acordes del célebre prelude de Rossini repercutían armoniosos y sonoros en todos los ámbitos de aquella regia morada, una cortina de follaje vivo, que separaba los salones del comedor, desapareció como por obra de magia. Cuanto la opulencia y el buen gusto pueden proporcionar al deseo más exigente se hallaba reunido en ese soberbio recinto, verdadero invernáculo hecho de cristales y de hierro y profusamente amueblado de plantas y arbustos de los trópicos; y de en medio de esa vegetación exuberante surgían acá y acullá magníficas esculturas de mármol blanco, cuyo valor representaba un caudal.

En los cuatro rincones de la galería, sendas columnas salomónicas de pórfido sostenían las estatuas de Flora, Diana, Ceres y Pomona. Merced á una ingeniosa combinación de luces, cada uno de esos olímpicos personajes resplandecía con brillo propio. Ceres se bañaba en el rayo de sol que hace madurar las espigas y crecer rozagante el pasto. Pomona aparecía envuelta en un velo de luz verde que aumentaba la gravedad de su perfil correcto, y hacía más severos los simétricos rasgos de su boca. Un haz de fuego de matiz in-

tenso formaba á Diana una aureola flamígera y victoriosa, y, á los destellos rosados de una antorcha invisible, Flora sonreía con su plácida sonrisa eterna.

Los vívidos fulgores de esa iluminación fantástica repercutían en la vajilla de plata cincelada, en las fuentes de loza del Japón, en los vasos de cristal de Bohemia, formando una orgía de colores que deslumbraba la vista; los deliciosos vinos de Itata y de Cauquenes brillaban como rubíes en ánforas de cristal y bronce, y soportaban sin desdoro la competencia de los más célebres chatós de Borgoña y de Burdeos.

Al rededor de la vasta mesa ovalada, alternaban lindas doncellas é individuos del sexo ingrato, cada uno con su cada una; risueños todos y alegres, inconscientes, despreocupados, seguros del presente y sus delicias, confiados en el porvenir y sus promesas.

Jovina y Juan, sentados juntos, no experimentaban más sensación que la de su mutua dicha, la de su recíproco afecto. Aquellas exterioridades lujosas y chillonas les parecían opacas y apagadas al lado del amoroso ardor de sus corazones.

Se pronunció el primer brindis, dedicado á la hospitalaria magnificencia del amo de la casa; don Lusián contestó en frases sencillas, cortas, expresivas, y designando después con la mano abierta á Juan y á Jovina, los presentó á sus convidados como futuros esposos, y anunció su próximo enlace. Un murmullo unánimemente lisonjero ahogó por breves momentos las palabras del señor Torrella, cuya emoción era visible y se transmitía al elegante auditorio.

Juan había puesto en el dedo de Jovina una sortija que representaba una ancla sujeta por un grueso cable. Este era de oro y platino, el ancla estaba hecha de una sola esmeralda.

Terminada la cena, que había sido servida exquisitamente, todas las niñas rodearon á Jovina, la abrazaron, le expresaron sus votos de felicidad sin fin.

Jovina, amable y complaciente, mostraba á todas el precioso anillo, que circulaba de mano en mano. Una muchachita vivaracha se acercó á ella y le dijo:

— Querida, no te quites el anillo de desposorio; eso trae mala suerte.

— ¡Calla! exclamó Jovina, recobrando la prenda con presteza; calla y no seas loca, Eduvigis.

Después, dirigiéndose á su novio, que había conseguido desprenderse de las felicitaciones de sus amigos:

— ¿Ha oído usted, Juan, la ocurrencia de Eduvigis? Mi amiguita cree de mal agüero la admiración que provoca esta soberbia alhaja, porque me he separado de ella durante un minuto. ¿Cree usted también que eso sea un motivo de desventura?

Acompañaba sus palabras una sonrisa tiernamente maliciosa, señal de lo muy poco que le importaban esos augurios.

— Mi Jovina, contestó el joven, la única desgracia que podría sobrevenirnos sería la muerte de cualquiera de los dos, y todavía esa desgracia nos uniría para siempre en un esplendoroso más allá; tengo esa convicción profunda. ¿Podría usted vivir sin amarme, amiga de mi alma?

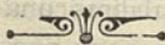
—¡Nó, nó, nó! Calle, Juan, no hablemos de cosas tristes hoy, cuando todo nos sonríe.

Las ominosas profecías desaparecieron en el torbellino de un valse de rauda cadencia, y no volvieron á presentarse esa noche.

La animación y la alegría de aquella rumbosa juventud se desvanecieron con la fresca temperatura del alba.

Entonces vino la despedida, el confuso tumulto de los adioses precipitados, el rápido crujir de los abrigos de seda. Poco á poco el silencio fué invadiendo la suntuosa mansión; las luces se apagaron, se cerraron las puertas, y el primer canto del gallo no resonó en el oído de ninguno de los concurrentes á la fiesta.

Todos dormían.





II

La casa de don Lusiñán era un pequeño mundo, en ese pequeño mundo Jovina era la reina. Fuera de ella había cuatro niños: tres hombres, una mujer. Daniel, el mayor de los muchachos, tendría quince años y se parecía mucho á su hermana. Además de la similitud de facciones, que era sorprendente, había entre los dos cierta analogía de caracteres y de gustos que hacía más notorio su recíproco afecto.

Rosita, niña de trece octubres, era de complexión bastante delicada, y por tal motivo le habían prohibido los estudios serios, hasta la lectura. Pasaba una vida de criolla perezosa, mimada por su abuela, por su padre, por su hermana mayor.

Andrés, hermoso niño de diez años, bueno, inteligente, poseía notables disposiciones para los ejercicios gimnásticos; no tenía rival en el trapecio, y en toda

ocasión manifestaba su deseo de llegar á dirigir, cuando grande, el circo más completo y más hermoso del mundo.

Miguel era el Benjamín de la familia; á los siete años era un mecánico aventajado que buscaba su mejor diversión en la compostura de máquinas é instrumentos, desde el complicado reloj de la cocina que él deshacía y volvía á armar sin tropiezo, hasta las sencillas tijeras de Rosita que se mellaban continuamente.

Pocas horas después de la fiesta que hemos descrito, los cuatro niños, reunidos en su sala de estudio, aguardaban impacientes á la hermana Jovina que debía referirles las impresiones de su primer baile.

Miguel se preparaba á oír un cuento por lo menos tan maravilloso como el de la Cenicienta; Andrés se adiestraba en un nuevo ejercicio de *clown* con una silla y un bastón, y Daniel dibujaba al lápiz caricaturas de personas conocidas que Rosita iba nombrando á medida que las ejecutaba el artista.

Jovina entró por fin, risueña, radiante. Tres horas de sueño tranquilo y un baño tibio al levantarse habían borrado de su rostro toda huella de cansancio. Inmediatamente fué rodeada, saludada, agasajada. A las cuatro voces queridas que á un tiempo la interpelaban, ella contestó:

—¡Ay chiquillos, con qué gusto los vuelvo á ver! ¡La noche me ha parecido tan larga sin ustedes! ¡Y eso que había tanta gente y que he bailado tanto! Pero yo no los olvidaba en medio de mi regocijo, pensaba

á cada momento en ti, Daniel; en ti, Rosita; en Andrés también y en Miguelito.

El hermano mayor le dió un apretón de manos, Rosita la abrazó tiernamente, Miguelito le dió un beso parándose encima de una silla, y Andrés, el gimnasta, ejecutó un salto mortal sorprendente por su precisión y limpieza.

¡Todos la querían tanto á la hermana grande! Y este sentimiento era á la vez fraternal y justo, pues Jovina lo mismo ayudaba á Daniel en la solución de un problema difícil, que toleraba los enfermizos caprichos de Rosita, satisfacía las exigencias histriónicas de Andrés y estimulaba las disposiciones científicas del Benjamín.

Jovina había conocido é idolatrado á su madre. Cuando tuvo la desgracia de perderla su dolor fué inmenso; pero la compasión que le inspiraron sus hermanos menores amortiguó su tristeza, y con todo el ardor de su alma generosa amó doblemente á los pobres huérfanos.

La desesperación de su padre robusteció su estoica energía; ella fué el ángel de consuelo en los días de prueba. Su abnegación y su virtud convirtieron el recuerdo de la adorada muerta, nó en una evocación que arrancase llanto á los ojos, sino en el espíritu protector de la casa encarnado en el corazón mismo de Jovina.

—¡Qué bonita sortija! exclamó de repente Miguel apoderándose de la mano de su hermana, mientras ésta le acariciaba la cabeza.

—¡La sortija! ¡ah! de veras, tiene su párrafo en la relación del baile; escuchen, hijos de mi alma.

Y la hermana grande les contó los incidentes del *white ball*, habló de los bonitos trajes de sus amigas y con voz ligeramente temblorosa recordó el momento solemne de los esponsales en la galería de cristal.

Un profundo silencio sucedió al relato de la joven. Al recibir la noticia del próximo matrimonio de su hermana, Daniel había fruncido el ceño, y una lágrima había brillado en los ojos de Rosita; Andrés, de un brinco se había parado sobre las manos con los pies en el aire, y Miguel había dicho con gravedad:

—Tú eres bonita como ninguna, hermana. Juan no podía elegir otra novia.

Andrés se dignó objetar la observación del chiquitín:

—¿Entonces, Juan tenía obligación de elegir novia en ese baile?

—¡Vaya! ¿No sabes que en los bailes hay siempre un príncipe que toma por esposa á la niña más linda? Anoche, Juan era el príncipe y Jovina la más hermosa, ¿no es verdad, hermana? Pero, dime, cuando estés casada, ¿no te irás á vivir en un buque con tu marido? ¿Y qué sería de nosotros?

El niño tenía el corazón henchido de pena por este pensamiento, cuando Jovina lo atrajo hacia sí cariñosamente y le dijo:

—Nó, Miguelito, no me iré á vivir en un buque cuando esté casada; siempre seré tu madrecita, tu hermana grande que te quiere como los quiere á todos, y que nunca los abandonará. Daniel, Rosita, ¿nada me dicen ustedes? Sólo Andrés se ha mostrado satisfecho dando una vuelta de carnero en honor de Juan. Pero ustedes, ¿no lo quieren? ¡Yo me sentía tan contenta de dárselos por hermano!

—¡Sí, sí! lo queremos y nos alegra tu felicidad! exclamó Rosita, echándose en sus brazos; pero perdona, Jovina, perdona nuestro egoísmo. Ante todo, heinos pensado en el desconocido que nos iba á arrebatár tu corazón, tu presencia, tu vida entera. ¡Tan bien que estábamos juntos los cinco!... Pero Juan es bueno, y con él serás feliz, Jovina; y nosotros, como lo dices, tendremos un hermano más.

—¿Vivirás siempre con nosotros? interrogó Daniel, inquieto.

—¿Es posible, ingrato, que me hagas semejante pregunta? ¡Cuándo les digo á ustedes que nunca los abandonaré! Una madre no se separa de sus hijos, y ustedes son los míos. ¡Ay! suspiró la joven, veo que mi matrimonio no les da alegría! ¡Y yo que venía á recibir sus votos y sus felicitaciones! Está bien, ya no me caso. Voy á devolver el anillo á Juan, diciéndole que no tengo el consentimiento de mis hermanos chicos. ¿Quién sabe? ¡Puede ser que lo obtenga algún día!

—¡Sí, sí! cástate Jovina, cástate querida hermana; pero ámanos siempre y no te separes de nuestro lado. Bajo esas dos condiciones, dijo Daniel, damos nuestro pleno

consentimiento á tu matrimonio. Y ahora, muchachos, una ovación á la novia.

Al hablar así, Daniel formó una rueda con Rosita y sus dos hermanos y puso á Jovina en el medio. Y mientras bailaban al rededor de la joven, los niños cantaban así:

Feas y donosas
se quieren casar,
pero Jovinita sólo quiere á Juan.
¿Nuestra linda hermana
Juan nos quitará?
Nó, porque tendremos
un hermano más.

Cuando la improvisada redondilla hubo concluído, Jovina los abrazó á los cuatro, empezando por Miguel, y les dijo afectuosamente:

—Ahora sí que vuelvo á encontrar á mis buenos hermanitos.

Y añadió:

—Todavía no he saludado á mamá Griselda; ¿quieren que vayamos á darle los buenos días?

Doña Griselda poco salía de sus habitaciones, donde la mantenían en reclusión constante sus dolorosos reumatismos. La víspera se había fatigado tanto para preparar la fiesta de su nieta que esa mañana no podía literalmente moverse de su silla.

Rodeada de los cinco hermanos, la respetable señora olvidaba sus dolencias, participaba de la común alegría.

Ella escuchó complaciente la charla bulliciosa de

sus nietos, las observaciones infantiles que sugería á esos jóvenes cerebros el matrimonio próximo de la hermana mayor, Jovina. Cada cual hizo sus planes para celebrar ese extraordinario evento. Daniel, diestro dibujante, se proponía ejecutar un modelo de traje de novia, que había de ser algo portentoso. Rosita se recocijaba al pensar que sería la primera dama de honor. Se le ocurría vestir á Miguelito de paje, y preguntaba á Andrés si para entonces él no tenía la intención de vestirse de un modo original y fantástico.

Los niños habían olvidado ya las preocupaciones que durante un instante habían oscurecido su frente.

Jovina, dichosa al ver á sus hermanos tan gozosos, escuchaba con interés á su abuela, quien le hablaba de Juan, de la vida de marino, de los largos viajes.

Miguel se había quedado mirando á su linda hermana, y al cabo de un rato dijo:

—La hermana está vestida lo mismo que todos los días, y sin embargo, yo encuentro que tiene su cara de los domingos. ¿Por qué?

La *cara de los domingos* era sin duda para el chiquitín una cara extraordinariamente bonita.

Aquella cándida observacion provocó la risa de todos. Mamá Griselda se encargó de explicar á Miguel por qué Jovina llevaba la cara de los domingos.

—Hijito, le dijo, ¿ves la preciosa sortija que lleva tu hermana en el dedo? Esa brillante piedrecita verde le da un placer que ayer no tenía, y de ese placer resulta la hermosa expresión de su rostro, de eso que tú llamas cara de los domingos.

— ¡Ah! comprendo! repuso el niño en tono convencido ¡esa sortija es un talismán! Juan lo habrá traído del país de las hadas. No la vayas á perder, hermanita, que con ella no envejecerás nunca y estarás siempre hermosa. Eso lo sé, porque lo he leído en aquel libro grande que me regalaste el día de Navidad.





Esta obra se dedica
a la memoria del pueblo
de la literatura.

III

Dos meses faltaban para el matrimonio de Jovina. Los niños, sus hermanos, veían deslizarse los días con creciente regocijo; cada uno, según sus facultades, prestaba su contingente de fuerzas y de conocimientos á la preparación del canastillo de bodas. Rosita bordaba, afanosa, un soberbio cobertor de satín; Daniel dibujaba *historias sin palabras* en un álbum de croquis; Andrés, armado de una fina sierra de calar, trabajaba esmeradamente una hoja de palo santo que debía convertirse poco á poco en un diminuto castillo, futuro albergue del re'oj de Jovina. Miguel, en fin, trazaba con inseguro pulso los geroglíficos de su primer cuaderno de caligrafía, que pensaba obsequiar á la hermana grande en el solemne día del casamiento de ésta.

Los muchachos hacían todos estos preparativos con la mayor reserva. Se encerraban horas enteras en su

salón de estudio, y cuando Jovina, que algo maliciaba, se hacía la desentendida y pretendía salvar la puerta, se oían gritos desaforados:

—¡Fuera, fuera, atrás!

—¡Daniel, echa la llave!

—¡La hermana mayor no entra aquí!

Y ella se alejaba, dichosa, sonriendo.

Más de una vez, Miguelito había sentido comezón de hablar; pero Rosita que lo observaba recelosamente, le había mirado en tales ocasiones con ojos tan terribles que el chiquitín había enmudecido de puro susto.

Todas las noches había en el salón de doña Griselda tertulias íntimas y deliciosas á las que acudía Juan trayendo siempre á su novia las más hermosas flores de los jardines de Limache, de Viña del Mar y de Quilpué. Además de esta simbólica ofrenda para el sér amado, solía traer á los demás niños pequeños presentes que eran recibidos con tanta curiosidad como gozo, pues el joven Entenas tenía el buen gusto de elegir siempre objetos nada vulgares aunque fuesen de poco valor.

La gente menuda se recogía poco después de las nueve. Entonces, sea en compañía de don Lusiñán, esa al lado de doña Griselda, los dos novios se dejaban arrullar dulcemente por la dicha de encontrarse juntos, de verse, de hablarse, de sentir palpar unísonos sus jóvenes corazones.

Las joyas resplandecientes, los trajes bordados, los vaporosos encajes y las blondas, las finísimas telas de Holanda, los mil preciosos artículos que constituyen el

ajuar de una novia, iban amontonándose por obra de parientes y de amigos en el tocador de Jovina.

Las amigas de menos intimidad venían, numerosas, á contemplar esas maravillas, y sus felicitaciones á la joven corrían parejas con su admiración.

Era uno de los días en que Juan acostumbraba comer en casa de los Torrellas. La voz grave y pausada del antiguo reloj del comedor había anunciado ya las seis, y sin embargo Entenas no aparecía. ¿Cómo explicarse semejante atraso en una persona tan exacta y cortés?

Jovina, impaciente, irritada casi, salía cada minuto á la puerta á ver si se divisaba el deseado amigo.

Hélo ahí, por fin, apurando el paso para rescatar siquiera en parte la demora; la niña se siente tanto más feliz cuanto más penosa había sido en su pecho la espera: le sale al encuentro, le presenta ambas manos.

Á la entusiasta acogida de la niña, el joven teniente contesta con una mirada triste, enigmática, prolongada, que á ella le pareció un funesto presagio.

Comprendió que algo había ocurrido y que ese algo era una desgracia. Entonces, no pudiendo disimular la angustia de que su alma era presa, preguntó:

—¿Qué ha sucedido, Juan? Está usted pálido y tembloroso!

En esto, habían entrado; en presencia de toda la familia, el joven refirió lo ocurrido.

—Un acontecimiento inesperado viene, amada mía, á herirme en medio de mi dicha, y ya que usted ha sabido leer en mi rostro la pena que me oprime el co-

razón, sepa, pues, que acabo de recibir del señor Ministro de Marina orden de embarcarme en la corbeta *Caupolicán*, buque designado para hacer un viaje de instrucción á los mares de la China.

Al recibir esta noticia, Jovina se había puesto más pálida que su novio; un doloroso y mudo asombro se leía en todos los semblantes. Don Lusiñán rompió el silencio diciendo:

—Escribiré al Ministro, ó mejor, lo iré á ver. Mañana á primera hora salgo para Santiago; le explicaré los motivos, y estoy cierto de que dará contraorden.

—Usted ignora los términos precisos de la decisión ministerial. Lea usted, y convéznase de que ello será inútil.

Juan sacó de su bolsillo el malhadado pliego y se lo pasó al señor Torrella, quién leyó las siguientes palabras:

«El teniente Entenas no podrá excusarse de cumplir esta orden bajo pretexto alguno, pues sus conocimientos prácticos en la navegación de los mares del Asia son indispensables al buen éxito de la expedición que debe durar por lo menos veinte meses.»

—No me queda más que un recurso, observó Juan, repentinamente inspirado.

—¿Qué recurso? interrogó Jovina con avidez.

—Presentar mi renuncia.

—¡Su renuncia! Nó, hijo mío, no cometa usted locura semejante. Parta, llene su deber, coseche nuevos laureles y honores. ¡El tiempo pasa tan pronto y son ustedes tan jóvenes los dos!... La separación es un

sacrificio, no lo ignoro, mas para los corazones fieles la ausencia aumenta la dulzura de la dicha de volverse á ver. ¿No piensas como yo Jovina? Responde, hija de mi alma. Tu eres aquí la única que tenga derecho de conculcar la orden suprema.

Con voz temblorosa, una sonrisa triste en los labios la niña dijo á su prometido:

—Yo pienso como mi padre, Juan; debe usted aceptar este contratiempo con valor y confianza. Pasarán esos largos meses; mi cariño, mi fidelidad no sufrirán quebranto. Nos volveremos á ver, y entonces, nuestra felicidad será proporcionada á la magnitud de nuestro sacrificio.

La joven no pudo decir más sino que estalló en sollozos. Su profunda congoja se transmitió á toda la familia. La emoción ahogaba las voces y hasta el pequeño Miguel ocultaba su cabeza en el vestido de su hermana grande para que nadie viese sus lágrimas.

—Jovina, exclamó Juan en extremo turbado, no puedo dejarla sumida en el llanto y la desolación! No puedo aplazar la hora inefable en que han de cumplirse mis aspiraciones mas ardientes, para correr en pos de una fortuna quimérica, de una gloria que es humo vil, de honores que valen menos mil veces que una sonrisa de mi amada; déjeme vivir dichoso, no me hable más de conveniencias... razón... sacrificios... no quiero irme. Don Lusiñán, usted no puede negarme un empleo en sus oficinas ¿no es verdad?

—Nada de ofuscamiento, hijo mío. Sea usted hombre, sea usted fuerte, y en vísperas de fundar un hogar

no abandone un porvenir lisonjero, una posición brillante, segura. Le repito otra vez, en este siglo tan agitado, los años vuelan, y quién sabe si su destierro ha de durar tanto. No dude usted un momento que trabajaré por conseguir que sus peregrinaciones duren lo menos posible. Vamos, niños, arriba los corazones.

Todos se sentaron á la mesa.

Doña Griselda, que hasta ese momento no había dicho nada, dió un sesgo agradable á la conversación. Habló de la China y de sus árboles enanos, de las damas chinescas y sus mutilados pies, de las casas de marfil, de las torres de porcelana, de los dragones de enroscada cola, de las infinitas curiosidades que Juan vería y de las que traería á su regreso; habló, en fin, con tanta chispa, que poco á poco fueron los jóvenes recobrando su alegría, y más de uno, sinceramente hubiera felicitado á Juan por ir tan lejos.

Jovina, aunque algo desalentada, sonreía de vez en cuando al oír las agudezas de Andrés y las jocosas reflexiones de Miguelito. Sólo Juan conservaba su actitud sombría, apenas probaba bocado; la mirada en que envolvía á su novia era mirada de desesperación; vacilaba todavía, buscaba lo que debía hacer. ¡Dejarla por dos años! ¡por dos siglos! ¡á élla, la adorada, árbitro de su esperanza y de su vida!... ¡no oír durante ese eterno plazo la grata, dulce voz! ¡no gozar de la sonrisa agradable, de la gracia, de la bondad de su amada!

¿Se sometería á tan dura prueba?

Por otro lado, si no partía, destruía su porvenir. Sin fortuna ¿qué llevaría él á su esposa? Un corazón abne-

gado, un amor profundo; pero ¿era eso suficiente para fundar su casa? Sus bellos años de estudio, de experiencia náutica que insensiblemente lo conducían á la riqueza, á la gloria, que, en una palabra, lo hacían digno de poseer una mujer como Jovina... ¡todo eso era perdido si no partía!... ¡Terrible perplejidad!

Los niños se habían retirado así como don Lusián, que tenía un negocio que resolver esa misma noche. Doña Griselda, recostada en su sillón, consideraba con los ojos medio cerrados el interesante cuadro formado por los dos jóvenes.

Jovina, sentada delante de un bastidor de bordar, hacía correr su aguja por entre las flores de palidos matices, apenas bosquejadas. Sus suaves facciones, iluminadas por la luz tranquila de un quinqué, anunciaban un corazón puro, una alma candorosa.

Juan, inclinado hacia la niña, los ojos fijos en los de ella, le hablaba en tono grave y á la vez dulce y tierno, mientras que sus dedos jugueteaban con las hebras de seda de variados colores.

—Una palabra suya, Jovina, y al punto envió mi renuncia.

—No, replicaba la pobre joven, cumpla usted con su deber, Juan; impongamos el silencio á nuestra impaciencia. Ni dos años, ni diez, ni una vida de ausencia pueden alterar nuestro cariño. Usted me escribirá, le contestaré que cuento los días que me separarán de su regreso; que mi alma lo sigue á donde quiera que se dirijan sus pasos; que mi pensamiento no lo abandona un sólo instante.

—Esta noche quizás es la última que nos ve reunidos cerca de esta labor, testigo desde tiempo atrás de nuestras esperanzas é ilusiones, de nuestros íntimos coloquios, de nuestros proyectos de mañana... Si, he de irme, ese es mi destino... Jovina, ya que la separación es inevitable, voy á pedirle un favor. Ese bordado en el cual usted todavía trabaja, debe quedar así inconcluso; démelo usted como recuerdo... deje ahí la aguja enhebrada con esa seda verde, color grato para los que esperan!... Deme usted ese querido talismán... y allá, cuando perdido en el medio del Océano ó aislado en tierras desconocidas desee encontrar algo que me hable de nuestros días de ventura, desenvolveré esa preciosa obra de los dedos de mi hada, y cada flor me recordará una hora feliz, cada hoja un episodio de nuestra existencia que fué...

Jovina entretanto, lo escuchaba cabizbaja; sus ojos estaban húmedos, no se atrevía á levantar la frente. De repente se irguió resuelta. Con mano febril, separó del bastidor la obra comenzada, la dobló y envolvió con amoroso esmero, la ató después por medio de una cinta rosada que adornaba su corpiño, y sin decir una palabra se la presentó á Juan.

Doña Griselda que había estado lagrimeando de puro conmovida, y veía las cosas á través de una nube se levantó en ese momento, cogió las manos de los novios, les amonestó tan finamente y les demostró con tanta elocuencia la dicha inmensa que había de resultar del sacrificio, que sus oyentes se sintieron fortalecidos y consolados.

En esto entró don Lusiñán, que había concluído sus importantes quehaceres, y Jovina sirvió el té con su acostumbrada gracia y soltura: quería mostrar resignación y entereza frente á su querido Juan.

Cuando el joven marino se despidió de ella le dijo, una vez más, suplicante:

—¡Jovina, dígame por Dios una palabra, aun es tiempo!...

—¡Parta usted, Juan, mi corazón lo conduce!...

Y Juan partió.

*
* *

Partió dos días después, embarcado en el *Caupolicán*. Ahí estaba toda la familia en el muelle, viendo los preparativos de salida de la nave, sólo faltaban Jovina y doña Griselda.

En esos momentos, la bonita cabeza de la joven descansaba sobre las faldas de su abuela, quien la dejaba sollozar á su gusto. Hay circunstancias en que todo consuelo es insípido... El exceso mismo de su quebranto produjo una reacción en el pecho de la pobre abandonada, y cuando Miguel entró corriendo á narrarle los incidentes de la despedida, la encontró con los ojos secos y el semblante sereno. Verdad que ella había hecho un esfuerzo heroico para dominar su desesperación...

En medio del majestuoso Pacífico, bajo el cielo ribeteado de arboles, mecido por el enérgico vaivén de las olas, un hombre está de pie, inmóvil sobre la

cubierta, con el corazón desgarrado, el cuerpo tembloroso, la mirada fija. Ese hombre trata de distinguir todavía, entre las brumas de la distancia, la costa de Valparaíso, perdida en el horizonte, esa costa donde se han quedado las dos mitades de su corazón, Jovina su novia, Chile su país....

—¡Teniente Entenas! llama la voz del comandante.

Y el joven marino piensa entonces que no todo se ha quedado allá, tras de la bruma.... Ese navío, el *Caupolicán* ¿no es Chile mismo? ¿no es un retazo flotante del sagrado suelo de la patria?





IV

En Singapour, aguardaba á Juan una carta de Jovina, cuya lectura le hizo olvidar las asperezas del viaje, el pesar de la separación y el aislamiento de su alma. Mucho tiempo había pasado desde que la carta fué escrita. Desde entonces ¡cuántos acontecimientos no habían podido sobrevenir en el seno de la familia Torrella, de ese hogar que era verdaderamente su hogar!

En Shangai, el joven marino halla otra carta de la misma pluma y un mes más reciente que la primera; le anunciaban ahí que no había ocurrido ninguna novedad desagradable, y que la salud de todos era perfecta. Por lo demás, esa carta era una revista minuciosa de la vida familiar de Jovina; el teniente Entenas la leyó tantas veces que al fin la supo de memoria.

«Desde su partida, escribía la niña, nuestro espíritu ha cobrado mucha afición á lo chinesco. Todas las no-

ches, en la tertulia, Daniel nos lee un capítulo del *Viaje á China* de Edmundo Borizal; mamá grande nos cuenta divertidas historias de por allá, que hacen desternillarse á Miguel, y me hacen soñar á mí. ¿Es verdad que son muy bonitas las mugeres de Catay y que enloquecen por los hombres blancos? Mi querido Juan, no se vaya á perder usted en el país de los elefantes... ¡y de los tigres, pues!... ¡Cuidado con los escorpiones que, según me refieren, pululan en la China! Hablo en el sentido propio, no busque malicia alguna en mis cartas...

«Aquí, todos somos unos geógrafos de primera fuerza. Miguelito suele, durante la comida, poner en aprietos á papá con sus preguntas sobre las costumbres de los chinos, los relojes del emperador, su colección de juguetes mecánicos, cajas de música, perros de cartón que ladran y gatos llenos de afrecho que dicen *Miauu...*»

La carta seguía así en ese tono semi burlesco que recordaba á Juan las amenas veladas de dulce intimidad: reminiscencias queridas de ayer que lo acompañaban en su soledad de ahora, prometiéndole para el porvenir la dicha y la alegría al lado de la mujer amada.

«Nó, mi dulce Jovina, escribía después Juan en las interminables páginas de su mamotreto de viaje, nada puede distraer un minuto mi pensamiento de su memoria. Si me intereso por las cosas verdaderamente curiosas con que topo á cada paso, es para contarlas á la buena amiguita que allá me espera; si tras de mis ojos no estuvieran mirando los de *ella*, ningún entu-

siasmo despertaría en mi pecho el mundo singular que en estos instantes visito.

«Las maravillas que contemplo en este país fabuloso, los bordados magníficos, las urnas preciosas, las telas incomparables, me inspiran el deseo de tener una gran fortuna. Hay momentos en que quisiera llevarle á usted toda la China con sus estupendos tesoros, sus fantásticas esculturas y pinturas. Y, sin embargo, Jovina mía, en cuán poco estimo yo todas esas riquezas, cuando mis ojos se fijan en el perfumado talisman que usted me dió ¡esa labor que ejecutaban sus dedos de hada y que no debe concluirse sino el día en que estemos unidos para siempre!

«Me pregunta usted cómo me las compongo para entenderme con los Hijos del Cielo. La cosa no es fácil, pues tienen un idioma de los más rudos; con todo, empiezo á conocer algunas fórmulas de cortesía que aquí se emplean. He trabado amistad con dos mandarines que me reciben en sus casas, y se obstinan en querer que fume opio, como ellos. Naturalmente, rehuso de ordinario su oferta, por más que insistan. El olor de semejante narcótico es insoportable; mis mandarines me observan que solamente el primer paso es trabajoso, y que la costumbre viene después sin esfuerzo. Prefiero creerlos bajo su palabra que no hacer yo la tentativa.

«Merced á mis nuevas amistades, he podido presenciar días pasados una fiesta originalísima: el matrimonio de la señorita Po-Tchí-Lian, bonita muchacha de quince años, que se casaba con un rico fabricante de quitasoles.

«La novia salió de su casa en un palanquín herméticamente cerrado, y custodiado por cuatro verdugos, dos por delante, dos por detrás. He comprendido que en la China, los verdugos constituyen la ornamentación principal de toda solemne ceremonia.

«La comitiva era numerosa, tras de los verdugos posteriores los parientes, los amigos, los músicos, los mirones. Al llegar frente á la casa del novio, el abuelo de la señorita Po-Tchí-Lian ha entregado á aquél una llave de oro: la del palanquín. El dichoso mortal ha puesto en libertad á su prometida y los dos se han arrodillado juntos ante su padre y su madre. Estos presentaron entonces la copa de vino nupcial que los esposos apuraron hasta la última gota. Estaban casados. La ceremonia no es más larga.

«Después vino el banquete, cuya descripción sería ociosa, ya que la cocina chinesca es de todo el mundo conocida. Guardo una colección de palillos, los cubiertos de por acá.

«Olvidaba un detalle: la señorita Po-Tchí-Lian estaba más pintada que una actriz, su estatura es muy baja. Dos de las uñas de su mano izquierda tienen á lo menos diez centímetros de longitud: las conserva constantemente dentro de un estuche de plata.

«Querida Jovina, ¿no es verdad que la suerte suele procurarle á uno irónicas sorpresas? La primera fiesta que presencié en la China es un matrimonio, es decir la unión de dos seres que se aman menos, tal vez, que usted y yo, y que sin embargo pueden ser felices juntos. Mientras que nosotros . . . ¡ah! ¿por qué siguiendo

mi inspiración propia, no permanecí cerca de mi Jovina para siempre?»

«Seis meses después, el 6 de enero de 18... Juan escribió de Yokohama:

«Hace dos meses que estoy sin noticias, amada mía; tengo el alma desesperada, cada minuto me trae una nueva inquietud. Aunque reconozco cuán difícil es hacer llegar correspondencia á manos de los que, como yo, viajan sin itinerario fijo, no me conformo con ese largo silencio, y todos los que me rodean participan de mi pesar.

«¡Cuán falso es el dicho: ¡Ojos que no ven, corazón que no siente! Para mí es todo lo contrario. Ya que los ojos no ven, el corazón siente por sí, y ve por ellos. Mas, ¿qué vale hablar en tono triste, querida mía, cuando tal vez mañana, el *Tonkariro*, que se espera en este puerto, me traerá carta suya? ¿Para qué estampar melancólicas reflexiones cuando acaba de llegar á mis oídos la gran noticia? Nuestro viaje de instrucción será menos largo que lo que se proyectaba; nuestro comandante recibió anoche aviso autorizado. Al oír la lectura del parte oficial, como somos buenos patriotas y todos tenemos algún motivo para desear el pronto regreso, celebramos la nueva con vítores unánimes, un entusiasmo de esos que sólo sabe despertar el recuerdo querido de la patria, y que tanto se sienten y tan enérgicamente se expresan cuando al recuerdo de la patria se une otro recuerdo!...

«Hasta mañana, Jovina de mi corazón, después de la llegada del *Tonkariro*, seguiré escribiéndole, y haré

empeño por comunicarle la ruta que sigamos en el viaje de regreso...»

El *Tonkariro* no trajo carta de Jovina y el joven teniente experimentó por este motivo una profunda congoja.

El amor excesivo ofusca á veces á la razón, pues si Juan hubiese raciocinado un poco, se habría explicado fácilmente la falta de cartas. Dadas las diversas peregrinaciones del *Caupolicán*, lo verdaderamente asombroso y raro habría sido que llegase con regularidad la correspondencia de Jovina, enviada las más de las veces con dirección equivocada.

Los pocos meses que precedieron al regreso definitivo del *Caupolicán*, fueron para el joven Entenas la época más triste de su vida. Su único consuelo era confiar al papel la pena y el tedio que lo atormentaban. Á veces, lo hacía en verso, que también tenía su poco de poeta, y á fe que no lo hacía mal en tan difícil arte. En otras ocasiones, se quejaba en modesta prosa de sus cuitas, y en otras, en fin, cansada el alma de penar, se echaba en brazos de una alegría repentina y trazaba páginas llenas de encanto, y no exentas de chispa.

El *Caupolicán* atravesó el estrecho de la Sonda entre la península de Malacca y la isla de Sumatra.

«Ya sé por qué llaman *de la Sonda* á este paso marítimo escribía Juan: no se puede navegar en él sino echando la sonda á cada instante.»

Y narraba una aventura que venía á corroborar la detestable fama de ese paraje inhospitalario.

Un bergantín-goleta noruego se había ido sobre unos arrecifes cercanos á la costa, y pedía auxilio desesperadamente. Aproximóse el *Caupolicán* al buque náufrago, y oportunísima fué su presencia, pues el pobre bergantín estaba sitiado por una infinidad de piraguas tripuladas por salvajes. Ahora bien, estos interesantes individuos de la humana especie están dotados de un apetito deplorable: son antropófagos.

El *Caupolicán* disparó un cañonazo sin bala, y los indígenas abandonaron su presa en la mayor confusión. El comandante envió dos chalupas á tierra á libertar á dos europeos que estaban ya en poder de aquellos desalmados, y listos para ser comidos.

El paisaje de la costa era precioso; nuestros marinos permanecieron ahí una buena parte del día. Los salvajes, aterrados por el estampido del cañón, pedían misericordia con horribles gestos. Esperando apaciguar la ira del comandante y de sus compañeros, les ofrecieron productos de la comarca, deliciosas perlas, gruesos y toscos collares de fino coral. El jefe chileno rehusó el obsequio, pero permitió á sus subalternos que adquiriesen algunas de esas joyas, dando en cambio otros valores.

Un guardiamarina mostró á los antropófagos un billete del Banco Nacional de Chile que probablemente le cayó en gracia al cacique de los salvajes, pues dió por él una perla más gruesa que una guinda.

Esta transacción dió lugar á otras del mismo género; pero los billetes de banco se agotaron pronto, y los antropófagos no hallaban el mismo aliciente en las li-

bras esterlinas que los jóvenes chilenos hacían relumbrar ante sus ojos. Juan deseaba obtener, para llevárselo á Jovita, ¡qué recuerdo más valioso y significativo! un collar de perlas que el cacique había defendido hasta ese momento con obstinación.

Después de inútiles tentativas, se le ocurrió una idea genial. Recogió dos hojas gigantescas que colgaban de un árbol que él no conocía. Eran dos grandes óvalos amarillentos, de una consistencia como la del pergamino, duros y flexibles. Conservó una de esas hojas para escribir en ella á Jovina, y en la otra hizo al lápiz una especie de retrato del jefe antropófago que lo miraba como mira un hambriento un apetitoso *biftec*.

Quedóse maravillado el cacique, y así como el cuervo de la fábula soltó el queso, así largó él la exquisita joya y dió palmarias muestras de satisfacción por el negocio. Y hasta ordenó que se improvisase un sarao en honor de los distinguidos huéspedes.

Cuando cesó el baile,—un fandango de rompe y rasga,—los bailarines se tiraron al suelo y se restregaron la nariz en la arena en señal de admiración por el dibujo de Juan.

«No puede negarse, decía éste, que el hombre primitivo posee la noción ingénita del arte. No les pasa, ¡ay! lo mismo á mis queridos compatriotas, más aficionados al tanto por ciento que á las creaciones del ingenio. Exceso de civilización, tal vez...»

— ¡Ah! Jovina mía! pensaba después el joven, si has dejado de quererme, vuelvo aquí á esta tierra, me hago el retratista de la tribu, adquiero influencia y prestigio,

llamo misioneros para transformar las siniestras costumbres de estos infelices, y yo me encargo de convertirlos en hombres de gusto.

Las tempestades, tan frecuentes en esos terribles mares de la China, no hicieron sufrir mucho al *Caupolicán*.

Juan, más inquieto por el silencio de su novia que incomodado por el choque de los elementos enfurecidos, aguardaba con ansiedad la hora de la vuelta á la patria.

Después de muchos sufrimientos, llegó por fin el día tan deseado, el de poner la proa hacia Chile.

La orden de regreso fué bálsamo milagroso para el corazón del marino. Todo lo olvidó: la dura separación, los largos meses de inquietud, soledad y silencio, las penurias sufridas; su alma no experimentó sino la dulzura de la esperanza, la impaciencia de un pronto arribo á las playas queridas.

Por cierto que juraba una y cien veces que jamás se volvería á alejar, solo, de Chile. ¿Solo, sin su Jovina? Ah! nó... ¡Jamás!

¿Cómo había tenido valor para ausentarse por tanto tiempo? ¡En fin! ya regresaba...

*
* * *

Dentro de breves horas, Valparaíso, colmena pintoresca desparramada sobre una estrecha playa y veinte escarpadas colinas, iba á aparecer ante sus ojos con

ese aspecto amable y enternecedor de las cosas caras que se vuelven á ver tras de larga ausencia.

El sol, en el ocaso, iluminaba con rayos tibios y rojizos el faro de Playa Ancha. El *Caupolicán* se acercaba á la costa hendiendo majestuosamente la mar rizada por el viento sur.

Pronto se distinguieron los almacenes de la aduana, el muelle, la primera fila de suntuosos edificios paralela al malecón. Y allá arriba, en los cerros, encaramadas como en la galería de un vasto anfiteatro, las casas de la población modesta parecían dormir tranquilas y silenciosas.

El primer cañonazo de saludo hizo vibrar las fibras patrióticas del corazón del joven marino. La nave se estremeció violentamente cual si ella también hubiese tenido un alma, y de todos los pechos salió un grito que era la expresión y el resumen de todas las sensaciones de ese supremo instante: ¡Viva Chile!





V

Hacia el *Caupolicán* se dirigían ya las embarcaciones llenas de gente, caras risueñas y conmovidas que iban en busca de un hijo, de un hermano, de un amigo.

Juan, anhelante y tembloroso, interrogaba con ávido mirar todas esas chalupas que se aproximaban ligeras, y trataba de descubrir alguna forma amada, alguna fisonomía conocida.

—Es indudable que don Lusiñán vendrá á recibirme, decía para sus adentros; seguro es que Daniel lo acompaña y que también Miguelito habrá querido formar en la comitiva.

Entretanto, los botes se acercaban, vaciaban en la cubierta de la nave de guerra su cargamento de curiosos y de indiferentes: todos lo eran para el teniente Entenas.

Gritos de alegría, tiernas exclamaciones resonaban

alrededor de él; veía tenderse amorosos brazos, lágrimas de regocijo brotaban de los ojos de las madres, ruidosas interjecciones de los labios de los amigos. Juan se estremecía al oír voces de mujer; pero ninguna pronunciaba su nombre, nadie le tendía los brazos, nadie salía á darle la bienvenida.

—¡No saben nada! murmuró. No saben que el *Cau-policán* está en el puerto. No es raro: el buque ha anticipado un día la fecha de su llegada. Más vale así, pues me daré el gusto de ir á sorprenderlos.

Se sentía inquieto, nervioso, á pesar de esta explicación racional. Las tablas del navío le quemaban los pies, no veía las horas de verse en tierra. El comandante no se opuso; Juan desembarcó.

No pensó en detenerse en la oficina de don Lusiñán, porque habían dado las seis y era de presumir que el padre de Jovina ya hubiese regresado á casa. Quizás estarían en la mesa, y él, ausente inesperado, podría tomar parte en esa comida familiar, sentado junto á su hermosa prometida, su pensamiento constante, la vida de sus ensueños.

¡Qué asombro, qué gozo no experimentaría la joven al verlo entrar así, de repente! Casi se felicitaba ahora de que nadie hubiese ido á su encuentro. De esa manera, le habían preparado un momento delicioso: el encanto de volverse á ver sin previo anuncio, como por obra de magia, después de una separación larga y dolorosa.

No andaba, no corría, volaba. De antemano sentía la embriaguez de la felicidad prometida, pronunciaba

palabras incoherentes, y los transeuntes que se cruzaban con él lo tomaban por un loco.

Llega al fin: hé ahí la noble morada que cobija á su tesoro. Es la misma de siempre, con sus ventanas de grandes vidrios, sus paredes plomizas, el fresco jardín que, frente á la puerta de entrada, forma una antesala de aromas.

¡Cómo le late el pecho! ¡Cómo se estrecha su garganta! Dicha suprema ¡cuán cerca estás del dolor!

Juan descansa un momento antes de entrar, quiere calmarse, coordinar sus ideas . . . el deseo de ver á Jovina es más fuerte que su albedrío. Impaciente, agitado, salva el umbral bendito, la verja del jardín que conoce tanto; y á la sirviente que acude al vestibulo á su llamado, suelta precipitadamente estas palabras:

—¿Están comiendo?

No se ha fijado que la criada es nueva. Y ¿por qué había de fijarse? ¿No cambia constantemente la servidumbre doméstica?

—¿A quién anuncio? replica la fámula, algo sorprendida.

—¡Es inútil! soy de casa.

Y sin más razones, Juan se dirige con seguro paso al comedor; no calcula que la emoción puede causar daño á Jovina. No piensa sino en una cosa: que ha llegado, que la va á ver, que la dicha será de ellos para siempre.

Ha abierto la puerta del comedor. Lleno de júbilo, ya se precipita en el recinto . . . Echa una mirada fugitiva sobre la mesa: un grito de doloroso estupor sale

de su pecho, sus piernas tiemblan, se doblan; por medio de un movimiento instintivo tiende sus brazos hacia un ser que busca en vano, y por último, permanece ahí extático, indeciso, abriendo tamaños ojos, perturbado el espíritu, la frente cubierta de sudor . . .

¡Jovina, dulce Jovina! ¿Por qué no te levantas á recibir al que llega? ¿Qué se han hecho tu voz melodiosa, los acentos de tu infantil ternura, el suspiro cariñoso de tu alma enamorada?

¡Jovina no está ahí!

En ese sitio que fué de ella, Juan ha visto á otra mujer; en el asiento de don Lusiñán hay un desconocido. Doña Griselda, los niños ¿dónde están? . . .

Al rededor de esa mesa, tan alegre en otro tiempo, dos personas extrañas . . .

Y los mira con horror, á ese hombre, á esa mujer, á esos intrusos que se han levantado estupefactos.

—Señor, dice el presunto dueño de la casa con un acento exótico, desagradable y muy pronunciado, ¿qué quiere usted? ¿á quién busca usted?

—¡Es un loco! exclama la mujer, y temblando busca refugio cerca de su esposo.

Juan, poco á poco, vuelve á cobrar calma, á tener juicio; se da cuenta de lo grotesco de su posición, se empeña en dar explicaciones para disculpar su conducta heteróclita.

—¡Señora! balbucea con voz quebrada el pobre joven, perdóneme usted, se lo suplico. He estado ausente de Chile cerca de dos años. En esta casa había dejado á una familia, la de mi novia, mi futura dicha, se-

ñora! Tan pronto como he podido bajar á tierra he venido aquí con el corazón henchido de suaves emociones; quería sorprender á la que debe llevar mi nombre, quería gozar de la admiración de la familia... ustedes saben lo demás... ¡Pero, señor, señora, ustedes deben de tener noticias de las personas que busco, van á decirme, por favor, dónde las encontraré...

Mientras el teniente de marina hablaba de esa manera, sus dos interlocutores se habían tranquilizado; el semblante de la mujer respiraba compasión y simpatía, y su marido, presentando un asiento á Juan le había contestado:

—Verdaderamente, señor, mi mujer y yo habremos experimentado esta noche una gran contrariedad, y es la de no haberle podido responder favorablemente. Hemos comprado esta casa en una venta pública y también muchos de sus muebles. El notario, don Rudesindo Machuca, nos ha remitido los títulos del inmueble y no sabemos nada acerca de los anteriores propietarios, á quienes nunca hemos visto. Porque debo decir á usted que vivimos en este puerto desde hace apenas tres meses.

—¡Una venta pública! ¡un notario! ¿qué significará todo eso?

El pobre Juan, mohino y perplejo, inspiraba lástima á los dos esposos; éstos lo convidaban con insistencia á tomar asiento.

El joven se retiró después de haberles dado las gracias; tenía necesidad de respirar aire libre, ya se ahogaba.

Á pasos lentos desanduvo el camino que poco antes recorría presuroso; ese camino, que le parecía tan fácil y risueño antes de su partida, le parece ahora que se desarrolla ante su vista triste y oscuro, lleno de tinieblas y de amarguras.

Á veces lleva á su frente abrasada sus manos húmedas y exclama:

—¿Es verdad? ¿es posible? ¿no soy juguete de una pesadilla espantosa? ¿no soy presa del delirio de la fiebre? Para rechazar la duda, se estremece con energía, hace el gesto del hombre que despierta.

¡Á lo lejos, á sus pies, el mar, negro, inmenso, misterioso! Cerca del muelle se agitan las luces de los botes que aguardan á los marinos rezagados. Allá, en el *Caupolicán*, su camarote lo espera, con el retrato de su amada que le sonríe siempre, con la labor de los dedos queridos que le habla de pasados y felices días.

¡Cuánto anhela ahora encerrarse con sus tesoros benditos, ais'arse con los únicos recuerdos que le quedan, desnudar su corazón frente á esos objetos inanimados á los cuáles su amor prestará un alma!

¡Ay! eso tampoco lo puede hacer. Está de guardia esa noche... Siquiera tendrá el consuelo de dirigir hacia lo Alto sus súplicas fervientes, de tomarlo por testigo de su desesperación.

*
* *
*

Al día siguiente, Juan fué á ver al notario don Rudesindo Machuca, el vendedor de la casa de la familia Torrella.

Abí supo cosas horribles, la muerte de don Lusiñán, la ruina completa de su fortuna, la dispersión de su familia...

—Algunos días después de la venta, contóle el señor Machuca, ví á la señora Griselda, á Jovina y á los niños en casa de un pariente, don Pablo Guirigay; después supe que se habían marchado todos á Copiapó donde residía una hermana de don Lusiñán. Sea como fuere, le aconsejo que se dirija á don Pablo, quien, mejor que nadie, podrá dar á usted indicios certeros.

Al ver á Juan Entenas, don Pablo Guirigay dejó escapar exclamaciones demasiado ruidosas para ser sinceras. El joven marino solo supo que Jovina no estaba en Copiapó; que había ido á esa ciudad acompañando á su abuela y á sus hermanos, los había dejado ahí en casa de su tía, y se había encaminado después á Rusia, con una familia muy rica que la había contratado como institutriz.

Ya no escuchaba Juan... Aquello le era insoportable. Se había levantado, se paseaba agitado por el salón, y no paraba mientes en los palabras de don Pablo.

Se detuvo por fin frente á ese hombre, jefe de una gran casa de comercio, padre de una familia numerosa, y deudor de su prosperidad presente á la protección del padre de Jovina:

—¡Y usted ha dejado irse la hija del primo de usted, de su bienhechor, casi su hermano! Usted ha permitido que ella, tan delicada, tan favorecida antes por el destino, se expatriase de esa manera, se fuese sola á

un país remoto para ganarse el sustento, lejos de su hogar, lejos de sus hermanos queridos... Y usted no ha brindado á esos infelices un lugar en su mesa, un abrigo bajo su techo... ¡Usted, que se lo debe todo á la largueza de don Lusiñán! ¡don Pablo Guirigay, usted es un mal hombre!

— ¡Ea, señor mío, fué la respuesta, basta de despropósitos! Usted habla lo mismo que los locos y los ignorantes. He ofrecido mi casa á doña Griselda y á los niños; pero la orgullosa Jovina ha rehusado mi solícita atención y nada ha podido vencer su porfía, ni la insistencia de mi esposa, ni las súplicas de todos los míos. Un día me declaró que había sentado plaza de institutriz y que su tía de Copiapó llamaba á sus hermanos; al día siguiente, se marcharon todos... Jovina es una ingrata... une niña testaruda y soberbia...

— ¡Calle usted, caballero; Jovina es una santa! Yo tengo derecho de defenderla, por eso, y además porque debe llevar mi nombre!

Y salió de ahí, lleno de indignación, de desprecio por ese hombre á quien consideraba vil y miserable.

Ocho días después, estaba en Copiapó y golpeaba á la puerta de doña Carmen Torrella, viuda de Salamís, donde pensaba encontrar á los hermanos de Jovina y obtener noticias de su amada.

Pero el triste silencio que reinaba en la casa de la venerable matrona paralizó un momento sus facultades, y cuando lo introdujeron en un viejo, frío y des-teñido salón donde la hermana de don Lusiñán lo

aguardaba, sintió el joven cierta cortedad para decir el objeto de su visita.

La señora de Salamís, vestida de estricto luto, con una pálida sonrisa en el semblante, era la viva imagen de la Resignación.

Había perdido sucesivamente á su marido, á su hijo único, á un hermano, su fortuna entera y ahora esperaba tranquilamente la muerte, distribuyendo sus días entre Dios y los pobres.

Acogió á Juan Entenas con la bondad de una madre y la simpatía de un ser que sufre. ¡Pero estaba sola, bien sola en Copiapó! Jovina y sus hermanos nunca se habían presentado á su modesta vivienda.

Había sabido la ruina de su hermano, había recibido de su sobrina tres cartas escritas con lágrimas de dolor; mas, esas cartas nada le anunciaban acerca de la partida de Jovina para Europa; ella pensaba que sus sobrinos seguían viviendo bajo la tutela de doña Griselda, allá en Valparaíso, sin fortuna, era verdad, pero á cubierto de la miseria andrajosa.

Juan no quiso turbar la melancólica quietud de la señora de Salamís. Por lo demás, fingió admitir con ella que Jovina y sus hermanos estaban en Valparaíso al lado de su abuela.

El infeliz teniente regresó á aquel puerto más desalentado y más triste, casi desvanecida toda esperanza de volver á encontrar á su novia.

¿En Valparaíso? Era improbable; ¿¡una ciudad tan poco extensa, donde todos se conocían! Después de sus primeras diligencias la habría hallado, sin duda.

En las casas á donde fué á golpear, de parientes lejanos de la niña, de amigas de más dichosos tiempos, no le dieron noticias satisfactorias; sólo recogió vagos indicios insuficientes para enderezar su rumbo.

Una noche que comía en el café Americano, sin más compañía que sus pensamientos y conjeturas, no pudo reprimir una exclamación de sorpresa, al reconocer en el mozo que le estaba sirviendo, á un antiguo criado de los Torrellas.

—¡Tú, Jazmín!

—Yo mismo señor; ¿y su merced como lo pasa?

—Sano de cuerpo, enfermo de espíritu, amigo mío. Pero dime, ¿desde cuándo estás aquí? ó más bien dicho, ¿cuándo te saliste de allá?

—¿De allá... donde misió Jovina?

—Sí, ¿qué es de ella, de don Lusiñán, de los niños? Un mes hace que los busco... ¡Por amor de Dios, habla, cuéntame, Jazmín.

—Yo me quedé en la casa hasta el último momento, señor: ví morir á don Lusiñán, presencié el remate de la casa y de los muebles... aquello despedazaba el corazón... Uno es humilde, don Juan, pero no es ni insensible ni ingrato, y ¡eran tan buenos mis pobres patronos!

—¿Sabes dónde están ahora la señorita Jovina y sus hermanos?

—Lo sé, aunque no con entera certidumbre. Un día estaba yo en la estación del ferrocarril, haciendo registrar el equipaje de un viajero, cuando veo llegar á la señorita Jovina acompañada de su abuela y los niños. Después subieron al tren.

—¿Se dirigían á Santiago? ¿No te dijeron nada?

—La señorita Jovina me dijo: «Adios, Jazmín»; y don Miguelito: «Adios, Jazmín, nos vamos á Santiago».

¡Á Santiago! no se le había ocurrido contingencia semejante! Sí, era posible que allá se encontrasen todos.

Santiago era una gran ciudad; ahí fácilmente se vivía oculto. Porque su amiguita había ido á la capital en busca de una vida modesta y aislada. ¿Cómo pudo él aceptar un instante que Jovina estuviese en el extranjero, que hubiese abandonado á su familia?

Iría á Santiago, iría á verla, y no habría para ellos más inquietudes, ni congojas, ¡volverían á ser dichosos!

¡Cuán larga le pareció la noche!

A las seis de la mañana siguiente, estaba ya en la estación, esperando la partida del tren de las ocho.

Su corazón se sentía consolado, su espíritu tranquilo, llevaba una tenue sonrisa en el semblante. Tantos días había pasado en medio de crueles torturas morales, que un átomo de esperanza era casi la felicidad.

En ese momento no le cabía duda de que Santiago era el término de sus peregrinaciones, el lugar de paz y de reposo, donde olvidaría sus angustias; el paraíso, en fin, puesto que ahí estaba *ella!*





VI

En aquella época la fiebre del oro se había apoderado de los espíritus audaces y codiciosos de Chile. Era un delirio, un frenesí; la mitad de los habitantes tenía puestos los cinco sentidos en el descubrimiento portentoso de un aventurero finlandés, Boleslas Koniki, descubrimiento que consistía en poder sacar de los minerales de cobre una cuarta parte ó más de oro puro. Era nada menos que el hallazgo de la piedra filosofal buscada con tanto ahinco y éxito tan deplorable por los célebres alquimistas de la Edad Media.

Al calor de ese invento había nacido una sociedad anónima con algunos millones de capital; colosales fortunas habían sido sacrificadas en los engañosos hornillos de Boleslas Koniki.

Don Lusiñán Torrella se había dejado arrastrar por ese viento de soñada opulencia que pasaba girando

por todas partes como un torbellino. Poco á poco, las riquezas que había adquirido en treinta años de inteligente labor y de duros sacrificios, fueron á fundirse en los insidiosos crisoles del aventurero finlandés. Torrella era el principal accionista de la empresa, el que debía lograr los más brillantes dividendos.

La mina «Koniki» era un tonel sin fondo. Don Lusinián, cuya probidad inspiraba absoluta confianza, obtuvo el depósito de varias fortunas. Con la cabeza erguida, porque tenía fe ciega en los hornillos gigantescos que ya habían vomitado oro ante los ojos maravillados de los crédulos accionistas, Torrella seguía comprometiéndolo suyo y lo ajeno en la fabulosa aventura.

Al ausentarse el joven Entenas, el triunfo de los especuladores, de los agiotistas, de los industriales demasiado confiados, había llegado á su apogeo: el cataclismo estaba próximo. Fué tanto más terrible cuanto que nadie lo esperaba. Acaeció que un día, los accionistas se despertaron arruinados; las cantidades considerables con que habían alimentado el fantástico invento de Koniki desaparecieron con la última bocanada de humo lanzada por el fuego que convertía el cobre en oro. El hábil petardista, que dejaba á cien familias en la miseria, pudo sustraerse al justo castigo que merecía por su incalificable audacia.

Cuando el padre de Jovina supo la tremenda catástrofe que no solo le quitaba el pan, sino que todavía lo hacía responsable de la ruina de tantos seres inocentes que le habían confiado sus ahorros, encerrado en su cuarto, no tuvo más que un pensamiento: matarse,

Sustraerse por la puerta de la muerte á la deshonra, á la vergüenza y al remordimiento. Sí, al remordimiento, pues, ¿qué iba á contestar á los que viniesen á pedirle cuentas? ¿Qué haría frente á sus súplicas, sus lágrimas, sus amenazas?

Para él, la muerte era la salvación, la purificación, el olvido, el fin final de todo...

¿El fin final de todo?... ¡Oh, nó! ¡eso no lo creía él! Era cristiano, era creyente, creía en Dios, en el alma, en lo de más allá; y en su corazón bullía un amor inmenso... el de sus hijos.

Dejarlos así á los pobres inocentes, dejarlos expiar con el abandono y la miseria los errores y la impiedad de su padre!... ¡Eso jamás!

Entonces, ante este pensamiento, el infeliz aniquilado, vencido, hubiese querido llorar, gritar, llamar á sus hijos; pero no pudo. Su corazón hinchado no latía sino débilmente; sus ojos, inyectados de sangre, se oscurecían más y más, sentía que iba á ahogarse. . . La muerte que deseaba hacía un minuto, estaba ahora ahí, cerca de él, y él la rechazaba, la sentía con horror apoderarse de su cuerpo. Quería vivir! sí, vivir para pagar su deuda, vivir para proteger á sus hijitos, para preservarlos del hambre, de la indigencia, del dolor, para amarlos y hacerse perdonar la locura que había sido la causa de la ruina de todos ellos.

—¡Dios mío! ten piedad de mí! exclamó agobiado por un dolor intenso. Hizo un esfuerzo humano, quiso andar, coger el cordón de la campanilla. . . no lo pudo. Su garganta se estrechó, sus piernas bambolearon, sus

ojos se nublaron totalmente. . . el desdichado cayó al suelo sin vida.

*
* *

Ya había pasado la hora en que don Lusiñán acostumbraba salir. Jovina, siempre solícita, inquieta de no ver bajar á su padre, se dirigió hacia la pieza donde el infeliz yacía inerte.

—¡Padre mío! Padre mío! gritó, llena de espanto, arrodillándose junto al cuerpo exánime y estrechándolo entre sus brazos.

Y mientras sus gritos de desesperación resonaban en toda la casa y hacían acudir á su abuela, á sus hermanos, á la servidumbre, la niña había levantado á su padre, le había desnudado el cuello, le frotaba la sienes, las manos, lo llamaba con voces cariñosas.

Los niños se pusieron á sollozar.

—¡Valor! exclamó la joven, el corazón late todavía. ¡Un médico, un médico, á toda prisa!

Á los pocos instantes llegaba el facultativo; don Lusiñán no había vuelto en sí. Pero, merced á los cuidados inteligentes de Jovina, respiraba con facilidad: su rostro no presentaba ya ese matiz oscuro que había atemorizado á los circunstantes; de sus labios no salía más esa espuma sanguinolenta, anuncio de la sofocación apoplética, y á sus ojos asomaban lágrimas tranquilas que inspiraron confianza al médico.

Sin embargo, después de haberlo examinado detenidamente, y de haber empleado en vano todos los

medios para devolverlo á la vida consciente, pidió el auxilio de dos de sus colegas y no ocultó á la señora de Rospilloso que el estado del señor Torrella le inspiraba serios temores.

Se había declarado una hemorragia cerebral y era tan urgente como indispensable provocar una reacción enérgica, un sacudimiento de todo el organismo.

Durante diez días, Jovina no se alejó del lecho de su padre. Atenta al menor indicio, á la más débil mirada de inteligencia que creía sorprender en los ojos sin expresión del moribundo, buscaba con desesperado anhelo un rayo de esperanza que viniese á dar luz y alegría á su corazón adolorido.

Ella sabía la ruina de los intereses materiales de la casa, sabía que esa catástrofe mercantil era la causa inmediata de la enfermedad de su padre; no ignoraba que con ese mismo motivo habían caído en la miseria muchas familias que habían colocado sus ahorros en manos de don Lusiñán. Así es que ella también participaba de la punzante congoja que oprimía el alma del autor de sus días, de ese hombre honrado convertido en delincuente por obra de la fatalidad.

¡Cómo adivinaba ella los tormentos que había podido sufrir su padre, en el espacio de breves minutos, solo, sin tener á su lado á la hija predilecta, único ser capaz de servirle de consuelo, de alejar con su sonrisa á la Parca de tétrico semblante!

¡Su pobre padre iba á morir... sí... iba á marcharse sin una última palabra de despedida. El postrer rayo de luz que había iluminado su razón había sido la pos-

trer llamarada de la hoguera de martirio en que su alma se consumía!

—¡La pobreza! ¿qué importa, padre amado? ¿Por qué no he podido hablarte? ¿Por qué no he podido decirte: nos rehabilitaremos con el trabajo, el valor, la constancia y la fe? La miseria no es dura cuando están los corazones unidos... pero, te vas, nos abandonas; nos vamos á quedar solos, sin tu cariño, sin tus consejos: padre, ¡qué crueldad!

*
* *
*

Era la noche del décimo día; todos los niños se hablaban á la cabecera del lecho del moribundo.

Él tenía los ojos clavados en el grupo de seres queridos que iba á dejar en la orfandad.

Daniel aplica hielo en la cabeza de su padre; Rosita, triste y abatida está sentada á los pies de la cama. Su rostro diáfano, sus grandes ojos melancólicos, sus manos largas y finas, unidas como en la plegaria, le dan el aspecto de un sér que ya no pertenece á la tierra.

De repente, una chispa de inteligencia brilla en el cerebro de don Lusián, y una expresión de tristeza intraducible se pinta en su semblante. Esos niños que están cerca de él son los suyos, los reconoce, los ve; quiere hablar, pero no puede. Sólo un sonido ronco se escapa de su garganta; pero lo que no puede articular con la lengua se lee en sus ojos, en su mirada llena de ternura impotente, de silencioso dolor. Esa mirada se detiene particularmente en Rosita; de ahí

va á posarse en el rostro de Jovina, como suprema súplica del padre que lega á la hija emancipada por el infortunio sus deberes de consejero y de protector.

Jovina ha comprendido la protesta muda; en un segundo ha adivinado lo que atormenta el espíritu del enfermo; ella se acerca con suavidad, toma la mano paterna, enjuga con besos piadosos dos lágrimas que se deslizan de los ojos próximos á cerrarse para siempre, y dice:

—Padre, confíe y espere; yo seré la madre de Rosita, y ella será dichosa. ¡Usted sabe cuánto la quiero! Yo protegeré á mis hermanitos, siempre, siempre.

Y como si el moribundo hubiese esperado esta sola declaración de la gentil criatura para decir adiós á este triste planeta y sus miserias, echó una mirada de infinita gratitud hacia su hija Jovina, y se entregó después á la agonía que anuncia la muerte.

Rosita, aniquilada, perdida en la negra vaguedad de una pena inmensa, cayó en los brazos de su hermana, que se puso entonces á mecerla suavemente, á reanimarla con sus besos, á la vez que dejaba caer sobre sus blancas mejillas lágrimas de inconsolable quebranto. Y mientras prodigaba sus caricias á la frágil criatura, volvía á su memoria, á través de la niebla de los años, el recuerdo de otra escena de sufrimiento y pesadumbre; en el lecho del dolor yacía postrada una mujer de angelical semblante, de mirada dulce y tierna, ¡su madre! Recordaba que ella también le había dicho con débil aliento:

—Jovina, cuida mucho á Rosita, á tus hermanitos.

Y en la inexperiencia de sus infantiles días, la hija mayor había encontrado palabras y sentimientos que consolaran á su madre, que le permitiesen emprender tranquila y confiada el viaje al misterioso reino de las sombras.

La noble niña debía hallarse por segunda vez en la misma dolorosa coyuntura. En medio de su pesar, tuvo el consuelo de aliviar de preocupaciones é inquietudes el espíritu atribulado de su padre moribundo, de ese sér infeliz, víctima del error, pero sin culpa, que dejaba en la tierra huérfanos sin asilo y sin pan.

Merced á Jovina, don Lusiñán tuvo una muerte serena; bendiciendo á sus niños, exhaló su último suspiro.

Los receptores, cobradores, mandatarios, martilleros, todos esos gavilanes de la justicia, que andan acechando de continuo las herencias en descomposición, no dejaron á los hijos del señor Torrella el plazo de tranquilidad y silencio que en tan supremas circunstancias exigen el recogimiento y el decoro; no les concedieron siquiera el vulgar consuelo de buscar en el hogar de su infancia los queridos recuerdos que en adelante iban á ser su única fortuna.

Dos días después de los funerales de don Lusiñán, esa familia que hemos conocido tan dichosa, tan adulada y envidiada, era expulsada de la casa paterna por acreedores implacables que no se dejaban conmover por tanto infortunio.

Todo fué vendido en subasta á la mejor oferta. Sin embargo, Jovina había obtenido la concesión de su

ajuar de novia; lo rehusó, obedeciendo á la voz de su conciencia, que le mandaba sacrificar hasta su último alfiler por la rehabilitación de la memoria de su padre.

No quiso aceptar sino algunos objetos sin valor mercantil, que lo tenían, sí, de piadoso cariño. Su abnegación filial logró brillante recompensa. Tuvo la satisfacción de saber que los acreedores de su padre habían sido pagados íntegramente.

Á esa familia en apuros, pocos amigos tendieron la mano; los mejores gastaron tal lujo de frialdad é indiferencia, que hubiera sido bajeza aceptar sus ofrecimientos.

Sin embargo, había que adoptar una decisión cualquiera. Después de un conciliábulo celebrado entre ellas, doña Griselda y Jovina acordaron admitir por algún tiempo la hospitalidad de Pablo Guirigay, ese primo tan mal agradecido, en cuya casa el joven Entenas había pensado hallar á la familia que consideraba como la suya.

Pero, ¡qué de sufrimientos! ¡qué de humillaciones hubieron de soportar los infelices bajo ese techo! ¡Cuán amargo les pareció el pan que ahí se les daba!

Doña Griselda, alma enérgica en un cuerpo débil, se esforzaba en dulcificar, mediante sus cuidados y su ternura, la triste vida que era la herencia de sus nietos. Pero el desprecio y la malevolencia con que éstos tropezaron en ese hogar postizo llegaron á ser intolerables, y Jovina resolvió buscar en el trabajo la existencia material de todos los suyos. Con la autorización de doña Griselda anunció á su primo que, habiendo encontrado

en una familia europea un puesto de institutriz, su abuela y sus hermanos se iban á vivir á Copiapó mientras durase su ausencia.

Al día siguiente, los huérfanos abandonaban el triste asilo donde sólo habían conocido la vergüenza.

A dos modestos cuartos redondos del barrio del Almendral se fueron todos á vivir. Doña Griselda, que poseía algunas joyas, restos del naufragio de su esplendor que fué, consiguió venderlas á buen precio, y asegurar así por algunos meses la subsistencia de su familia.

Pero, ¿qué iban á hacer en Valparaíso? ¿Qué trabajo podía emprender Jovina en esa ciudad donde había reinado por su elegancia y su fortuna? ¿Iría de tienda en tienda á pedir labores propias de su sexo, que tal vez no le darían ó que le encargarían por compasión? Nó, eso no era posible. El abatimiento de su orgullo no llegaba á tan doloroso extremo.

¿Escribírselo todo á Juan? ¿Lamarlo?... ¿Dónde estaba él ahora? Obligarlo á participar de la común desdicha, ¿no era comprometer su porvenir? Y ¿para qué? Él, sin recursos no podría casarse ya con una mujer que sólo le llevaría en dote la carga de sustentar á una numerosa familia. Nó; era locura pensar todavía en ese amor, en el matrimonio anhelado, en la dicha prometida... á lo menos por ahora.

Ella sería la mujer de Juan; sí, lo creía, lo esperaba. Pero el momento no era propicio. Más tarde, cuando sus hermanos estuviesen grandes, cuando hubiesen hecho carrera en el mundo, cuando ella hubiese cumplido

su promesa al padre muerto... entonces diría á Juan: Aquí estoy, ¿me quieres siempre?

Después de largas noches de insomnio, durante las cuales su espíritu inquieto no sabía qué partido tomar, decidió trasladarse á Santiago, ciudad que no conocía.

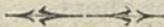
—Allá, dijo á su abuela, viviremos ignorados, lucharemos con valor; yo trabajaré, tendremos el olvido y la tranquilidad.

—¿Y Juan?

—Juan no volverá hasta dentro de un año. En algunos meses más le anunciaremos nuestra desgracia y nuestro actual paradero: á su vuelta podrá encontrarlos sin dificultad.

Ya sabemos que Juan regresó mucho antes del día en que se le esperaba: mientras la carta de su prometida iba en busca de las asiáticas costas, el pobre joven andaba en Chile, golpeando á todas las puertas y preguntando por su Jovina.

Pero el joven marino se acercaba al término de sus pesquisas; estaba seguro que su amada residía en Santiago, y ahí ¡cuán fácil no le sería dar con ella!





VII

Razón tuvo Jovina al ir á buscar asilo en la capital. Es una particularidad común á todas las metrópolis del mundo que ahí la miseria y la grandeza se codean y se dan la mano: el oropel y la hojarasca hacen las veces de oro fino y de materia sólida, la vanidad reviste todas las apariencias.

En provincia hay bandos sociales bien definidos, que un abismo separa; en la capital, las castas, divididas en el salón de tono, se fusionan en los negocios y en el café. En provincia, el orgullo es intransigente y continuo; en la capital, acomodaticio é intermitente. Allá no hay indulgencia para los derrotados de la vida; acá se hace la vista gorda y se les mira como se mira todo, con el mismo risueño, plácido desdén. Los odios de provincia son eternos y mortales; en la capi-

tal la necesidad de pedir un cigarrillo hace olvidar los más implacables rencores.

Cuando llegaron los Torrellas á Santiago, su primera preocupación fué buscar casa; pero pronto se convencieron de que no era fácil hallar una vivienda conveniente.

Las casitas que ambicionaban valían treinta ó cuarenta pesos al mes, precio excesivo para su modesto caudal. Las habitaciones de un valor adecuado á los recursos de su bolsa estaban situadas en casas inmundas, en húmedos conventillos donde reinaba insoportable olor á pobre sucio: los infelices huérfanos se sentían muy desalentados.

Nunca habían contemplado de cerca la miseria asquerosa que luce sus horrores con el mismo audaz descaro que la opulencia insolente sus chillonas galas.

Esos semblantes demacrados, esas cabezas puercas con que tropezaba su mirada á cada paso en la mayor parte de los barrios pobres, inspiraban repugnancia invencible á la delicada naturaleza de los huérfanos y les producía honda pena. Hasta Miguelito, que presumía de valiente y de hombre de corazón, prodigaba los gestos y las contorsiones más cómicas al asomarse á esos cuartos oscuros y nauseabundos que correspondían á su situación pecuniaria.

La suerte, por fin, les fué propicia. Después de muchas idas y venidas, Jovina y Daniel dieron con una casita de muy buen talante que ostentaba el cartel de estilo: *Se arrienda; para tratar calle de Ahumada, número tantos.*

—Hé ahí lo que necesitamos, exclamó Jovina. Vamos pronto á saber las condiciones.

Daniel trató de persuadirla de que esa casa valía por lo menos treinta pesos al mes.

—Eso no importa: trabajaremos más. ¿Te imaginarías acaso que voy á llevar á ustedes á una habitación insalubre donde se marchiten y se mueran? Nó, nó, lo prometo de todo es la higiene. . . ¿Y mamá Griselda? ¿Quisieras tú que pasase sus últimos días en un tabuco sin aire ni luz? Vamos al punto á hablar con el propietario.

Era éste un rico y conocido negociante que había tenido la humanitaria idea de mandar construir una hilera de casitas independientes, que arrendaba á bajo precio á familias de obreros honrados ó de empleados modestos. Par casualidad, una de esas casitas acababa de ser desocupada y Jovina llegaba á tiempo para aprovechar la ocasión.

Cuando, acompañada de Daniel, se presentó al señor Sorites, don Cátulo, el propietario, y le hubo expuesto el motivo de su visita, aquél, sorprendido por los finos ademanes de la joven y la belleza de su rostro, no pudo dejar de dirigirle algunas preguntas relativas á su familia y á su posición actual.

—Vivo con mi abuela y mis hermanos. Tenemos que trabajar para comer. Mi padre se llamaba Lusiñán Torrella.

Don Cátulo Sorites había oído hablar de la ruina del opulento minero. Causóle admiración la noble entereza de esa familia que buscaba en el trabajo oscuro

la subsistencia material; y como era hombre de buen corazón, resolvió proporcionar á esos desheredados un asilo decente, sin exigirles un sacrificio. Sus casitas valían de veinticinco á treinta pesos. En un instante calculó lo que podía pedir á Jovina sin darle á entender que hacía acto de caridad, y dijo:

—Señorita, la casa que le interesa estaba arrendada en veinte pesos. Mas, le confesaré que poco me gustaban los inquilinos. Eran demasiado numerosos, sucios, indolentes y malos pagadores. Estoy cierto de que no podré decir lo mismo de ustedes, y desde que habrá en la casa personas que, en vez de deteriorarla, la mantengan en buen estado, he decidido no cobrarles sino quince pesos al mes. La habitación está pronta, recién refaccionada y pintada. Pueden ustedes examinarla y si mis condiciones les agradan, puedo en el acto entregarles la llave.

Los dos hermanos escuchaban á don Cátulo con visible emoción. ¡Quince pesos! Era un hallazgo!

Fueron, pues, á visitar la pequeña habitación, que les convino bajo todos sus aspectos. Tres piezas grandes, un patio muy limpio que podía transformarse en jardínillo, agua potable y un rayo de sol que jugueteaba con las flores azules del papel de la pieza principal: era un palacio.

Se ajustó el contrato y los tres personajes, se separaron enteramente satisfechos. Don Cátulo se felicitaba de haber realizado una buena acción; Daniel y Jovina, maravillados de su descubrimiento, corrieron á llevar la feliz noticia á mamá grande y á los hermanitos.

Ese mismo día tomaron posesión de su nueva morada.

Hicieron de cualquier modo una sobria merienda de pan y queso, bebieron agua fresca en el hueco de la mano, como en otros tiempos los soldados de Gedeón, durmieron sobre un petate en el suelo pelado, y la mañana siguiente despertaron todos con un ardor alegre y juvenil que presagiaba un cambio favorable en su hasta entonces penosa existencia.

La incansable Jovina se prodigó tanto que esa tarde comieron todos en cómoda mesa caldo y carne preparados en una cocinilla portátil; se sentaron en verdaderas sillas y cortaron su asado en bonitos platos de loza pintada, puestos sobre un mantel de resplandeciente blancura. La abuelita tomó su taza de café y se acostó en un lecho conveniente, después de haber rezado en su reclinatorio ¡qué lujo! sus oraciones; la venerable señora experimentó, en fin la satisfacción de encontrarse en su casa. Jovina y Rosita la acompañaban en el mejor cuarto; los demás niños se instalaron en el segundo, y el tercero fué destinado á comedor y taller de trabajo.

La cocina se hacía en el patio, bajo un alero; no era muy complicada esa cocina!

Una vez comprados los muebles indispensables á la instalación de la familia, Jovina contó su dinero. Le quedaban unos cien pesos, la subsistencia de unas pocas semanas. Era menester, pues, buscar trabajo á toda costa y ponerse á la obra con ardor.

Tras de no escasas diligencias, halló ocupación en

una tienda de novedades que le encargó el adorno de un surtido de sombreros de verano. La paga era insignificante.

— Principio quieren las cosas, pensó Jovina. Y esta reflexión la consoló.

Doña Griselda y Rosita la ayudaron en su tarea, preparándole la paja y los forros, y en breves días los sombreros estaban concluidos.

La misma tienda le encomendó en seguida la hechura de cierta cantidad de ropa blanca, trajecitos de niño y otras labores que ejecutó sin demora, con ese gusto natural que mostraba en todo lo que hacía. Adquirió una máquina de coser, y desde el alba hasta tarde en la noche trabajaba sin descanso, hallando tiempo en medio de su afán para preparar las modestas comidas de la familia.

Doña Griselda hilvanaba la ropa, aunque Jovina pretendiese que la abuela no debía hacer nada; Rosita, cuya atribución era la de poner en orden y guardar las obras terminadas, solía contribuir también con algún ribete bordado, ú otro adorno, al mejor aspecto de los trabajos.

Daniel frecuentaba el Instituto al mismo tiempo que se perfeccionaba en el arte del dibujo, y tomaba lecciones de grabado al boj, estudio hacia el cual manifestaba afición decidida.

Andrés empezaba á traducir los *Comentarios* de César, pero el fácil latín de Cayo Julio no le impedía soñar con trapecios y barras fijas, argollas y paralelas.

Miguelito también quería ser sabio sin abandonar la

mecánica. Iba con Andrés al Instituto, y por la noche estudiaba sosegadamente cerca de la hermana mayor, quien le explicaba sus lecciones y lo preparaba para las clases del día siguiente.

* * *

Dos años vivieron así una vida serena y casi dichosa. Jovina ganaba ahora sus ochenta ó más pesos mensuales con el trabajo de sus manos. Andrés había hecho su primera comunión, y Rosita era una encantadora niña, delicada y melancólica.

Había pasado, hacía ya tiempo, la época fijada para el regreso del joven teniente de marina, y, sin embargo, no se tenían noticias de él.

Jovina le había escrito varias cartas (sabemos que no le llegaron nunca), y sufría en silencio; no comprendía la ausencia del ser amado. ¡Cuán dulce no le habría sido recibir una palabra de él, un pensamiento, un recuerdo, y nada de eso aparecía!

El rostro de la joven había palidecido; sus ojos, cansados por la luz insuficiente que iluminaba sus laboriosas vigiliás, estaban rodeados de un círculo azulejo, signo revelador de un sufrimiento oculto.

Doña Griselda, gastada por la edad y los pesares, permanecía siemp e en su sillón y no podía ayudar ya á sus nietecitos en sus quehaceres cotidianos. Sin embargo, la casita parecía encerrar á una familia feliz; las voces frescas de los niños repercutían constantemente en todos los rincones de la humilde mansión. En sus

horas de recreo, los jóvenes cuidaban el jardinito y á no ser por la pena secreta que roía el corazón de Jovina, la dicha de todos habría sido perfecta.

Pero los días serenos no son continuos; hay desgraciadamente nubes negras que suelen oscurecerlos llevando á las corazonas la turbación y la angustia.

Una mañana, doña Griselda no vió la luz del sol; no pudo distinguir las dulces facciones de Jovina, las caras joviales de sus nietecitos: ¡estaba ciega!

El espanto y la desesperación de la familia no podrían describirse; se llamó á un oculista de mucha fama; todas los ahorros de Jovina desaparecieron en repetidas consultas, en el dispendioso tratamiento que, en vano, hubo de seguir la pobre abuela. ¡Ay! sus ojos estaban condenados á la negrura de una noche sin fin!

Entonces, Jovina multiplicó su energía, su indómita actividad. Prodigó sus fuerzas sin reposo ¿No era preciso, hoy más que nunca, asegurar el día siguiente? hoy, cuando mamá grande necesitaba de tantas atenciones y cuando las economías de la casa estaban agotadas?

La suerte reservaba á la generosa niña otras amarguras. Miguelito, repentinamente atacado por la fiebre escarlatina, absorbió todo el tiempo de la abnegada hermana. El cielo la recompensó con la dicha sin igual de haber arrebatado al niño de las garras de la muerte.

Pero, no bien entraba Miguelito en la convalecencia, cuando ella caía anonadada por el exceso de trabajo, las privaciones, el insomnio.

La familia Torrella entró entonces en una *via crucis* de crueles sufrimientos. Todos los hermanos atendían

á Jovina con un cariño commovedor. Encargada de las tareas domésticas, Rosita quería trabajar también; mas sus débiles fuerzas no conseguían poner remedio á la miseria que se acercaba á pasos rápidos.

Daniel, sombrío, con el corazón despedazado, hizo estériles tentativas para ganar algún dinero. Se presentó en más de veinte casas de comercio, perdió días enteros en el Palacio de los Tribunales, acechando la ocasión de obtener copias de escritos; en todas partes le fué mal; la fatalidad le perseguía.

Poco á poco, los objetos más valiosos de la modesta vivienda tomaron el camino del montepío. Y Jovina deliraba, Jovina iba tal vez á morir. ¿Qué harían entonces los pobres huérfanos sin el brazo valiente, sin el espíritu vital de la casa?

Dios se mostró al fin misericordioso. Dios, que nunca decreta pruebas superiores á la resistencia de cada cual, no llamó al cielo á ese ángel de la tierra, á esa rosa de abril cuyo perfume era la dicha, la existencia misma de los seres que la rodeaban.

La naturaleza y la juventud vencieron á la enfermedad, y llegó un momento en que el médico, lleno de satisfacción y regocijo, pudo asegurar la vida de Jovina.

¡Estaba, pues, salvada, la hermana querida, la madre solícita y tierna! ¡Ah! de cuán delicadas atenciones, de cuán dulce y hondo afecto iban á colmarla ahora! El doctor había dicho:

—Está fuera de peligro; pero necesita de muchas precauciones, de vigilantes cuidados. Es preciso darle

alimentos reconstituyentes, buen vino añejo, para que recobre sus fuerzas.

Sí, era menester dar á Jovina una alimentación especial, y por lo mismo costosa; más, ¿con qué recursos? No se trabajaba más en la casa, la economía doméstica andaba en completo desbarajuste. La abuela no se preocupaba de eso y atenta sólo á la dicha de saber á su amada nieta restablecida, disfrutaba de ese supremo consuelo con un egoísmo delicioso.

Ya que Jovina había sanado, se levantaba y podía andar, hablar y aun reír, los felices días iban á volver; el sol de la alegría iba á disipar nuevamente las nubes de tristeza que se cernían sobre la casa.

Cuando la hermana grande descansaba, los niños se reunían en consejo á deliberar sobre su situación. Era urgente procurarse dinero; mas ¿cómo? ¿de qué manera? No quedaba nada que llevar al montepío.

Rosita se había dedicado resueltamente á las labores de aguja; pero era tan poco lo que obtenía por ese medio que apenas alcanzaba á pagar el pan diario.

Después de muchas y penosas diligencias, Daniel había conseguido un empleo de repartidor de periódicos, puesto que desempeñaba con todo sigilo á escondidas de Jovina.

Á medida que la joven se restablecía, las preocupaciones materiales se apoderaban de nuevo de su espíritu. ¿Cómo se lograba vivir ahora? ¿Siempre tenía mamá grande su jícara de chocolate por la mañana, su taza de café por la noche? ¿Se había pagado escripu-

losamente el canon de arriendo? ¿Y la cuenta del médico? ¿Y la ropa de los niños, y lo demás?

Al oír estas preguntas, Daniel contestaba cariñosamente:

—Deja, hermanita, esas cosas para después, para cuando estés enteramente buena y sana. Todavía soy yo el amo, el que dispone y ordena. Conténtate con saber que nada se debe. Verdad que ha sido preciso desprenderse de algunos muebles inútiles; pero, ¿qué importa la pérdida de esos bienes despreciables cuando te hemos recobrado á ti, nuestro bien supremo!





VIII

Don Absalón Petrini estaba desesperado.

¿Petrini?

¡Pues!... El director y propietario del famoso circo Petrini, el jefe actual de esa histórica familia de saltimbanquis que desde la Edad Media hasta nuestros días viene causando la admiración de todos los públicos del orbe.

Petrini acababa de llegar á Santiago con su compañía y había levantado su tienda en un local contiguo á la casa ocupada por los Torrellas. Como el ilustre empresario desempeña algún papel en esta narración justo es presentarlo al lector con las solemnidades debidas á tan ínclito personaje.

Para don Absalón, no existía arte más excelso que el que había hecho vivir en el aire, más bien que sobre la tierra firme, á veinte generaciones de Petrinis. Era

un sacerdote de la cuerda floja, un devoto de la vida aérea, un apóstol de la dislocación universal.

Hacía veinticinco años que buscaba el medio de volar por los espacios como las golondrinas. Seguro un día de haber encontrado lo que buscaba con tanto anhelo, había hecho, en Quito, un experimento decisivo.

Toda la ciudad fué á presenciárlolo.

Ante un público excitado por la curiosidad y que aguardaba el vuelo del hombre pájaro con emoción indescriptible, Petrini, colocado en una eminencia desde donde dominaba á la ávida muchedumbre, sacude sus alas formidables, dirige un gracioso saludo á los espectadores y emprende el vuelo hacia la región azul. Pero ¡ay! sea por lo imperfecto del mecanismo propulsor, sea que el viento, que de ordinario en Quito se luce por su ausencia, estuviese aquel día más ausente que nunca, el pobre Absalón se vió á poco trecho paralizado en sus movimientos, cayó pesadamente sobre un caballero gordiflón, cuyas carnes rollizas amortiguaron la caída y fué á rodar después sobre las faldas de una preciosa muchcha, cuyo quitasol se hizo trizas por la violencia del choque.

Así como la golondrina de los mares, traicionada por su vuelo impotente, se expone á caer en el hocico de algun voraz tiburón, así el desdichado Petrini estuvo á pique de ser despedazado por la muchedumbre desengañada.

Merced á la oportuna intervención de almas caritativas, salió de apuros devolviendo el producto de las

entradas é indemnizando regiamente al hombre de la gran barriga y á la muchacha del quitasol.

Después de ese terrible fracaso, el infeliz inventor se había sumido en una melancolía profunda que llegó á ocasionar inquietudes á los suyos, cuando un acontecimiento extraordinario vino á reanimar sus abatidas facultades.

Petrini se hallaba á la sazón en Wáshington con su mujer, sus siete hijos y sus dieziocho nietos.

Djim, el mayor de estos últimos, niño de once años, dotado de una imaginación florida y muy agil de cuerpo (¡Petrini, al fin!), tuvo un día la ocurrencia de vestirse de serpiente: una invención suya que debía maravillar á los dos hemisferios.

Juntó muchas laminillas de estaño, las cortó en pequeñas rodajas, las agujereó convenientemente y las cosió en uno de sus pequeños trajes ajustados. Ataviado así, producía la ilusión de un pez argentino, de una anguila rutilante, ó más propiamente, de una de esas culebras de la Malasia que se ven embalsamadas en los museos.

Antes de presentarse al público, fué, como de costumbre, á saludar á su abuelo y creyó darle agradable sorpresa al entrar arrastrándose sobre el vientre como un reptil, con los brazos arrollados, el uno en el cuello, el otro alrededor de la cintura.

Mohino y ceñudo, cara á cara con una respetable copa de *gin*, Petrini pensaba, como siempre, en su desgraciado ensayo de Quito, en ese chasco retumbante cuyo recuerdo aun le taladraba el alma. Preguntá-

base con amargura si podría jamás borrar con alguna hazaña portentosa esa mancha de ignominia arrojada por la suerte en las tradiciones de su casa.

Distraído de sus misteriosas meditaciones por la entrada de Djim, echó sobre éste una mirada de disgusto, que bien pronto iluminó extraña sonrisa: había comprendido la genial intención del disfraz del muchacho. Cual movido por un resorte, se puso de pie bruscamente, levantó al niño en sus brazos, estrechándolo con fuerza, y le gritó:

—*¡Eureka!* Djim, hijito mío, me salvas la vida, y de eterna deshonra el clarísimo nombre de los Petrini; vamos otra vez á ser ricos y célebres. Pero, quítate ese traje por ahora, quítatelo, muchacho; tengo una idea luminosa que te comunicaré después de la función, en la que aparecerás lo mismo que todos los días; es preciso que el público no malicie, no vislumbre la novedad que le preparamos. ¡Djim, Djim! ¡oh! ¡tú llegarás á ser un grande hombre!

El infantil maromero presenciaba boquiabierto la explosión de entusiasmo que hacía resplandecer el semblante de papá Petrini: obedeció incontinenti y esa noche el público del circo no sospechó siquiera la innovación artística de su actor favorito.

Después del espectáculo, Djim volvió á donde su abuelo que se paseaba muy agitado y exclamaba triunfante:

—El hombre audaz que ha querido imitar el vuelo del cóndor de las cordilleras, ha sido cruelmente castigado: el que no ha podido mostrar á la humanidad

absorta el hombre-pájaro, le mostrará el hombre-reptil. ¡Qué desquite para la augusta memoria de los Petrinis! ¡Qué confirmación más espléndida de su talento incomparable!

Hasta las tres de la mañana estuvo conversando con su nieto sobre cosas del arte.

Al día siguiente, el viejo y quebrantado Petrini de la víspera había desaparecido, y en su lugar aparecía un hombre rozagante, alegre, lleno de confianza; la esperanza y la dicha habían vuelto á entrar en la familia y el porvenir se presentaba estupendo: una abundosa cosecha de laureles.

Djim y don Absalón pasaban largas horas cada día encerrados en una pieza, mirando el famoso traje que se había convertido en una verdadera escama de serpiente de cascabel.

Por fin llegó la hora propicia, la hora del estreno.

Anuncios monumentales representaban al rey de los reptiles y decían:

«Esta noche, primera exhibición del afamado hombre-serpiente, el cual asombrará al honorable público con sus prodigiosos ejercicios de elasticidad.»

La gente acudió en masa; el éxito de Djim fué extraordinario.

Cubierto por su plateada escama de centelleantes reflejos, se arrastraba por el suelo, trepaba en un árbol que había en medio del circo, se enroscaba en sus ramas, lanzaba el silbido propio de la serpiente y hacía contorsiones inverosímiles cual si, en vez de ser de carne y hueso, su cuerpo hubiese sido de gutapercha.

El éxito obtenido en Washington se repitió en todas las ciudades donde puso sus plantas el gran Petrini. Este no omitió volver á Quito, donde ya ni se acordaban del hombre-pájaro y donde aplaudieron con estrépito al hombre-serpiente.

La prensa americana dedicaba columnas enteras de encomio al circo Petrini, así es que cuando este llegó á Santiago de Chile, la fama del hombre-serpiente era ahí tal vez mayor que la de Sarah Bernhardt.

Desde la casita ocupada por los Torrellas, se oía la música del circo, los chistes de los clowns, el chasquido de los látigos, las manifestaciones entusiastas del público.

Andrés seguía con la imaginación todos los ejercicios gimnásticos que se verificaban tan cerca de él, y sólo se quedaba dormido al apagarse los últimos acordes de la marcha turca con que ordinariamente concluía el espectáculo.

Y en su sueño, veía al hombre-serpiente que le sonreía, lo abrazaba, lo llamaba Andresito...

¡Pobre Andrés! Si hubiese tenido cuarenta centavos disponibles, cuánto más no habría gozado con la realidad de ver á ese fenómeno del arte histriónica, á ese Djim tan soñado y admirado!

Un domingo, le pareció insoportable ese suplicio de Tántalo. Se arriesgó sobre la lona que servía de techo al circo y llegó hasta una hendidura desde donde pudo deleitarse en paz con la contemplación de las soñadas maravillas.

Al día siguiente, reproducía en su casa, delante de

sus hermanos sorprendidos, lo que había visto ejecutar á Djim, y declaraba, como gimnasta perito, que eso no era nada, que él podría hacer mucho más!...

Durante una semana, Andrés costó el divertimento de sus hermanos con una serie de pruebas de dislocación y de agilidad maravillosas, que llenaban á Jovina de asombro y le inspiraban inquietud á la vez; doña Griselda, la pobre ciega, tenía también su rato de distracción en esas locuras que los niños le describían minuciosamente en medio de la mayor algazara.

Una representación á beneficio del cuerpo de bomberos de Santiago estaba anunciada para un jueves del mes de noviembre de 18. . .

Parecía que el recinto del circo iba á ser insuficiente para contener el gran número de los espectadores que habían tomado sus asientos con anticipación. En los carteles que paseaban por las calles los tranvías, en los que figuraban en todos los escaparates de las tiendas, se ponderaba la magnificencia de aquella función de gala, y se avisaba al público que Djim, el renombrado hombre-serpiente iba á sobrepujarse á sí mismo.

En la vispera de la representación, Djim fué victima de deplorable accidente. Ensayaba un nuevo ejercicio que consistía en arrollarse en una rama del árbol, pasar después por una estrecha argolla colgante, tomarse en seguida del trapecio y bajar de ahí por una cuerda invisible, y sucedió, pues, que el pobre Djim, al salir de la argolla no pudo asir á tiempo el trapecio y, faltándole todo punto de apoyo, cayó al suelo y se quebró un brazo.

Ahora comprenderá el lector por qué estaba tan desesperado don Absalón Petrini.

En efecto, difícil sería pintar la desolación, el estupor, la negra angustia del viejo saltimbanqui. Y de veras que él contratiempo era terrible. ¡La vispera de un beneficio! cuando la representación había sido anunciada con tanto bombo por toda la ciudad, por todo Chile!... La cosa era para arrancarse los tres únicos pelos que aún conservaba don Absalón en su lustroso cráneo.

¡Otra vez en un tris la reputación de su nombre, su fama, toda la gloria inmortal de los Petrinis!...

Don Absalón recorría lo mismo que fiera en su jaula el recinto fatal, la arena dura donde acababan de quebrantarse sus esperanzas de victoria.

Dos veces había ido á ver á Djim que gritaba como un condenado mientras el cirujano le componía el brazo; dos veces había ido y vuelto furioso, lanzando imprecaciones, tirándose los tres pelos sin saber que determinación tomar.

Andrés, que estaba al corriente de todos los hechos y dichos de la compañía Petrini y había presenciado desde la rendija de la carpa el desastroso ensayo del pequeño Djim, fué igualmente testigo de la congoja de don Absalón: su alma de artista acróbata se identificó de tal manera con el infortunio del pobre viejo, que habría renunciado con gusto y para siempre á sus aspiraciones de gimnasta con tal de que el hombre-serpiente hubiese podido salir á la escena el día fijado.

De repente iluminó su espíritu una idea grandiosa, una inspiración fenomenal, hija legítima de la penu-

ria cada vez más sombría en que vegetaban todos los suyos.

Rosita ganaba poco, muy poco; se afanaba extraordinariamente en proporcionar escasas comodidades á la querida convaleciente; Miguel ayudaba mucho en los quehaceres domésticos; en cuanto á él, Andrés, era un inútil, capaz únicamente de ejecutar insustanciales vueltas de carnero.

¡Caramba! era preciso que él también se ganara la vida: que llevase al acervo común su contingente propio. Una voz secreta le decía que no sería el suyo el de menor importancia...

De un salto se puso en el suelo, y una vez ahí fácil le fué penetrar hasta el sitio donde don Absalón se arrancaba sin piedad los tres consabidos cabellos.

Al ver á Andrés, su cólera subió de punto. Interpe-
lando severamente al recién llegado:

—¿Qué vienes á hacer aquí, bribonzuelo? exclamó amenazante. Vete, vete pronto, ó te pongo el pie .. en donde te duela.

—Discúlpeme, señor, respondió tímidamente el niño. Si me atrevo á presentarme á usted de esta manera, lo hago en beneficio de usted, señor Petrini... Sírvase escucharme con un poco de paciencia...

—¿Quieres largarte de aquí, mocosillo? replicó el vejete, furibundo.

— Pero, señor, deje usted que le diga...

—¡Aguárdate no más, insolente! rugió Petrini exasperado.

Y movido por invencible deseo de descargar la elec-

tricidad de sus nervios en algún ser viviente, estiró el brazo para dar tremendo golpe en la persona de Andrés. Pero el muchacho, más listo y agíl que una ardilla, dió un brinco enorme hacia atrás, y encontrando á la mano uno de los postes que sostenían la carpa, se encaramó en él antes que el rabioso empresario pudiese dar dos pasos.

—Don Absalón Petrini, dijo desde arriba Andrés, si me persigue usted hasta aquí, me subo por la lona hasta la cúspide del circo, y después... me tiro de cabeza al suelo...

—¿Serías capaz de hacer todo eso? exclamó el decano de los gimnastas, admirado: y olvidándolo todo, dominada su cólera por la sorprendente hazaña de Andrés, alargó á este los brazos en actitud suplicante.

—Sí, contestó el niño Torrella, de eso y de mucho más. Pero no he venido yo aquí tan sólo á darle pruebas de mi talento; un negocio mucho más serio me mueve á interrumpir las expansiones de su justa ira.

—¿Qué será, chico, qué será? interrumpió Petrini con interés.

—Hace un rato, repuso Andrés, hallándome yo en el techo del circo, he presenciado la fatal caída del hombre serpiente, he sido testigo de la desesperación de usted, y vengo á decirle que si usted lo desea, mañana podrá verificarse la representación anunciada: yo haré de hombre-serpiente.

—¡Tú! ¡tú de hombre-serpiente! prorrumpió Petrini lleno de asombro. ¿Y dices que se puede dar mañana la representación anunciada? Pero, eso no es posible; estoy soñando, ó el cielo, compadecido de mi triste suerte, envía á uno de sus genios á salvarme!

Andrés se había deslizado hasta el suelo y, sin temor, ahora que había tocado la cuerda sensible del corazón del empresario, se había acercado á este y aguardaba anhelante la respuesta.

El maestro-saltimbanqui lloraba de gusto, no se atrevía á dar crédito á esa fortuna inesperada.

Se puso á palpar al niño, á examinar sus articulaciones, á probar la elasticidad de su cuerpo, y como el resultado de esta inspección fuese favorable, la alegría de don Absalón no tuvo límites.

Para reforzar la nota admirativa, Andrés se echó á tierra, se arrastró, se retorció, se alargó, se recogió, imitó de un modo prodigioso los movimientos de la culebra.

Mudo y estupefacto, presa de una emoción jamás sentida, el ilustre Petrini abrió los brazos al niño, llamándolo con tierna y elocuente mirada.

Andrés, conmovido también, se dejó abrazar por el viejo saltimbanqui.

Cuando hubo pasado esa primera emoción artística, el maestro pensó en el lado pecuniario del negocio, y preguntó al niño:

—¿Y cuánto voy á pagarte por tus servicios?

La necesidad aguza el ingenio: Andrés tenía preparada la respuesta.

—Veinte pesos por función, dijo sin inmutarse.

—¡Veinte pesos!... exclamó Petrini asustado. Pero, hijo mío, añadió, yo soy pobre en dinero, aunque millonario en nombradía. Piensa, además, en el insigne h'onor que vas á tener de trabajar en la célebre compañía Petrini, junto con los más famosos equilibristas del mundo. Vamos, te pago diez pesos, y trato concluído. No olvides que yo te proporciono el traje y los accesorios para que puedas lucirte, y tan pronto como Djim haya aliviado, pasarás del interinato de ahora á ocupar en propiedad un puesto en el circo Petrini. ¡Mira qué porvenir, muchacho!

Pero Andrés no cejó en su exigencia: estaba resuelto á lograr sus veinte pesos, ó á no hacer nada.

Petrini tuvo que someterse.

*
* *

Andrés refirió á Daniel y á Rosita los pormenores de su nueva situación. No querían creerle: ¡qué locura ir á exhibirse ante el público, él, todo un Torrella! Jamás le permitirían semejante barbaridad... Pero... pero... la indignancia golpeaba á la puerta de casa, mamá Griselda tomaba su chocolate muy aguado... Jovina necesitaba tantos tónicos...

—¡Por Dios, que no lo sepa la hermana grande! dijo Rosita, cuando la persuasiva elocuencia de Andrés hubo vencido todas las resistencias.

—¡Nó! que no lo sepa!

—¡Un Torrella saltimbanqui! decía poco después Rosita á su hermano Daniel... ¡Quién hubiera podido imaginárselo! ¡Parece cuento, parece novela!

—¡No hay novela más triste que la vida real! suspiró filosóficamente Daniel.





IX

— Pero hombre, ¿qué es lo que te haces todas las noches? Nunca se te ve en el paseo, en el teatro, en los conciertos; huyes de toda reunión, rehusas todo convite. Solo, siempre solo, ¡cuanto te aburrirás, amigo!

— ¡Vaya si eres cándido Edmundo; te imaginas que nuestro querido Entenas lleva en Santiago una vida de anacoreta! No tengas cuidado, si huye de nuestra sociedad es porque dos ojos negros ó una trenza rubia lo llaman á otra parte.

— Entonces, repuso el jóven que se llamaba Edmundo, nadá he dicho, y desde mañana me declaro impotente para vencer las resistencias de Juan. Digo desde mañana, porque hoy quiero hacerle una proposición que no puede rechazar; será la última. ¿Oyes, Juan? Todo el día de mañana con su respectiva noche nos perteneces. La segunda Compañía de Bomberos da á

sus miembros honorarios una cena de ciento sesenta cubiertos; cada uno de los festejados tiene derecho de llevar á un amigo; yo, como Director, puedo introducir á dos personas; esas serán Esteban y tú. Antes de la cena iremos á hacer hora al Circo Petrini que da una función á beneficio del cuerpo: hay ahí una amazona de ojos azules.

—Cómo, interrumpió Esteban, una amazona de ojos azules en el cuerpo. . . de bomberos?

—En el circo, bárbaro!

—Verdaderamente, sería yo un mal agradecido si rehusara tan afectuosa invitación; la acepto, pues, con gusto, dijo Juan; será para mí un gran placer el hallarme en el seno de esa valiente legión de defensores de la propiedad y de la vida, legión que te cuenta entre sus más entusiastas soldados. Pero, no me exijas que vaya al circo, eso no; sabes que tales espectáculos tienen para mí poco atractivo. Me encuentro aislado en medio de esa muchedumbre ávida de emociones violentas; compadezco á esos pobres saltimbanquis que, tal vez con el cuerpo enfermo, el ánimo abatido y el corazón atribulado, exhiben su triste habilidad á la curiosidad del público. Amigos míos, nosotros los marinos tenemos ideas extrañas, distintas de las que abrigan los demás hombres. El trato íntimo con el Océano en todas sus caprichosas transformaciones, deja en nuestra imaginación un recuerdo melancólico, un dulce y suave canto de lastimera monotonía que los habitantes de la tierra firme son incapaces de comprender. ¿Quieren que les diga francamente? Me hacen falta las impre-

siones de esa vida aventurera y poética que he conocido desde mis años juveniles. En breve voy á solicitar mi reincorporación en el servicio activo de la marina; tengo un deseo ardiente de visitar países desconocidos, de estudiar las costumbres de lejanos pueblos, de aprender su idioma, de investigar sus instintos y sus sentimientos. . .

—¡Ya empezó el filósofo! Chico, acabarás por inculcarme ideas negruzcas, y no ignoras que aborrezco lo negro. Juan, tu has tenido desengaños, nadie me quita esa creencia. Quién sabe si por allá, en esos países donde los guijarros son diamantes y las arenas polvo de oro, no has dejado algun corazon que te aguarda impaciente, y para quien tu ausencia es la muerte misma?

—¡Las ocurrencias de Esteban! lo que Juan necesita es casarse. Dime, teniente, ¿no es eso lo que te tiene así? ¿Quién más que tú podría hacer dichosa á una mujer? Las niñas encantadoras no faltan en Santiago; no tendrás más molestia que la de elegir. Ahora si quieres que me encargue de tu felicidad...

—Amigos, compañeros, me confunde el interés que ustedes me manifiestan. ¡Casarme yo! (y sus pupilas azules brillaron con extraño fulgor), primero tendré que estudiar el problema, y á fe que pasarán muchos años antes que llegue á resolverlo. Pero, ya estamos lejos del banquete, del circo, de los bomberos y... cerca de mi casa, ¿quíeren ustedes entrar?

—No, gracias, dijo Edmundo; estoy convidado adonde una gentil matrona de setenta años que recibe perfectamente y tiene unos vinos añejos que son un ver-

dadero néctar; nunca faltó á sus comidas de semana, ni tampoco acostumbro pisar sus alfombras vestido de simple chaquetón. Hasta mañana, muchachos, y no olviden que primero vamos al circo.

—Bueno, replicó Juan sonriendo; ya que tanto te empeñas, iremos al circo. Y tú, Esteban, ¿me dejas también?

—¿Olvidas que estoy de novio y que los miércoles como en casa de mamá suegra?

—Entonces, felicidad y... hasta mañana.

—Hasta mañana.

Esta conversación se desarrollaba una tarde de noviembre, á eso de las cinco, en la Alameda de las Delicias.

Los tres interlocutores eran empleados de la Oficina Hidrográfica; una estrecha amistad los unía, nacida al calor de cierta uniformidad de caracteres y de gustos y cimentada por la confianza que crea un trabajo común.

Dos años iban á cumplirse desde la llegada de Juan Entenas á Santiago: el joven tenía el alma enferma de tanto buscar á su Jovina sin fruto ni esperanza. Como sus medios de fortuna no le permitiesen vivir sin ocupación, había pedido una licencia al Ministro y le había rogado que le proporcionase un empleo en la Oficina Hidrográfica. El Ministro no había podido oponerse al deseo del joven teniente y lo había colocado en aquella oficina. Aun cuando el sueldo de Juan era insignificante, bastaba á la satisfacción de sus modestas necesidades; además su empleo le permitía disponer de

algunas horas de libertad, que él consagraba á la continuación de sus pesquisas.

Había recorrido en distintas ocasiones todos los barrios de Santiago, había estado en acecho horas enteras á la salida de misa los domingos por la mañana, cuando los fieles, como abejas su colmena, abandonan en masa los templos; había aburrido á fuerza de preguntas á los empleados del correo, para llegar á conocer el paradero de Jovina; todos su esfuerzos habían sido estériles, y en el momento en que lo encontramos, un desaliento profundo y una pena inmensa se habían apoderado de él. La vida sin Jovina le parecía una nave sin brújula, y ese joven á quien hemos conocido tan bueno, tan generoso y tan justo, miraba ahora á la humanidad con desprecio. Sus semejantes lo fastidiaban; al través del prisma de su dolor no veía sino las imperfecciones de los hombres; presenciaba las luchas sociales, las contiendas políticas sin tomar jamás en ellas parte alguna; miraba con supremo desdén á los grandes por su imbecil fatuidad y su egoísmo, á los pequeños por su indolencia y su modo de ser vicioso y nada pulcro.

Poco á poco, el vértigo del Océano fué apoderándose de su espíritu. Desde que no había podido encontrar á su novia en Santiago, evidente era que ella no estaba ahí. ¡Se habían ido todos! ¿Y á dónde? Al extranjero, sin duda.

Él también se iría, él también abandonaría este hermoso país donde los egoístas abundan, como en todas partes; este país donde su Jovina no había podido

hallar un techo que la abrigara; donde una familia caritativa y poderosa, no había tropezado sino con indiferentes é ingratos en la hora del infortunio.

Y mientras Juan se desesperaba y negaba la dicha de la tierra, á algunas cuadras de su morada, una modesta casita encerraba el ideal del joven; la pobre Jovina lánguida y triste, pero siempre animosa y valiente, que luchaba contra la enfermedad y la miseria.

*
* *

¡Ratabúm! ¡Ratabúm! ¡Ratabúm, búm, búm! Alegre resuena el bombo y anuncia que va á dar principio la representación del circo.

El vasto local estaba repleto de gente; los santiaguinos que aún no habían emprendido el vuelo hacia la costa ó las termas de la montaña, se habían dado cita bajo la tienda de lona del benemérito Petrini. La concurrencia era abigarrada y pintoresca; para un ojo artístico, despertaban igual ó mayor interés los bancos de los espectadores que la arena de los equilibristas y payasos.

Juan acompañaba á Edmundo y Esteban; su mirada pensativa y profunda se posaba indiferente en todos aquellos rostros desconocidos de mujeres hermosas; pero no veía á la que su corazón llamaba, ¿qué le importaban entonces las demás mujeres?

— Preciosa niña! ¿qué te parece, Juan?

Al hablar así, Edmundo designaba á sus amigos una

encantadora muchachita blanca y rubia sentada á pocos pasos de distancia.

—Linda, lindísima, contestó Juan, distraído. Y para sus adentros: ¡Ay! Jovina mía! qué insípidas, qué anti-páticas me parecen todas las hermosas del mundo al lado de tu dulce recuerdo!....

Entretanto el hombre-serpiente, es decir Andrés, había entrado en escena en medio de aplausos atronadores.

Gravemente dió principio á sus ejercicios de elasticidad, que provocaron admiración y asombro.

—Otro, otro, gritaban los espectadores arrebatados; y Andrés tenía que volver á ejecutar la prueba celebrada. En previsión de un éxito tan halagüeño, don Absalón había preparado un número fuera de programa: como por obra de magia, Andrés se despojó instantáneamente de sus atributos de serpiente, reemplazándolos por un traje de maromero: calzoncillos de punto color carne y peto azul con lentejuelas de plata. No obtuvo el joven acróbata menos suceso en el trapicio, las argollas y la barra fija, que el que había coronado sus primeras pruebas.

Mientras el niño desempeñaba su papel de culebra, no era posible distinguir sus facciones, cubiertas como estaban por el disfraz. Pero, ahora que había cambiado de traje, se presentaba al público con el rostro descubierto, un poco asombrado y confundido, pero risueño y gentil.

Al principio, Juan no había prestado atención á las proezas del pequeño saltimbanqui. Pero éste dió un

doble salto mortal desde el suelo mismo y fué á caer de pie encima del parapeto que separa la arena del público; entonces, mientras el niño saludaba á derecha é izquierda en señal de agradecimiento por la ovación que se le hacía, el joven teniente, como quien despier-ta de un sueño, descubrió en el infantil acróbata una semejanza extraordinaria con cierto amiguito de otro tiempo; involuntariamente, por obra exclusiva del ins-tinto, murmuró:

— ¡Andrés!

El maromerito, que se hallaba cerca, volvió la cabe-za hacia el punto desde donde parecían llamarlo, y re-conociendo á Juan, dió hacia atrás un brinco prodi-gioso y entró á bastidores á todo escape.

En vano el público aplaudía hasta echar abajo el frágil edificio: el pequeño acróbata no volvió á pre-sentarse.

El teniente Entenas, que había cambiado de color repetidas veces, se puso de pie, y lo mismo que si hu-biese estado ebrio, se dirigió, vacilante, hacia la puerta de salida.

— ¿Qué tienes, Juan? le preguntó rápidamente Ed-mundo, ¿estás enfermo?

— ¿Quieres que salgamos? amplió Estéban.

— Gracias, no es nada, replicó Juan, con esfuerzo; ¡por favor, no me sigan!

Los dos amigos volvieron á sentarse, perplejos, al oír esta súplica vehemente. ¡Qué hombre tan raro era Juan! ¡Un enigma de carne y hueso!

Al verse al aire libre, el joven marino reflexionó un

instante acerca de lo que debía hacer. La identidad del niño Andrés Torrella no le ofrecía la menor duda. Sí, era él, ese querido muchachito, su hermano casi; él, quien distraía, divertía al público, arriesgando su incipiente existencia en esos traidores aparatos de gimnasia. ¡Misteriosas transmutaciones de la suerte! ¡Volver á encontrar en esa situación al hijo de don Lusiñán Torrella, al hermano de...!

—Pero ¡infeliz! dijo para sí el joven teniente, en vez de colmar de bendiciones á ese niño por haber revestido el traje del histrión, y haberte procurado por ese medio la dicha de poder llegar hasta Jovina, te entregas á miserables consideraciones de convencionalismo social, como si no tuvieras energía en la sangre, nobleza en el espíritu, afecto en el corazón!

Este hermoso pensamiento decidió á Juan á correr sin demora en busca del hermano de Jovina.

Costóle alguna dificultad llegar hasta el recinto de los artistas; á fuerza de dinero logró vencer todos los obstáculos.

Andrés se hallaba en el camarín del director. Allá fué Juan á buscarlo.

—¿Qué deseaba usted, señor? le dijo Petrini de un modo brusco, saliéndole al encuentro.

—Un... el... quería... balbuceó Entenas algo confundido.

—¿El... quién? preguntó don Absalón con voz más recia.

—Ese niño que hacía de... serpiente...

—¿Para qué lo necesita usted?

—Tengo que hablarle.

—Es algún empresario, pensó Petrini, que viene á conquistarme á Jony (era el nombre con que aparecía Andrés en los carteles). Y á Juan, lleno de enojo:

—Jony es sordo y mudo; es inútil que usted le hable.

—Se trata de asuntos de familia...

—¡De familia! exclamó don Absalón, asustado. Jony no la tiene... es huérfano... huérfano de unos pobres carboneros yankees que me lo legaron al morir...

Iba Entenas á dar á Petrini una severa lección, cuando siente que dos delgados brazos le aprisionan el cuello.

—¡Juan!

—¡Andrés!

—¡Estoy perdido! suspiró Petrini al oír esas exclamaciones simultáneas.

Sin tardar, el marino obligó á Andrés á vestir su traje de cristiano, y mientras el niño hacía esto, él le dirigía mil preguntas, interrumpiendo las respuestas con exclamaciones de exuberante regocijo: quería ver á Jovina en ese mismo momento, ¡gran Dios, bastante había aguardado ya! No se atrevía á dejar un minuto sólo á Andrés; temía que fuese á escaparse arrebatándole la felicidad tan providencialmente adquirida.

—Sí, pero espérate un poco Juan; yo quiero mis veinte pesos. No vayas á figurarte que sólo por la gloria he trabajado yo esta noche, que también ha sido por el dinero, sí, muy especialmente por el dinero.

Desde que Jovina cayó enferma, don dinero es un señor que poco nos visita, en lo que hace mal, te lo aseguro, porque le dispensaríamos una acogida entusiasta.

—Andrés, ¡qué locura! ¿Cómo voy á dejarte aceptar los veinte pesos del señor Petrini?

—Si no son de él, son míos los veinte pesos, insistió Andrés; me los debe y quiero que me los pague. Es el primer dinero que gano, Juan, y estoy orgulloso de él. Fíjate que yo lo quería para mi hermana, y que es la causa de que tu me hayas encontrado...

Al decir estas palabras, el niño parecía echar de menos esa vida de artista-acróbata, cuyas dulzuras y embriagueces acababa de probar.

—Vamos,... cobra pronto tus veinte pesos y despídete de tu Director... y... después, á ver á Jovina!

Petrini entregó religiosamente á Andrés el salario prometido, le rogó con lágrimas codiciosas, que volviese á trabajar el domingo siguiente en el papel de Djim pero el niño, quizá con secreta pesadumbre, le contestó que era imposible!... Imposible!

Dos minutos más tarde, Juan y su compañero se detenan frente á la puerta de la casita ocupada por la familia Torrella. Acababan de dar las once en el reloj de San Francisco. Juan no podía pensar en ver á Jovina á esa hora; se conformó con esperar hasta la mañana siguiente, después de haber oído de boca de Andrés los pormenores de la enfermedad de Jovina, sus sufrimientos, su larga convalecencia.

—Dime, Andresito, ¿á qué hora se levanta la hermana grande?

—No muy temprano, porque todavía no ha recobrado sus fuerzas; á eso de las ocho.

—Bueno, mañana á las ocho y media estaré yo a quí. Refiere nuestra entrevista á doña Griselda, á Daniel, Rosita y Miguelito, prepara á Jovina á recibir mi visita y hasta mañana, hermano mío.

—Hasta mañana, Juan. ¡Ay! qué feliz va á ser mi hermana.

—¡Y yo... la verdad es que no puedo creer en tanta dicha!

*
* *

Daniel y Rosita esperaban á su hermano.

—Qué hubo, dijo Rosita al verlo entrar: ¿te has lucido mucho? Si supieses nuestra inquietud durante estas tres horas.

—Hermanitos, repuso Andrés, les traigo una gran noticia.

—¿Qué será? exclamó Daniel.

—¿Qué será? repitió Rosita. ¿Te han pagado el doble de lo convenido?

—Has tropezado con algún inglés generoso?

—Mejor que todo eso, hermanos míos; he tropezado con la felicidad personificada: me estremezco al pensar tan solo en que hubiese podido no ir al circo. . . Entonces estaríamos mañana tan tristes y seríamos tan infelices como ayer.

—Pero, habla, por Dios, ¿qué es lo que nos envía el cielo?

—Sépanlo, hijos míos y den gracias á mis volteretas que tanto les han fastidiado á veces.

—Andrés, ¿quieres decirnos?...

—¡Si no es nada lo que pasa!... ¿Se acuerdan ustedes de un teniente de marina que se llamaba Juan Entenas?...

—¿Lo han hecho almirante? interpeló Daniel.

—No sé, pero estaba esta noche en el circo y mañana vendrá á vernos.

—¡Juan! nuestro querido Juan, prorrumpió Rosita llena de gozo. Como se va á alegrar Jovina al saber esta nueva!

Los tres niños reían y saltaban de puro gusto; la sola idea de la próxima felicidad de su hermana les comunicaba un regocijo inmenso.

Rosita y Andrés quisieron anunciar sin dilación el fausto acontecimiento á la pobre abuela; pero Daniel juzgó más prudente esperar hasta el otro día. ¡Se levantaba tan temprano la querida ciega!

¡Cuántos proyectos para los días subsiguientes no formaron los tres niños antes de separarse! Por primera vez en su vida pasaron la noche en vela, llamando con ansia febril á la nueva aurora que iba á iluminar la alegría de la familia más feliz del mundo.

Antes de salir el sol doña Griselda estaba en pié. Apenas hubo traspasado á tientas el umbral de su cuarto se vió rodeada por sus cuatro nietecitos que la abrazaron, y le susurraron al oído:

—Chito, chito, mamá; vamos al comedor y lo sabrás todo.

Y una vez reunidos ahí:

—Mamá grande, ¡una noticia inverosímil! ¡Juan está en Santiago! Dos años hace que nos busca... Luego viene.

¡Pobre abuelita! ella no volvería á ver á ese Juan á quien amaba lo mismo que á un hijo, pero lo vería Jovina; ¡qué mayor dicha para ella, para todos!

Acompañada de Rosita, Daniel y Andrés, quiso ella misma anunciar á la joven convaleciente la grata sorpresa que pronto iba á recibir.

Esa mañana Jovina se había levantado más temprano que de costumbre; se sentía más animada y fuerte. Con una sonrisa de satisfacción había dicho á sus hermanos:

—Hijitos, hoy quiero salir á dar un paseo, y también á buscar trabajo; mi salud ha mejorado notablemente y ya puedo volver á mis tareas... ¡Dios mío! qué caras tienen ustedes todos esta mañana, qué miradas tan misteriosas... qué abrazos tan enigmáticos... ¿Será hoy santa Jovina ó el aniversario de mi nacimiento?

—Hermanita, gritó Miguel, hoy vamos á desayunarnos todos con chocolate...

—¡Oh, golosos! con que esas tenemos. ¿Y en honor de qué santo?

—Nos va á llegar un convidado, insinuó Rosita.

—¡Calla! interrumpió Andrés; á mamá grande le toca hablar.

—Mamá, ¿qué sucede? interrogó Jovina asustada.

—Un gran acontecimiento, hija mía; el más grande que ahora podríamos esperar... ¿No adivinas?

Jovina había palidecido, había llevado su mano al corazón y cayendo en los brazos de la abuela había suspirado.

—¿Juan?

—Sí, Juan está aquí... y dentro de algunos instantes lo vas á ver.

Entonces, lo mismo que aquel memorable día de la separación, Jovina se sentó á los piés de la abuela, ocultó su linda cabeza en los pliegues del vestido de la buena señora y sus ojos vertieron dulces lágrimas: lágrimas de felicidad y de amor: rocío celeste que desde arriba le mandaban sin duda los seres queridos que la habían dejado en la tierra.

*
*
*

Cuando Juan golpeó á la puerta de los Torre-
lla, los niños, bulliciosos y alegres, se precipitaron á
abrirle.

Con los ojos él buscó á Jovina.

La vió pálida y temblorosa en el umbral del come-
dor, con los ojos húmedos de lágrimas, en los labios
una sonrisa de amor. La niña quiso dar un paso; se
sintió débil... la dicha abrumaba sus fuerzas físicas...
Iba á caer...

Juan se precipitó hacia ella, la tomó entre sus bra-
zos, y en ese instante supremo en que sintió latir con-
tra su corazón el corazón de la mujer amada, todo lo
olvidó... sufrimientos, ausencia, desesperación, hastío,
y en un arranque de júbilo sublime exclamó:

—¡Jovina mía, este instante de puro afecto vale una vida entera de felicidad!

Y mamá grande, con una sonrisa divina que parecía dar luz á sus pobres ojos apagados, murmuraba llena de satisfacción:

—¡Gracias, Dios todopoderoso y magnánimo, consuelo de los que sienten y esperan, gracias; ahora puedo morir en paz: he conocido la verdadera ventura en el crepúsculo de mi larga y triste jornada!





X

De la admiración al amor, el paso es muy breve, cuando se tiene el corazón libre, bueno y entusiasta.

Pues ese paso lo dió, casi sin saberlo, don Cátulo Sorites. Joven todavía, soltero, en la época en que vió á Jovina por vez primera, su corazón no había conocido hasta entonces sino el cariño hácia su madre, á quién había consagrado su juventud, sus trabajos, su vida entera.

Tenía él treinta años cuando le fué arrebatada por la muerte. Su alma tímida y tierna no buscó amparo moral en un nuevo afecto, consuelo en otro corazón abnegado que comprendiese su índole excepcionalmente bondadosa. Después de aquel triste suceso, se consagró con ardor á los negocios, tuvo la suerte de realizar importantes beneficios, empleó gran parte de su fortuna en la protección de la clase obrera, instituyó

sociedades de estímulo y de temperancia, hizo construir un asilo donde los niños del pueblo laborioso recibían cuidados de familia durante el trabajo de sus padres; amigo de la humanidad, meditaba constantemente nuevas combinaciones, que tenían todas por objeto el progreso y el bienestar de sus semejantes.

Al principio no experimentó por Jovina sino admiración é interés. Esa hermosa joven, criada en medio del esplendor que brinda la opulencia, no debía, según él, ganarse la vida lo mismo que una humilde costurera. Insensiblemente se sintió atraído por esa criatura extrañamente simpática; cuando la veía en la calle solía seguirla desde lejos, sin intención alguna, y al pasar frente á la casita de los Torrella, allá en raras ocasiones, se detenía involuntariamente á escuchar el traqueteo de la máquina de coser.

Él iba muy poco al teatro, y cuando lo hacía, no dejaba nunca de echar una mirada conmovida hacia la ventana que filtraba débiles rayos de luz, y tras de la cual la tenaz obrera hacía crugir su máquina, mientras su espíritu corría en pos del ser amado que no daba señales de vida.

El domingo muy temprano Jovina acostumbraba ir á misa con Rosita, á la capilla de un convento vecino á la casa. Don Cátulo había llegado á saberlo, y desde entonces acudía también al sagrado recinto donde, impresionado por el fervor y la modestia de la niña, volvía á sentir revivir en su alma la adormecida fe.

El joven se dejaba poco á poco abrasar por la amorosa pasión; llegó hasta no tener sino un pensamiento,

un propósito determinado: convertir á Jovina en mujer suya, dar á esa celestial criatura la dicha que merecía, rodearla de protección, de ternura, devolverle las riquezas que habia perdido, hacer de ella el ídolo de su existencia. Mas, para dar cuerpo á ese designio, necesitaba introducirse en la familia Torrella, conquistar su confianza, declararse pretendiente serio; la cosa no era tan fácil como se lo pudiera uno imaginar.

Sin embargo, creyó haber encontrado un medio de trabar estrecha amistad con la desdichada familia. So pretexto de reparaciones urgentes que era preciso hacer en la casita, se presentó ahí una, dos, tres veces; lo recibieron en la sala de trabajo: doña Griselda con noble amenidad, Jovina con la fascinadora sonrisa que le captaba todos los corazones.

En tales circunstancias, don Cátulo convidó á los niños á una quinta que poseía cerca de Santiago.

—Háganme el honor de ir un domingo, rogaba el joven propietario.

Doña Griselda se negaba á aceptar de golpe la invitación; pero la juventud se mostró tan dispuesta á acogerla con entusiasmo, que la buena señora concedió el permiso.

El convite se renovó muchas veces, y sucedió que la familia llegó á considerar la quinta del señor Sorites como el lugar de paseo y de recreo de todos los domingos.

Esas horas de intimidad eran para don Cátulo las más felices y apacibles de su existencia; no sabía qué hacer ni qué inventar para dar á conocer á

Jovina el inmenso amor que ella había conseguido inspirarle.

Entregada al culto de la memoria de Juan, la niña no podía imaginarse que otro hombre pudiese pretenderla.

Además, ¡don Cátulo Sorites era tan rico! Ella lo apreciaba y estimaba como uno de los hombres mejores que hubiese encontrado; pero muy lejos estaba de advertir la emoción y el rubor que se apoderaban de él cuando la veía, la turbación que lo acompañaba en sus menores atenciones para con ella.

Así pasó un verano, y llegaron los postreros días del otoño. El campo no ofrecía ya ningún atractivo á los habitantes de la ciudad. Don Cátulo, temeroso de no hallar nuevos pretextos para disfrutar de la presencia de Jovina, resolvió por último pedir su mano.

Cuando fué con tal objeto, á la casa de ese ideal de mujer, ella había salido á buscar trabajo.

Trémulo y conmovido, pidió á doña Griselda un breve rato de entrevista.

La buena señora, algo asombrada por la solemnidad de su interlocutor, despidió á Rosita, y con plácida sonrisa invitó al joven á explicarse.

Don Cátulo expresó su petición con voz profunda y acento sincero y conmovido.

—Señora, concluyó, deme usted una ligera esperanza, démela, se lo suplico. Con Jovina á mi lado realizaré grandes cosas en la vida; ¡sin ella, no tendría fuerzas bastantes para vivir siquiera! usted será mi madre, los hermanos de Jovina serán los míos. ¡Ah! ¡sean usted-

des la familia que nunca he conocido, que con vehemente anhelo quisiera poseer y hacer feliz!

—Su proposición nos honra y nos conmueve, señor Sorites, contestó doña Griselda gravemente, y siento verdadera congoja de no poder depositar en su pecho la más débil esperanza. Desde hace dos años, Jovina es la prometida esposa de un joven marino á quien ama y de quien es amada. Solo aguardamos su regreso para celebrar el matrimonio.

—¡La señorita Jovina está comprometida! exclamó Sorites, con dolor. ¡Señora! cómo no he adivinado yo que tanta gracia y tanta bondad no podían haber permanecido ignoradas! Me habría ahorrado un desengaño terrible, una pena cuya duración me espanta! Perdone usted mi atrevimiento, señora, y en ningún caso olviden ustedes que tienen en mí un abnegado amigo.

Y el pobre hombre se marchó con sus ilusiones desvanecidas, maldiciendo la ironía de la suerte, notando por primera vez en su vida que hay seres en este mundo condenados á la eterna soledad del amor sin eco, seres dotados de corazón ardiente y abnegado que jamás encuentran donde vaciar el exceso de los sentimientos que en su alma rebosan.

*
* *

—Don Cátulo acaba de salir, Jovinita, y nunca te imaginarás para qué ha venido.

—¡Á aumentarnos el cánon! exclamó la joven con estupor.

—No hijita, no adivinas.

—¡Oh! ¿qué será? Á pedirnos la casa, tal vez. Pero eso es imposible, él es demasiado bueno para despedirnos de una manera tan repentina, tan brusca! Habrá venido á convidar á los chiquillos á ir de caza al Resbalón . . .

—Vamos, vamos; no das con ello. Ha venido . . . á pedirme tu mano.

—¡Es posible! ¡Un hombre tan rico como él sería capaz de pensar en una muchacha pobre como yo! Verdaderamente hay en la tierra grandes corazones. ¿Y de qué manera se las compuso usted para rechazar su propuesta, abuelita?

—Diciéndole la verdad. Mientras me escuchaba, el pobre joven daba lástima. Te quiere extraordinariamente, Jovina. ¿Quién se lo había de imaginar?

—¡Yo no, por cierto! Ha sido siempre tan discreto, tan reservado . . . ¿Por qué no se habrá fijado más bien en Rosita? Sabe que luego cumplirá diecisiete años, y ya es un partido. Ahora que don Cátulo me ha hecho el honor de solicitarme, no será raro que sueñe con un príncipe para mi querida hermana.

*
* *

El señor Sorites, perseguido por la dulce imagen de la mujer que no podía hacer suya, no pudo soportar por más tiempo la residencia en Santiago. Resolvió hacer un largo viaje, arregló sus negocios que dejó á cargo de un apoderado, y se encaminó hacia Europa,

con la firme intencion de curarse de su amor desdichado, en medio de no interrumpidas distracciones que forzosamente traerían el olvido.

No supo, pues, la enfermedad de Jovina ni la de Miguelito, ni la ceguera de doña Griselda; no se imaginó la horrible penuria que reinaba en el seno de la familia Torrella, y si á veces volvía á ver Jovina con los ojos del pensamiento, era el semblante dulce y risueño de la joven, inclinado sobre su labor modesta, lo que á su mente se presentaba; pero nunca la desgarradora visión de Jovina luchando contra la enfermedad y la muerte, de los niños desesperados, faltos de pan á veces, desnudos casi, y sin amparo. Nó; él veía la escena de un modo muy distinto. Al lado de la mujer que tanto amaba, veía á un joven marino de noble y viril aspecto que la miraba con pasión, le dirigía palabras tiernas . . . Después, presenciaba mentalmente el matrimonio de ambos, Jovina se le aparecía más hermosa bajo el nimbo de felicidad que coronaba su frente, y entonces él, solo, ignorado, abandonado en medio de sus riquezas, sentía ávido deseo de tener con la joven desposada un vínculo de parentesco cualquiera, y volverse en seguida viejo, muy viejo, para morir pronto y dejar toda su fortuna á esa mujer adorable y adorada . . .

Ningún sentimiento de envidia agitaba su alma. Desde que Jovina era dichosa, no podía él anhelar que la suerte de ella cambiase; antes bien aspiraba á contribuir á su dicha desde lejos, en medio de la soledad y el olvido.

*
* *

Poco tiempo después de su regreso, Juan, un día que él se encontraba solo con su novia, dijo á ésta con voz emocionada:

—¿Y nuestra unión, Jovina? Hace ya algunas semanas que estoy de vuelta; he aguardado en vano una palabra de la señora Griselda, una alusión á aquel anhelo de mi a'ma: la palabra no ha venido. Creo entonces que á mí me corresponde hablar. ¿Qué le parece esta idea? Nos casamos el 19 de marzo; el 20, es decir veinticuatro horas despues, tomamos todos el vapor del Norte y nos marchamos á Copiapó, donde pasamos un mes al lado de la anciana tía. . . de esa tía á cuya casa fuí hace dos años á buscar á usted, Jovina mía, con el corazón vacilante entre el temor y la esperanza!

—Tiene usted razón, Juan, replicó la joven gravemente: hablemos de nuestro matrimonio y un poco del porvenir. Usted sabe cuanto lo quiero. . .

—¡Jovina!

—Yo, Juan, tengo ilimitada confianza en su puro y honrado afecto, creo que él nunca se debilitará, y porque así lo creo, me atrevo á decirle con franqueza: amigo mio, aplacemos por algun tiempo ese acontecimiento para los dos tan grato.

—Y. . . ¿por qué? balbuceó Entenas con inquietud.

—Le diré: tengo una misión que cumplir, una promesa hecha á mi padre moribundo; ¡usted no ignora cuán

cruel fué su muerte! Yo endulé sus postreros instantes, haciendo voto formal de ser la madre de mis pequeños hermanos, de no abandonarlos mientras necesitasen de ayuda y de protección.

--Pero, querida amiga, nuestro matrimonio no puede ser obstáculo al desempeño de tan noble encargo... antes bien, todo lo contrario! Rosita se quedará con nosotros hasta que encuentre un buen marido; sus hermanos seguirán sus estudios como hasta aquí lo han hecho, y siempre doña Griselda será nuestra buena madre.

—Si, lo sé... lo sé... repuso con suavidad Jovina, Los generosos deseos de su corazón despejan el áspero camino que mis amados huérfanos han de recorrer mañana, y le estoy reconocida de tanta bondad; pero he reflexionado, amigo de mi alma, y la reflexión y la conciencia me han dicho que no debo imponerle la carga de una familia tan numerosa. Si fuera usted rico ó siquiera acomodado, no vacilaría un segundo; desgraciadamente, ambos somos... menesterosos (y la joven se sonrojó al pronunciar esta palabra). Vivir juntos de escasez y penuria, eso no es posible. Créame, Juan, la adversidad y la miseria son buenas consejeras, y ellas me han enseñado á hablarle así. Dentro de dos años, espero que Daniel sabrá ganarse el sustento. ¡Quién sabe si en ese plazo Rosita no habrá encontrado un buen marido!... ¿porqué no? Es buena y bella. Andrés puede muy bien haber logrado una plaza de oficinista, y Miguelito habrá entrado de aprendiz en algún taller de mecánica. Yo misma tengo la

intención de abrir un taller de labores de mano, tan pronto como me lo permitan mis ahorros. . . . Para entonces, en fin, estaremos en vía de hacer fortuna.

Usted entre tanto puede obtener un ascenso. . . sobre todo si reanuda su carrera de marino.

—¡Abandonarla á usted otra vez! Nó, Jovina, mil veces nó; preferiría morir. Mas, no puedo creer que usted hable en serio, al pedirme que postergue por dos años una felicidad que yo creía conquistada ya! Trabajaré con tanto valor, Jovina, cuando usted sea mi mujer, que nada habrá de faltarnos, que junto con la dicha tendremos la abundancia! ¡Por piedad, deseche esa resolución implacable, fijemos el día de la boda!

—Juan, ¿por qué me atormenta de ese modo? ¿Cree usted que no deseo con vehemencia esa unión? ¿que esos dos años no van á ser para mí tan largos como para usted? ¿qué no sufro de no poder poner mi mano en la suya y decirle: ¡aquí estoy! Juan, tenga usted compasión de mí: déjeme cumplir mi juramento filial; he contado con su ayuda; no haga vacilar mi decisión.

Juan le tomó las manos, las mantuvo largo rato entre las suyas sin que la joven hiciese un esfuerzo para retirarlas; él había comprendido la grandeza del sacrificio que hacía, y su respuesta, al fin, fué esta sencilla frase:

—Está bien, Jovina mía, esperaré dos años.

—¡Juan! Usted me ama de veras, sin egoismo, como pretendí siempre ser amada! ¡Bendito sea, bendito seas corazón magnánimo y abnegado!

Después de un momento de silencio, durante el cual

los ángeles guardianes de los dos jóvenes revoloteaban sonriendo por encima de sus cabezas, Jovina repuso alegremente, dejando vagar su fantasía por los dominios del futuro incierto:

—¡Ea! ya que tan bien nos entendemos, aprovechemos la conformidad de nuestras ideas para forjar seducidos planes. ¿Qué piensa usted de mi proyectada industria de ropa blanca y bordados? En frente de casa se arrienda precisamente una vasta habitación, con puerta á la calle, que podría convertirse, sin mucho gasto, en cómodo taller. Ahí pongo yo una docena de hábiles artistas de la aguja, produzco mucho y bueno, vendo al por mayor á las tiendas especiales; la fina hechura de mi trabajo me conquista una clientela tan delicada como inmensa, y mis rentas crecen como por obra de encanto. Rosita vigilará el taller, porque una labor constante la cansa; yo corto los modelos, invento nuevos dibujos, coso á veces en la máquina, triqui, triqui, triqui... Tengo cien pesos de capital... ¿no es nada? ya lo sé. Pero he hecho tan bien mis cálculos que dentro de cuatro meses estoy segura de poder comprar la tela al contado por grandes partidas... Mas, no me dice usted una palabra; ¿será malo mi proyecto?

Juan, sumido en un arrobamiento, mezcla de dicha y de tristeza, admiraba la longanimidad de esa mujer, que sabía colocarse á tanta altura sobre las necias preocupaciones mundanales, bastarse á si misma y proveer á la subsistencia de todos los suyos.

—¡Jovina! exclamó, yo pensaba que no merecía ser amado por una noble criatura como usted. Sí,

amiguita, ponga en ejecución su hermoso proyecto; yo también me lanzaré al combate de la vida con el arrojo tradicional de los marinos de Chile, y si dentro de dos años es nuestra la victoria, formaremos nuestro hogar sobre sólidas bases. ¡Quién sabe si para entonces dos ojos que hoy duermen no podrán contemplar la luz del sol al mismo tiempo que la de nuestra dicha!

—¡Oh, los ojos de mamá Griselda!

—Sí; nos esforzaremos en disipar las tinieblas que los rodean; si es preciso, iremos á Europa: hay al'á oculistas famosos que realizarán el milagro.

Entraba en este momento la pobre ciega, un poco inclinada; sus manos previsoras buscaban las cabezas de los jóvenes para darles maternal bendición.

Estos la pusieron al corriente del plan de trabajo ideado por Jovina. La buena señora la aplaudió sin reserva, y no omitió dar su pequeño consejo para la más acertada ejecución de tan hermosos propósitos.

Esa tarde Juan participó de la modesta comida de la familia; en seguida fueron todos á pasearse á la Alameda. La señora de Rospilloso iba apoyada en el brazo de Juan; Jovina, Rosita y Daniel hacían castillos en el aire que provocaban sonrisas en los labios de la abuela; Miguelito brincaba alrededor de ellos y Andrés caminaba gravemente, con las manos cruzadas por detrás, cual si le preocupase la solución de rudo problema algebraico. En efecto, buscaba la fórmula de un nuevo salto mortal de estupendo estilo, que había de ser un prodigio del arte y el asombro de las generaciones venideras.



XI

Los planes de los dos jóvenes habían obtenido un éxito maravilloso. Jovina prosperaba con su taller de ropa blanca; las principales tiendas de novedades de Santiago proporcionaban trabajo á la gentil costurera; las familias también le encargaban lindísimos ajuares, todo lo hacía con perfección y exactitud; además su fino trato le captaba las simpatías de su elegante parroquia.

Ya su industria le permitía realizar importantes beneficios, de los cuales apartaba algo para el ahorro, esperando redondear una pequeña fortuna al cabo de pocos años.

Por otra parte, Juan había conseguido un empleo mejor retribuido. Ahora que trabajaba con un propósito cierto, había cobrado afecto á la vida; se ocupaba con activo empeño en preparar el porvenir del hogar

que pronto iba á tenerlo por jefe. Él también procuraba economizar parte de su renta, estimando, con justicia, que el ahorro es al mismo tiempo una conveniencia y un deber natural del hombre.

Daniel había dado brillante remate á su curso de humanidades, y en la escuela de dibujo pasaba por un artista original é ingenioso, de mucha potencia creadora. En sus ratos de ocio, había ensayado la ilustración de libros científicos por medio de figuras grabadas al boj, y tan alentadora fué esta prueba que decidió dedicarse exclusivamente á especulaciones artísticas.

En una palabra, la familia Torrella subía lentamente los caprichosos escalones de la fortuna, que con tanta precipitación habían bajado.

Doña Griselda, resignada á la noche perpetua de sus ojos, encontraba alivio á los últimos años de su existencia en la dicha sin nubes que resplandecía en el cielo de sus nietecillos.

Miguelito le daba todos los días su lección de catecismo; el chiquitín escuchaba con profundo interés la historia del Antiguo y del Nuevo Testamento, que la digna abuela le refería del modo más intencional y expresivo.

Sin embargo, la abnegada abuela, madre atenta y solícita, se sentía á veces dominada por inexplicable inquietud. Con esa intuición característica de los ciegos, adivinaba que Rosita sufría; en su pecho resonaba la voz de la niña con tristes y misteriosas vibraciones, que le helaban el corazón. Durante los paseos que daban juntas, ella en vano trataba de hacer hablar á su

nietecita, de hacerla reír; las respuestas que obtenía, en cambio de sus geniales y graciosas observaciones, eran vagas, indefinidas y claramente demostraba á la buena señora que el espíritu de Rosita estaba ausente de la conversación. La risa alegre y sonora de la niña no era sino un recuerdo; un soplo fatal había paralizado las expansiones de esa existencia placentera, que en otro tiempo se desarrollaba feliz y llena de promesas; seguramente estaba enfermo el cuerpo; y ¡quien sabe si también el espíritu!

—Mamá, le preguntó un día la niña, con melancólico acento, ¿cuando se casa Jovina?

Esa pregunta, formulada distraidamente, sorprendió á doña Griselda y le pareció encerrar algo del enigma cuya explicación buscaba con afán su ánimo inquieto. Para Rosita, débil, delicada, era una preocupación el próximo enlace de su hermana: le parecía quizás que ese acontecimiento la iba á privar del apoyo que tenía en Jovina. Convenía, por lo tanto, alejar de esa mente enfermiza todo motivo de incertidumbre ó de zozobra.

Doña Griselda respondió, pues:

—Todavía estamos muy distantes del matrimonio de Juan y Jovina; ¿no ves que los dos trabajan sin descanso para lograr una posición ventajosa y holgada? ¿No recuerdas que tu hermana hizo á tu padre la sagrada promesa de no abandonarte nunca?

—Buena, querida hermana, ¡cuánta es tu abnegación!

Y lágrimas abundantes se deslizaron por las descoloridas mejillas de la joven. Los sollozos siguieron lue-

go á las lágrimas, y todo el cuerpo de Rosita se puso á temblar como frágil caña acometida por el aquilón. La abuela la atrajo hacia sí, la tomó entre sus brazos, trató, por medio de tiernas caricias, de calmar su tormento.

Como le preguntase la causa de su llanto:

—¡Madre! replicó Rosita, sufro, ¡oh! sufro mucho.

—Sufres, hija de mi alma, ¡y no me lo has dicho!... Habla, revélame tus pesares; no puedes tener confesor más cariñoso ni más discreto.

—Mamá, mamá, ¡me ahogo! exclamó la desdichada niña, oprimiéndose con la mano el pecho, que parecía próximo á estallar.

—¿Y desde cuánto tiempo padeces así?

—No sé... desde hace mucho... no quería decirlo, confiando en que sería un malestar pasajero. Pero... ha sucedido lo contrario, me siento cada día peor... á veces, me falta el aire... y me sofoco. De noche me desvelo durante largas horas; pensamientos lúgubres, indecisos, invaden mi cerebro, una transpiración constante debilita mis fuerzas: hay momentos en que me asalta el temor de morir... así... de repente, y entonces lloro... lloro sin consuelo.

—Extraño, muy extraño y penoso es esto, hija de mi corazón. ¿Y nada has participado á Jovina?

—¡Pobre Jovina! ella que trabaja tanto! Cuando llega á casa por la tarde, la veo tan cansada que se me haría escrúpulo perturbar con mis quejas las pocas horas que consagra al sueño. Más de una vez, presa de horrible pesadilla, me he despertado gritando; ¡usted

me habrá oído, abuelita! En esos casos, ella, la hermana caritativa é indulgente, se acerca á mí, me dirige dulces palabras, y no se vuelve á acostar sino cuando cree que duermo. ¡Ay! mamá, á mí la noche me aterra; el alba que blanquea el cielo es mi esperanza; yo la aguardo con los ojos abiertos, el cuerpo dolorido, el corazón contristado, el alma anhelante, ávida de aire y de luz. ¡Perdóneme, madre mía, el pesar que le ocasiono; pero ha querido usted saber mis angustias, y ahora que se las he divulgado, me parece que sufro menos!

—¡Querida Rosita! no me engañaba yo al presumir que sufrías; ahora que lo sé, tu hermana y yo te cuidaremos. . . y sanarás. Juan llamará á uno de los mejores médicos de Santiago. . .

—Nó mamá, nó; ¿para qué decir á Juan que estoy enferma?

—¿Y para qué ocultárselo? Acaso no lo verá él cuando empecemos tu curación? Él será para nosotros un auxiliar inestimable, sobre todo si es preciso hacerte cambiar de temperamento. ¿No tendrías ya confianza en Juan, ese verdadero hermano tuyo que tanto te quiere?

¡Juan! . . . Al oír este nombre, Rosita había sentido un estremecimiento doloroso. . . en sus ojos brilló una llama fugitiva, que habría causado espanto á la abuela, si hubiera podido contemplarla.

Como la joven no hablase, doña Griselda se apoderó de su mano húmeda y fría, palpó sus mejillas ardientes, y le dijo, empujándola con suavidad:

—¡Vamos á buscar á Jovina, ella sabrá encontrar un remedio á tu quebranto.

*
* *

La revelación de la enfermedad de Rosita fué espantajo que otra vez ahuyentó la felicidad del seno de la familia Torrella.

Un soplo maligno inficionaba el ambiente de la existencia común, y amenazaba derribar hasta sus cimientos la dicha y la tranquilidad tan trabajosamente conquistadas.

Juan iba diariamente á pasar una ó dos horas al lado de su prometida; pero su atención se repartía equitativamente entre todos los miembros de la familia, esa familia que iba á ser la suya á la vuelta del plazo fijado.

Andrés quería ser marino á toda costa; pretendía que era esa la única carrera digna de sus aptitudes de gimnasta. Su futuro cuñado lo iniciaba ya en las teorías de la navegación, y había dado ya algunos pasos para facilitar su entrada en la Escuela Naval.

Juan demostraba á doña Griselda un profundo y delicado afecto; le traía el cacao más puro para su desayuno matutino, el café más exquisito que se pudiese encontrar, y de vez en cuando algunas botellas de vino generoso, destinado, según él, á restaurar las fuerzas de la buena señora. Rosita, á quien veía siempre abatida y triste, le inspiraba un cariño paternal. Por la mañana temprano, mientras Jovina zumbaba laboriosamente en su colmena de obreras, él sacaba á la niña á pasear y la hacía respirar durante una hora el aire fresco; la hermana grande así lo exigía, porque á ella también

le preocupaba inmensamente el matiz ceniciento que oscurecía las sienes de su hermanita.

Después de comer, Jovina arreglaba su contabilidad cotidiana; Juan, dichoso de tenerla cerca, se informaba de sus ahorros, y después charlaba alegremente con Rosita, animado por el benévolo espíritu de disipar su tristeza.

Poco á poco, sin quererlo, sin saberlo, la pobre joven, ignorante é ingenua, dejó que se adueñase de su corazón un sentimiento apasionado, cuyo despertar tenía que ser una dolorosa alternativa: su propia muerte ó la desgracia de su adorada hermana. . .

Los seres como Rosita, propensos á un estado mórbido permanente, predispuestos á las enfermedades de los órganos respiratorios, se sienten á veces revivir al calor de un amor correspondido, y mueren casi siempre á consecuencia de dolores imaginarios que perturbaban el funcionamiento vital y precipitan la destrucción del organismo.

Rosita, á quien no alentaba la más remota esperanza de obtener de Juan un cariño más hondo y más perfecto que el cariño de hermano, Rosita, para cuya conciencia era horrible aguijón ese afecto que no podía arrancar de sus entrañas y que era un atentado contra los derechos de Jovina, su bienhechora, Rosita caminaba con paso lento, pero seguro, hacia la tumba.

El amor de la niña tenía una explicación racional. Ella no veía sino al joven marino, no conocía á otro hombre. Juan le dirigía palabras tiernas y cariñosas, Juan se le presentaba como el tipo del caballero hon-

rado, noble, hermoso: Juan era un ser ideal, digno de ser amado, y ella lo amó.

Si en vez de ver á cada instante al teniente Entenas, hubiera cultivado la intimidad de otro hombre joven, simpático, dotado de sentimientos elevados y generosos, sin duda alguna, su corazón se habría inclinado hacia él con el mismo fervor; pero quiso la fatalidad que el matrimonio de Juan y Jovina se postergase por un plazo relativamente largo; los novios se abstuvieron de revelar á Rosita la causa de tal demora; la niña no divisó el menor peligro en dejar que su corazón obedeciese á su instintivo impulso.

*
* *

—Vamos, chiquilla, ¿todavía no te has vestido? qué perezosa te encuentro esta mañana! ¡son más de las siete y media, y hace media hora que debiéramos estar paseando!

Así interpellaba Juan á Rosita, el día siguiente de la reveladora conversación que había tenido ésta con doña Griselda. El marino venía á buscar á la niña para conducirla al acostumbrado paseo. Rosita, sentada en el comedor, con la cabeza apoyada en la mano y el codo afirmado en la mesa, miraba indolentemente las espirales de vahos, cada vez más tenue, que se desprendían de una taza colocada enfrente de su asiento.

Al oír la voz de Juan, su cuerpo se estremeció y se encendieron sus mejillas; con voz incierta, entrecortada, contestó:

—Juan, discúlpeme, hoy no puedo salir... no podría... dar un paso.

—¿Estás enferma, Rosita?

Juan Entenas, inquieto de ver las facciones descompuestas de la niña, se había acercado, le había tomado la mano que encontró seca y ardiente; en esos ojos entristecidos por misterioso dolor, en esa frente blanca como los pétalos del lirio, en esas sienes azuladas, en esos labios descoloridos que, al unirse, producían una mueca de amargo desengaño, el joven creyó descubrir todos los signos precursores de una enfermedad fatal.

¡Morir Rosita! ¡la hermana de Jovina! ¡su hermana! ¡una criatura tan querida por lo mismo que era tenue y frágil el hilo de su existencia! ¡La desgracia otra vez entronizada en el pobre hogar de su prometida! ¡Nó! ¡eso no era posible! ¡eso no podía ni siquiera presumirse!

Juan, desesperado por ese pensamiento que le destrozaba el alma, tomó á Rosita en sus brazos, y cual si hubiera sido su madre, le prodigó dulces palabras de consuelo, suplicándole que no se dejase vencer por la enfermedad y la melancolía, invitándola á volver á la vida y al regocijo propio de sus juveniles años.

—¿Qué quieres, Rosita, qué deseas? Dímelo, y te prometo que lo tendrás, en cuanto dependa de mi cariño y de mis fuerzas! ¿Te gustaría volver á las orillas del mar? Ó preferirías una excursión á la cordillera? Tal vez tu complexión delicada, ávida de aire y de espacio, se resiente de la estrechez de estas murallas

frías. Confíamelo todo, hermana de mi alma, ó más bien, imagínate que es tu padre mismo quien te está hablando. Yo, nosotros no queremos que sufras sola; entre los seres que se aman, el dolor, como la alegría, debe ser común . . .

Pero la pobre niña no le escuchaba ya; . . . trabajada por una emoción compleja, al sentirse arrullada por la grata voz de Juan, había inclinado la cabeza desvanecida sobre el hombro del joven marino, que estaba muy distante de vislumbrar hasta qué punto era tremenda esa tribulación incomprensible.

Turbado, indeciso, sin saber qué partido tomar, concluyó por dar voces de socorro. Como nadie acudiese, puso á Rosita desmayada sobre un sofá, y salió precipitadamente en busca de Jovina.

Presa de punzante inquietud, ésta experimentó, frente al cuerpo exánime de su hermana, una conmoción profunda y terrible; también ella vió á la muerte cernirse sobre la querida criatura.

Después de larga, mortal espera, Rosita volvió en sí.

—¡Juan! fué la primera exclamación que profirieron sus desteñidos labios.

—Aquí estoy, Rosita. No te alarmes, ha sido una indisposición pasajera. Pero necesitas algunos cuidados, y conviene que te echés á la cama. Voy al punto á llamar á un buen médico que te devolverá rápidamente las fuerzas y la salud.

—¿Un médico? ¿para qué? Me siento restablecida; ya no sufro. Jovina, ¡lloras! ¿Será que realmente estoy bien enferma? No, no puede ser. Me voy á levantar, y

en seguida saldré con Juan á dar el paseo de todas las mañanas. Me reprendía hace poco porque no estaba pronta á acompañarlo. Verdad que me sentía muy débil; pero ahora estoy mejor, mucho mejor; el aire libre, el sol, el bullicio de las calles me devolverán la alegría, Jovina, ven á abrazarme... así... Ahora dame la mano. . .

Auxiliada por su hermana, Rosita se incorporó; mas al encontrarse de pie, sus piernas flaquearon y á no haber tenido un punto de apoyo, habría perdido el equilibrio. Con triste sonrisa, dejándose caer otra vez en el sofá:

—Ustedes tienen razón, dijo, estoy enferma, verdaderamente enferma.

—Rosita ve á acostarte, Juan irá por el doctor; no es nada lo que te pasa; eso se cura con tranquilidad y reposo. Niños, prosiguió Jovina, una taza de leche para la hermanita; está muy débil y ¡aun creo que no se ha desayunado!

—Me voy á mi cuarto, Jovina; pero me abrirás la ventana, quiero respirar mucho aire. . . y tu te quedarás ahí, á mi lado.

El médico llegó al poco rato, é infundió confianza á la enferma. Después de haberla auscultado, le aseguró que no había el menor peligro, que vencer su dolencia era cuestión de breves días. Mas, después, cuando pudo hablar á solas con Jovina y Juan, no les ocultó que el estado de la niña era grave: un pulmón atacado, la anemia hacía progresos y la consunción había empezado su obra destructora.

Los dos jóvenes escuchaban al médico, aterrorizados.

—Pero, doctor, usted la salvará, suplicó Jovina, mientras surcaban su hermoso rostro lágrimas de desconsuelo.

—Señor! no deje usted que se muera, agote usted todos los recursos de la ciencia! dijo Juan, con voz ahogada.

—Vamos, vamos, no hay que darlo todo por perdido. La juventud es un auxiliar poderoso. Es esencial que se aleje del ánimo de la enferma todo pensamiento, toda preocupación sombría. En casos como éste, hay que atender al espíritu tanto como al cuerpo.

El facultativo se despidió, después de haber formulado una receta y prometido volver por la tarde.

La enfermedad de Rosita abría otra vez, de par en par, las puertas de la familia Torella á la angustia, la incertidumbre y el dolor.

¡Oh vida! para adquirirte, ¡cuánta tortura! para conservarte ¡cuántas tribulaciones! y para perderte ¡cuánta desesperación!





XII

En la alcoba reinaba triste silencio, turbado solamente por la respiración oprimida de Rosita. Jovina estaba ahí, junto al lecho de su hermana, mirando con ansiedad al doctor que, grave y meditabundo, tenía entre sus dedos el puño ardiente de la enferma.

Un ligero golpe dado en la puerta de calle, hace estremecerse al hombre de ciencia, que acaba de sentir en el pulso de Rosita un trastorno repentino.

Momentos después, penetra en el cuarto Juan En-tenas, dirige á su novia una tierna mirada, le aprieta suavemente la mano y se acerca despues á Rosita, á quien habla con la dulzura de un corazón compasivo, con la emoción contenida de una madre que todavía conserva la ilusión de la esperanza.

El doctor termina el examen de la joven paciente, le

deja oír algunas palabras de aliento, y se retira haciendo un saludo.

Jovina lo sigue: ambos entran en el comedor. El médico, tomando el papel y la pluma que le ofrece la joven, pregunta á ésta:

—El señor á quien he visto entrar hace poco ¿es algun pariente?

—Nó, replicó Jovina.

—¡Ah! repuso el facultativo ¿el novio de nuestra enferma probablemente?

—¡Juan, el novio de Rosita! exclamó la señorita Torrella, estupefacta.

—Disculpe usted mi indiscreción, señorita; mas, debo observarle que he notado una variación singular en el pulso de su hermana, al presentarse ese jóven. No sería la primera vez que me ha llamado la atención el estado psicológico de la interesante enferma. Aun cuando no medie ningún compromiso solemne entre ella y ese caballero, esté usted persuadida de una cosa, y es que ella lo ama, y hallaría su salvación casándose con él. Sí, tal es para mí, la única esplicación de esos desvanecimientos, de esa tristeza incomprensible que se disipan en presencia del joven marino. La hermana de usted, naturaleza débil é impresionable, se ha dejado dominar por un amor de esos que pueden realizar milagros. Si no se apela á semejante recurso, penoso me es confesarlo, la niña morirá. Pero, señorita, no hay que perder el valor ni la esperanza; ese matrimonio no es imposible y si se efectúa, la curación es, salvo complicaciones ulteriores, un hecho cierto...

Mientras hablaba el facultativo, Jovina dudaba de si estaba dormida ó despierta. Lo dejó irse sin decir una palabra, sin hacer un ademán, el menor movimiento; oyó la puerta cerrarse en pos de él, vió entrar á su abuela y no fué á recibirla: la horrenda revelación que acababa de oír la había petrificado; la sarcástica ironía de la suerte, acababa de hacer trizas su corazón.

La pobre ciega se retiraba ya, diciendo entre dientes:

— Creía encontrar aquí á Jovina...

— Aquí estoy, mamá, replicó la joven con voz insegura.

— ¡Dios mío! Jovina, ¿eres tú? ¿qué ha sucedido?... ¿Rosita...?

— Regocíjese usted, buena madre, repuso la señorita Torrella, esforzándose por fingir tranquilidad de espíritu, regocíjese usted: Rosita vivirá.

— ¡Y con ese tono me lo anuncias, hija querida! Hay un eco fúnebre en tu voz... Cualquiera diría que te atormenta esa noticia, siendo que te llena el corazón de júbilo, ¿no es verdad?

— ¡Oh si, mamá, sinceramente sí! Pero... ¡supiera usted el precio que ha puesto el doctor á la salvación de mi hermana idolatrada!...

— Le pagaremos, hija, sus servicios; claro está que se los pagaremos, interrumpió doña Griselda con altivez. Esas nimiedades no deben entristecerte á tí, pecho generoso, alma desprendida.

Jovina respondió con un gemido. ¡Cuánto la desconocía en ese instante su virtuosa abuela!

Ésta prosiguió:

—Pero... me engaño, te he ofendido, Jovina, perdóname dulce criatura. ¿Cómo pude imaginarme que tu congoja nacía de apuros de dinero?... ¡Jovina! tu tienes un secreto.

—¡Un secreto que es una realidad aterradora!... Toque usted mi frente... es un trozo de hielo... ponga su mano en mi corazón... ya no late... mi pecho está vacío, vacía mi cabeza. ¡No sé cómo este miserable cuerpo vive aún!

—¡Hija mía, me espantas! ¿qué tienes? ¿qué tenebroso misterio condena á nuestra pobre familia á perpetua desventura?

La anciana abría tamaños ojos sin luz, sus manos se agitaban en el aire, temblorosas.

—Madre mía, ¡qué de disgustos tiene el cielo reservados á su noble vejez!... Usted se figura que mi razón flaquea... ¡Ah! nó, mi espíritu está sano, aunque intranquilo, mi energía no desfallece; sólo el corazón sufre de enfermedad mortal! Pero, ¿á qué sublevarse contra los decretos de la Providencia? Nuestra misera humanidad es juguete de una fuerza superior que dispone y manda; ¡vil y necio el enano que se rebela contra el gigante! Sí, madre de mi alma, una fuerza invencible me impulsa á aceptar con resignación los caprichos del destino. ¡Quiera Dios que mi sacrificio no resulte estéril! Padre mío, que hoy gozas de la eterna bienandanza ahí donde ya no se sufre, en la morada de los santos, dime ¿estás contento de mí? ¿habré cumplido mi promesa como tú lo querías? ¿no

¿He merecido el premio de tu bendición? ¿no me darás valor para sobreponerme á mi quebranto?

—¡Jovina, Jovina! ten compasión de tu infeliz abuela, que no ve la luz de tus ojos queridos, dile pronto lo que causa tu acerbo dolor?

—¡Mamá... exclamó la jóven, echándose al cuello de doña Griselda, y diciéndole en seguida entre sollozos: la terrible confesión me quema los labios... Rosita... mi hermana, es mi rival... ama á Juan, y si no llega á ser su esposa ¡se muere!... El médico me lo ha dicho. Yo quiero que Rosita viva, y se casará con Juan.

—¡Virgen Santísima! ¿qué oigo? prorrumpió la pobre ciega: ¿estás loca ó estaré soñando?

Y tras de breve rato de silencio, vuelta en sí de su sorpresa:

—Vamos Jovina, escucha la voz de mi cariño y la experiencia de mis canas. Que Rosita ame á Juan, es cosa muy posible, pues, hace tiempo que advierto en esa niña un profundo trastorno que puede imputarse á tal causa; pero que muera de resultas de semejante pasión... eso es inadmisibile. El médico que la atiende es una imaginación exaltada, que mezcla á Shakespeare con Esculapio, ve en todas partes la neurosis, el hipnotismo, la sugestión y otras sandeces, y es capaz de creer hasta en la metempsicosis. Si nuestra Rosita está condenada, ¡Dios nos la conserve! puede que eso le procure algunas semanas más de vida, pero hacer depender su completa curación de tal suceso es una quimera. De un amor irracional se alivia, no así de una dolencia del cuerpo que haya destruido los órganos vitales. Lo

contrario es una utopía, un ensueño, un argumento de novela. No te preocupes del espíritu de Rosita, me encargaré de sanarlo; cuida tú sólo de su cuerpo, que harto lo necesita. Como primera providencia, alejaremos á Juan de aquí; poco á poco lo olvidará tu hermanita, y todo no habrá pasado de ser un desagradable contratiempo.

—Madre, contestó Jovina con entereza, mi resolución está tomada; no seré yo la mujer de Juan, será Rosita.

—¡Pero, desdichada, Juan no la quiere... á lo menos como te quiere á tí! Le reservas á ese pobre mozo días tristes, terribles, desesperados. Tu sacrificio no hará su felicidad; tu abnegación será una insensatez!

—No... no... madre mía. El médico tiene razón. Rosita ama con locura al que debía ser mi marido... Ahora se abren mis ojos y mi corazón se explica las alternativas que han sufrido el cuerpo y el alma de mi hermana, comprendo sus desvaríos, sus desvelos, su desaliento y sobresalto: comprendo todos esos tristes síntomas de la enfermedad que la agobia. He jurado á mi padre moribundo que velaría por su dicha en la tierra, y aunque ese amor no la salvase, conociéndolo yo, mi deber es sacrificarle el mío: ¡lo he jurado, madre, á una alma que pronto iba á subir al cielo!

—Pero Juan, ¡Juan que te adora, ¡jamás renunciará á tu cariño!

—¡Juan! escuche usted, ya llega. Déjeme sola con él... Por favor, madre mía, no diga nada, ni una sola palabra: piense que Rosita se está muriendo!... Vaya

usted á acompañarla mientras yo hablo á Juan. ¡Oh! me moriría de pesadumbre si viese que Rosita nos abandona sin haber hecho yo lo posible para salvarla!

Doña Griselda comprendió que era inútil tratar de aplacar la voluntad de esa niña que apuraba la copa del dolor hasta la hez. Entonces sus pobres ojos inmóviles y apagados vertieron lágrimas compasivas y sus labios tartamudaron una plegaria vehemente, un llamamiento supremo á la misericordia de Dios!

* * *

—Tengo que hablarle, Juan, dijo la señorita Torrella al joven marino, que en ese momento entraba en el comedor; aguárdeme aquí, mientras voy á ver si algo le falta á Rosita.

Jovina salió, y cuando á los pocos minutos estuvo de vuelta, corrió hacia Juan, le tomó ambas manos, le dirigió una larga mirada afectuosa: sus ojos tenían una expresión extraña, mezcla de amor y pesadumbre.

Juan habló primero;

—Esa actitud, querida amiga, mucho me temo que sea el anuncio de una mala nueva. ¿Qué hay?

—Vengo á... decirle adiós... adiós para siempre!

—¡Un adiós!... ¿qué significa eso, Jovina?

—Sí, un adiós eterno!

Y con voz oprimida, grave, solemne, prosiguió:

—Sabe usted cuánto lo he amado, cómo he vivido de su recuerdo, cómo he sido sincera y leal!

—Usted dice... que... lo *he* amado, *he* vivido de su

recuerdo, *he sido* sincera y leal... ¿Acaso no existiría ya todo eso?

El joven esperó la contestación con una sonrisa de confianza en los labios: se imaginó que su novia lo sometía sencillamente á una prueba.

—Nó, Juan, fué la respuesta: no me es permitido alimentar sus esperanzas...

En el recinto resonó una exclamación dolorosa.

Juan acababa de ver rasgarse la tierra bajo sus piés; todo lo vió hundirse y desaparecer alrededor suyo. Abrió la boca para hablar, de su garganta no salió más que un gemido. El desgraciado joven se dejó caer en una butaca, y con mirada suplicante interrogó á Jovina, convertida ahora en pálida y severa imagen de la Fatalidad.

Descolorida la faz, marchitos sus finos rasgos, cual si veinte años hubiesen pasado sobre ellos en un sólo momento, la joven parecía sentir todo el horror de lo que iba á decir.

—¡Juan! perdóneme... ya no puedo ser su esposa.

Y agregó con esfuerzo, de un modo apenas perceptible:

—¡Otro hombre es dueño de mi palabra!

Al ver estampados en el semblante del joven marino los desastrosos efectos de esa cruel revelación, la señorita Torrella se echó de rodillas junto al hombre honrado á quien obligaba á compartir su propio sacrificio. Juntando las manos como quien implora, le habló con volubilidad, así:

—Juan, amigo mío, perdóneme; lo que me ve usted

hacer, tiene por único objeto salvar á Rosita... El médico me lo ha afirmado: "La hermana de usted ama á ese caballero, y si no se casa con él, morirá"... ¿Comprende usted Juan? si Rosita no es suya, será de la muerte! Y sabiéndolo yo, me encuentro en la horrible alternativa de salvarla inmolándome ó de asesinarla si rehuyo el sacrificio. ¡Sólo el primer término de esa alternativa es el que conviene á una mujer como yo, Quiero que Rosita sea feliz. ¡Es tan joven, tan bella, tan buena! ¡Ha sufrido tanto, sufre tanto! Juan, usted me oye, dígame que la amaré, que hará de ella su mujer... no permita usted que se muera la pobre hermanita. ¡Oh! si en este caso no se hallara usted como siempre lo ha acostumbrado, á la altura de su deber, si Rosita desaparece por que faltó generosidad para salvarla, yo también moriré maldiciéndolo; sí, lo maldeciré porque usted habrá sido su verdugo... su asesino... ¿Porqué se ha dejado usted amar? continuó la joven con amargura; nada ha adivinado: no ha visto que esa niña necesitaba un afecto inmenso, no ha sabido precaver el peligro de la intimidad entre usted y ella! Usted es el culpable... Habría debido comprender esa naturaleza sutil y delicada; habría debido alejarse de aquí durante los dos años de espera... Ese amor... usted lo ha querido... lo ha llamado... lo ha provocado; si error ha habido, á usted le toca repararlo. Debe amar á esa niña, la debe hacer dichosa, debe olvidar que yo fuí un día la preferida de su corazón... ¿Me oye Juan? me oye?

Él sollozaba.

Jovina se puso de pié y prosiguió con infinita dulzura:

—Esa es la vida, Juan, un monstruo siempre sediento de lágrimas, siempre hambriento de sacrificios. Ahora que conozco los sentimientos de Rosita, el casarme con usted sería atropellar los designios de la voluntad divina. Piense usted cuál sería el *galeoto* de nuestra boda; ¡un cadáver! Y, ¿qué vida sería la nuestra? Una tortura permanente, un remordimiento perpetuo... Nó, Juan, eso no es justo. Si usted tiene algún apego á mi estimación, á mi admiración, á mi cariño mismo inalterable, le he señalado el medio de no perderlos jamás.

Cuando la niña hubo terminado, Juan alzó la frente: lágrimas brillaban en sus ojos. Pero no eran sentimientos tiernos los que bullían en su pecho, sino una cólera que había ido acumulándose ahí por grados.

—¿Es posible, rugió con acento de león herido, es posible que usted, el ídolo de mi existencia, ame á otro hombre?

—Es... ver...dad, balbuceó Jovina.

—¿Cómo, desde cuando? interrogó, vehemente, el marino, creyéndose el juguete de una alucinación.

—Dos años hace... Entonces me creía abandonada, y... dí promesa...

—¡Ah! ah! ah! interrumpió Entenas con ironía. Y yo que la adoraba á usted como á una santa; yo que me habría dejado matar para defender su palabra! ¡Necio! ¡mil veces necio!... Pero, ¿por qué me propuso usted

ese indigno juego de esperar dos años? Bien pudo usted ahorrarme ese inútil tormento. . .

—Juan, Juan, reconozco que he procedido con ánimo ligero. . . es que confiaba en que el otro me desligaría de mi promesa.

—¿Entonces no lo amaba, no lo ama usted, Jovina? ¡Dime, ángel querido, que soy yo el que tu amas, dime que nunca has querido á otro! ¡Jovina mía, quita el puñal que me has clavado en el corazón! Mira, el dolor más punzante habría sido para mí la pérdida de mi fe, de mi ciega confianza. . .

Ella se encontraba confundida en ese caos de sentimientos antagónicos. . . vacilaba ya entre el deber y la pasión. . . De repente, acude á su espíritu la imagen diáfana de una niña moribunda, cree oír sus lastimeros quejidos, sus amargos reproches: esta visión le devuelve toda su energía.

—¡Juan! cuanto usted me diga no quebrantaré mi propósito; aceptaré resignada sus expresiones más duras: las habré merecido; pero le suplico por Dios, en nombre del cariño intenso y puro que nos unía, que tienda á mi pobre hermana una mano salvadora.

—¡Rosita. . . yo no la amo! sería un embuste imperdonable!

—Ella lo quiere á usted con adoración.

—¿Es mía la culpa? ¿Soy yo responsable de los extravíos de un cerebro calenturiento?

—¡Juan! ¿usted no quiere salvarla? . . . ¡qué cruel es usted! . . . jamás, nó, jamás me ha amado. . . usted quiere que también yo muera! . . .

—Nó... nó... lo que quiero es que sea usted dichosa... que usted se case con ese... otro... replicó el marino con acento terrible... ¡Ah! Jovina! ah!... perjura!... ¡Dios mío!... ¡Dios mío!

Después de un momento de silencio penoso:

—¿Quiere usted que me case con Rosita? preguntó Juan. ¡Qué existencia va á ser la mía!

—¡Oh! sí, y usted la amaré mucho... usted me olvidará.

—¡Olvidar á mi Jovina! Nó, nunca. Eso es superior á mis fuerzas. Mi corazón se siente débil y cobarde en presencia de esa traición de la suerte. Rosita me ama, ¡pobre niña!... ¡Pues bién, la salvaré!... y entonces... te lo habré dado todo á tí, no á ella: mi pasado, mi presente, mi mañana. ¡Oh! ese *mañana* me asusta, y temo que el remedio resulte ineficaz!... ¿Qué ganará Rosita con vivir remachada á un corazón insensible, inerte?...

Cambiando de tono, casi tranquilo, Juan añadió:

—El que ha elegido usted por esposo debe de ser rico... ¿de qué entonces le habrá servido á usted practicar virtudes modestas? ¿para engañarme? ¿para hacer más horrible mi despertar? ¡Qué implacable ha sido usted!... ¿Qué le había hecho yo?... Consagrarle un amor inmenso, ciego, indestructible. ¡Poética ilusión que eras la vida de mi alma, quién había de pensar que te disiparías tan pronto!

—¡Calle, Juan, calle usted, por amor de Dios!

—¡La horrible verdad la horroriza, amiga mía, despierta la voz de la conciencia, el aguijón del recordi-

miento le pincha el alma! ¡Nó, no le hablaré más del pasado... nó, jamás!... Y me casaré con Rosita... Y la cuidaré... seré su hermano, su padre... su madre... lo que usted quiera. Y usted estará muy contenta... todo le habrá salido bien. Que haya en el mundo un corazón más hecho trizas, ¿qué importa? ¡Ese corazón triturado habrá servido siquiera de fundamento á la felicidad de los suyos!

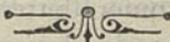
Y se fué... lanzando una carcajada atroz.

Jovina sintió alejarse sus pasos en el zaguán, en la acera, después. Entonces, le pareció que el joven teniente de marina se llevaba consigo una parte de su propio aliento vital y que el resto se precipitaba en pos de él desesperadamente... La joven creyó que su última hora había sonado. Por obra del instinto, se incorporó, corrió á la puerta de calle, llamando:

—¡Juan, Juan!

Un sudor frío le inundó las sienes, un hieló mortal se extendió por todo su cuerpo; en una postrera tentativa para dominar su quebrantro se agotaron sus debilitadas fuerzas: la niña cayó al suelo sin sentido.

... Cuando Jovina volvió en sí, ¡tenía la cabeza blanca... de canas!...





XIII

Antes de proporcionar á Rosita la dicha de saber que Juan la amaba y estaba dispuesto á hacerla su esposa, antes de comunicarle su propio compromiso con otro hombre, Jovina quiso tener una entrevista con don Cátulo Sorites.

Éste, de regreso del Viejo Mundo, desde algunos meses atrás, no había ido sino en rarísimas ocasiones á visitar á la familia Torrella. Había renunciado al matrimonio, al amor y más que nunca se ocupaba ahora en obras filantrópicas.

Se hallaba en su despacho, perdido en medio de un hacinamiento de papeles y registros, cuando le anunciaron á la señorita Jovina Torrella.

Su asombro fué grande al oír el nombre del ídolo de sus pasados ensueños; pero lo fué mucho más cuando observó su semblante pálido, demacrado. Trabajo le costó reconocer en esa criatura envejecida,

encorvada bajo el peso de misteriosa pesadumbre, á la gentil y graciosa niña de otro tiempo.

—Señor Sorites, dijo con gravedad Jovina, después de un saludo, necesito hablar á solas con usted.

—Para que nadie nos interrumpa, señorita, voy á dar orden de que no se permita á nadie entrar en este gabinete.

—Mucho se lo agradeceré.

Cuando volvió á sentarse el rico hombre frente á Jovina, esta, armada de todo su valor, empezó á expresarse así:

—Don Cátulo, pronto hará dos años que me honró usted, como yo no lo merecía, pidiéndome mi mano. Perdone mi franqueza y tenga á bien contestarme. ¿han cambiado, desde entonces, sus sentimientos benévolo para conmigo? ¿Le sería á usted grato verme aceptar hoy lo que ya rehusé, no sin experimentar por usted el más hondo y sincero reconocimiento?..

Don Cátulo, sorprendido, iba á dar la solicitada respuesta; la joven prosiguió:

—Antes de oír lo que usted piensa responderme, debo decir á usted lo que no debe ignorar. Sea indulgente conmigo, porque no soy feliz, porque sufro, porque estoy condenada á cosechar amarguras del poco bien que habré hecho en mi vida... Usted sabía que yo tenía un novio, que yo lo amaba, que él me amaba... No fué otra la causa de mi negativa de aquel tiempo... Mi novio, el teniente Juan Entenas, todavía me ama, señor y... yo también sigo amándolo con la misma antigua inquebrantable lealtad.

—¡Señorita!...

-- Tenga usted paciencia, se lo suplico, y escúcheme hasta el fin. Tiempo tendrá usted de hablar, de pronunciar mi sentencia. Yo estaba, pues, comprometida con Juan; nuestro casamiento debía verificarse dentro de pocos meses... Una circunstancia horrible, inesperada, ha venido á burlar nuestras dulces expectativas, y á destruir para siempre nuestros proyectos de felicidad. Mi hermana Rosita ama á Juan y se está muriendo... El médico que la atiende afirma que un desengaño sería para ella fatal... ¿Comprende usted?... ¡Rosita moribunda, y yo el único sér en la tierra que puede salvarla, yo, que he prometido á mis padres cuidarla como si fuera mi hija y sacrificarme por su ventura en este mundo! Mi deber estaba claramente trazado: resolví que Rosita se casara con Juan. Pero, era preciso romper todo vínculo que me ligase á mi novio declarado; no había más que un medio, confesarle que yo amaba á otro. Á estas horas, Juan sabe que durante se ausencia, usted ha pedido mi mano, que yo, desesperada de no ver llegar á mi novio, he aceptado otro partido; que más tarde he tratado en vano de rescatar decorosamente mi promesa; y, por último, que en vista del amor que á él profesa Rosita, estoy decidida á casarme con usted... Si no conociese su noble corazón, señor, su virtud, su constancia, jamás me habría atrevido á presentarme ante usted. Pero una voz secreta me inspira el sentimiento de que yo, aun así, desgraciada y marchita, yo no le soy á usted indiferente. Si usted me tendiese su mano compasiva, me

otorgase el honroso título de esposa, consagraría mi existencia á colmarlo de bendiciones y de cuidados. Mi corazón, ¡ay! no me pertenece, es verdad: eso, bien lo sabe usted, no tiene remedio. Pero, el afecto que siento por Juan será para mí en adelante como el fruto prohibido; lo sepultaré en lo más hondo de mi pecho, y de ahí nunca saldrá. Usted, en cambio, tendrá mi gratitud, mi abnegación, mis atenciones de todos los instantes, porque usted habrá sido el verdadero salvador de Rosita, y el que á mí me haya salvado del remordimiento eterno, de las lágrimas que no se secan, del aguijón de la conciencia, que siempre duele!...

Jovina calló; estaba asustada de haber hablado tanto, sobre todo de haber dicho tanto.

Con un temor que era una angustia insoportable, pero que su tranquila faz no revelaba, Jovina aguardó una respuesta.

Don Cátulo, con la cabeza apoyada en las manos, meditaba profundamente. Jovina ya no hablaba, y sin embargo, él creía oír su voz armoniosa decirle: «Mi vida entera será suya.» Sí, ahí la tenía, á sus pies, á esa mujer que había sido su único ideal, ahí estaba ella ofreciéndosele como compañera buena y amante... y sin embargo, ¿por qué sentía tan oprimido el corazón? ¿por qué no contestaba agradecido? ¿por qué no abría sus brazos á la joven? ¡Ah! porque Jovina no lo amaba, ella misma se lo había anunciado. Jovina lo necesitaba para hacerle compartir con ella un tremendo sacrificio, y en su generoso frenesí, no pensaba la pobre niña que

venía á proponer un negocio al hombre bueno y sincero, que la quería con tan noble desinterés! En otro tiempo, él había deseado sufrir por Jovina... ya se le presentaba la ocasión propicia.

—Señorita, replicó con voz firme, tendiendo la mano á su interlocutora, puede usted decir á su hermana, á... don Juan Entenas, que usted será mi mujer... Pero, es necesario que dilatemos nuestra unión hasta después del casamiento de la señorita Rosa con el joven marino.

Ella no replicó; la emoción paralizaba sus sentidos. En un arranque de reconocimiento, puso sus labios sobre la mano del cumplido caballero que tan bien sabía comprenderla y que se colocaba muy por encima de toda preocupación social.

Con su beso piadoso, dejó caer una lágrima sobre la mano generosa que se le tendía... lágrima de pesar y de alegría, de desesperación y de consuelo, de espanto y de dulce confianza.

Jovina se levantó de su asiento y le preguntó á don Cátulo:

—Espero que usted irá á ver á mi abuela, á vernos á todos... á hablar con Rosita...

—Iré á verla frecuentemente, amiga mía, iré á su casa con el derecho que me da el nuevo vínculo creado entre usted y yo.

Saludó respetuosamente á esa mujer á quien adoraba, que iba á ser suya, pero cuyo corazón nunca le pertenecería por entero.

* * *

—Dime, Rosita, hermana mía, ¿cómo te sientes? estoy esperando que una mejoría sensible se produzca en tu estado, para poder hablarte de un proyecto, que tal vez sea una grata novedad para tí.

La enferma se sonrió tristemente, hizo un jesto vago de indiferencia.

Jovina repuso:

--¡Hace tanto tiempo que Juan me ruega que te hable!

—¡Juan! ¡Juan! ¡oh! dime pronto, hermana, dime, ¿cuál es ese proyecto?

—Veo que la curiosidad te reanima... Si me prometes ser muy juiciosa, te lo diré todo... Si nó, aguardaré... hasta que te hayas restablecido.

Rosita se sentó sobre el lecho, se apoderó de la mano de su hermana y le dijo con agitación:

—Jovinita, cuéntame sin demora lo que te ha confiado Juan.

Jovina clavó la mirada en las pupilas azules de la joven enferma, y con voz dolorosa y alegre á la vez replicó:

—Juan desea absolutamente hacerte su esposa; espera que te restablezcas para hablarte de ese proyecto que todos aceptamos con el mayor regocijo; como te has puesto tan perezosa para sanar, yo no aguardo más y te lo digo, porque es preciso saber, en

fin, si tú también lo quieres, si estarás contenta de ser su mujercita. . .

Rosita no respondía. . . no se atrevía á respirar. . . escuchaba atenta, con el semblante transfigurado. . .

Jovina prosiguió:

—Sí, hermanita, Juan te ama y se quiere casar contigo. Esperábamos que tuvieses veinte años para realizar ese plan; pero ha ocurrido algo que nos obliga á precipitar su ejecución. . . Yo también me voy á casar, y no puedo hacerlo sin estar cierta de que eres dichosa; se trata de saber entonces si no tienes otras ideas en esa querida cabecita.

—¡Juan! ¡Juan me ama! ¿y te lo ha dicho?... y. . . ¿se quiere casar conmigo?... Pero. . . ¿tú? no lo amabas entonces? ¿No eras tú la que él pretendía?

— ¡Ah! ah! repuso Jovina sonriendo, esas son viejas historias. . . Has de saber, hermana mía, que yo creí á Juan perdido para mí; no lo veía llegar, y el papel de Penélope era superior á mis fuerzas. Entretanto se presenta un pretendiente muy apreciable: don Cátulo Sorites. ¿Qué querías tu que hiciese? Lo encontré tan bueno, parecía quererme con tanta sinceridad! El porvenir me espantaba. Acepté su proposición condicionalmente: le pedí que aguardase mi respuesta dos años. . . El plazo va á cumplirse, y aunque es verdad que Juan ha vuelto. . . estoy convencida, por múltiples pruebas, que te ama á tí mucho más que á mí, es decir, con un cariño distinto, como es distinto el cariño hacia una hermana, del que se profesa á una esposa. La casualidad ha decidido, pues, de nuestra suerte, de

un modo admirable: tan pronto como respondas á Juan, yo doy el sí á don Cátulo.

Involucrada en su mórbido egoísmo, Rosita no vió la inconsecuencia, lo absurdo de esa sublime mentira. Loca de gozo, al sentirse amada de Juan, la niña vació todos los sentimientos de su pecho en el de su hermana mayor; le reveló todo lo que desde hacía tanto tiempo ocultaba; dijo sus sufrimientos, su intranquilidad, su malestar moral y físico cuando se había dado cuenta de que su corazón pertenecía á Juan, es decir, al hombre á quien creía el novio de su hermana; refirió sus incertidumbres, su amargo consuelo al sentir aproximarse la muerte que la libertaría de su horrible pesadumbre. Después, abrazando á su hermana con ternura, le dió las gracias por su abnegación admirable, le prometió aliviar en breves días, y trabajar por la dicha de todos. . .

Jovina escuchaba sonriendo esa explosión de verbosidad contenida; cada palabra de su hermanita era como una marca de hierro candente que dejaba un estigma en su corazón.

Los hermanos de Rosita manifestaron grande asombro é inmenso júbilo al verla tan alegre y tan habladora. Pero su sorpresa rayó en estupefacción cuando supieron la extraña noticia: el matrimonio simultáneo de sus dos hermanas, el de Rosita con Juan, y el de Jovina con don Cátulo Sorites.

Miguelito encontró eso muy natural; Andrés concluyó por decir que el tiempo era un gran ordenador de las cosas de nuestro planeta; sólo Daniel vislumbró un

misterio en esos acontecimientos extraordinarios. Él no se dejó engañar por la serenidad aparente de Jovina, y mientras abrazaba á Rosita, clavaba en aquélla una mirada escrutadora y elocuente que expresaba cuán difícil era ocultar un secreto á ese amigo que la quería tanto.

Cuando se encontró solo con ella, le dijo:

—Hermana, cometes una locura... calla... no contestes, todo lo adivino. No eres ya una criatura de este mundo deleznable... eres un ángel del cielo. ¡Quién sabe si salvarás á Rosita!... ¡Y Juan!... ¡sacrificado también!... ¡Ah Jovina! ¡Cuánta virtud oculta merecería ser tan conocida como la de esas matronas romanas que mandaban á sus hijos á la muerte! Tú haces más: quieres vencer á la muerte, que se adelantaba triunfante, y para eso, destrozas tu corazón y otro que también te pertenece!

—Daniel, no me hables nunca más así, replicó la pobre joven afligida; compadéceme, no me condenes. Tú, al menos, me has comprendido, sabes que cumplo con un deber. Acuérdate de nuestro padre que en estos momentos debe sonreirnos desde allá arriba.

La entrada de un nuevo personaje selló los labios de la joven. Era el joven teniente que no se había presentado en la casa desde la terrible entrevista con Jovina. Él también había envejecido; sus ojos tenían una expresión dura y amenazante, que penetró como la punta de un puñal en el corazón de Jovina. Sin decir una palabra, la niña le tomó la mano, lo condujo al lado de doña Griselda y dijo á la buena señora:

—Madre, Juan viene á pedirle la mano de Rosita; lo recomiendo, pues, á la benevolencia de usted. Con estas palabras se retiró; ya no podía más la valerosa niña.

Á su paso, encontró á Daniel que la miraba con melancólica ternura. Ella corrió á él y le dijo:

—Te lo suplico, quédate aquí en mi lugar, que todos estén contentos y satisfechos; yo necesito orar.

—¿A dónde vas hermana? Yo te acompañaré...

—Nó, déjame ir sola. Voy al templo á buscar, al pie del tabernáculo, un poco de fuerza y de resignación. También debo pedir á Dios su bendición para Juan y Rosita... Daniel, yo necesito un poco de recogimiento; mi alma ansía algunos instantes de soledad. Cuando vuelva, que á todos los encuentre alegres y dichosos. Acompaña á nuestra pobre abuela... dile que don Cástulo me quiere y... hará mi felicidad.

Mientras Jovina salía con el corazón lacerado i la conciencia triunfante, Juan escuchaba á Rosita, que le hablaba de amor y del porvenir. Á veces el joven meneaba la cabeza, creyendo ser juguete de un sueño; después, el alma llena de compasión por esa niña á quien creía arrebatár á la muerte, se volvía tierno y alegre y prometía á la enferma una larga existencia sembrada de flores.

Á la llegada del doctor, éste declaró á Rosita fuera de peligro; permitió que se levantase, y cuando doña Griselda le anunció el matrimonio de Juan y Rosita, se felicitó de haber contribuído á él con sus oportunas indicaciones.

¡Ah! cuántas personas en la vida se forjan así ilusiones sobre la infalibilidad de su perspicacia!

La del médico de Rosita creía haber penetrado en el foro interno de dos seres destinados el uno al otro, creía haber vencido á la muerte por medio de un tratamiento moral. Y en realidad, ¿qué había logrado? Conducir al sacrificio á dos mortales creados para la ventura en este mundo, en cambio de unas cuantas horas de vida para una pobre niña moribunda, que ya pertenecía más al cielo que á la tierra!





XIV

En uno de los barrios más tranquilos y apartados de Santiago se levanta una pequeña capilla, sin pretensiones arquitectónicas, consagrada á Nuestra Señora de la Perpetua Misericordia.

En la época en que suceden los acontecimientos que referimos, esa capilla no era aun el punto de reunión ordinario de las almas piadosas; visitábanla, por lo común, gentes despreocupadas que ahí acudían movidas por un impulso de mera curiosidad. El hecho es que había en aquel santuario una estatua de la Virgen, obra imperfecta de inhábil mano, que llamaba la atención, en parte, precisamente, por lo tosca y mal ejecutada, y mucho por el aspecto fantástico y misterioso de la imagen, singular resultado que había obtenido el artista con los deficientes recursos de su talento.

Habíasele ocurrido á una buena mujer del pueblo hacer una *manda* á esa Virgen sin parroquia, para lo-

grar la curación de un deudo desahuciado, y, como con frecuencia sucede, pudo más, en este caso, esa cándida manifestación de fe, que la sabiduría de la ciencia médica.

El enfermo sanó; sanó de extraño modo, si extraño puede llamarse el que un moribundo de ayer ande hoy en los lugares públicos con la cara risueña y rozagante el cuerpo. Era preciso ser absolutamente incrédulo para no reconocer que había, en ese evento portentoso, todas las exterioridades de un milagro.

¡Cosa curiosa! El cuerpo eclesiástico se mostró más recalcitrante que los fieles en el reconocimiento de esa prueba directa de la divina intromisión en los míseros negocios de los hombres. De manera que, cuando las autoridades del clero santiaguino discutían la autenticidad del milagro que diera fama á la Virgen de la Perpetua Misericordia, ésta había visto enriquecerse su santuario de innumerables *ex-voto*, lo cual significaba que la santa imagen era escuchada con más interés en el cielo que no la *vox populi* en el capítulo de la catedral.

La modesta capilla no disfrutaba, pues, de un servicio religioso continuo, cuando Jovina fué á buscar allí, á los pies de la milagrosa estatua, un poco de esa fortaleza de espíritu que le iba faltando á medida que se aproximaba la hora solemne de los desposorios de Rosita con el joven marino.

En medio de un espontáneo y generoso movimiento del alma, Jovina había querido poner en el dedo de su hermana el anillo que le había dado Juan cuatro años

antes; pero, en el acto de quitarse la sortija, había sentido en el pecho agudísimo dolor; creyó la niña en una advertencia de lo Alto y no hizo por entonces mayor esfuerzo para desprenderse de esa prenda de gratas esperanzas de otros días. Sin embargo, comprendió que no podía honradamente conservarla en un puesto que no era ya legítimo. ¿Devolvérsela á Juan? Idea tan pronto concebida como desechada: el realizarla habría sido inútil crueldad.

— La guardaré, pensó por fin Jovina: será un recuerdo. ¡Triste recuerdo, que á cada instante renovará mi martirio; mas, yo nací para el dolor y mi suerte debe cumplirse!

De repente una sensación de inmenso vacío, de desabrimiento y desencanto se apoderó del alma de la joven. Le pareció que, de todo aquel sublime sacrificio que ella había creído realizar, no quedaban rastros en su corazón: ni una nota vibrante, ni un rayo de luz, ¡ni siquiera una sombra! Se imaginó, horrorizada, que su piadosa conducta no era más que un engañoso síntoma de infernal soberbia; en la escena del mundo, ella pretendía hacer un gran papel, admirable y simpático, el papel del infortunio inmerecido, pretendía decretarse en vida honores de mártir y de santa, dar á su oscura existencia un aspecto grandiosamente teatral. . .

— Estoy loca, deliro, exclamó la joven, tomándose la frente entre las manos: mi obra es buena y plausible, aunque yo esté llena de imperfecciones. Sólo le falta el coronamiento supremo, requisito esencial de todo acto

piadoso: le falta el ser ofrecido humildemente á Aquel que inspira todas las nobles acciones, á Aquel que inocente, sufrió por nuestros yerros la ignominia del ultraje y el patíbulo de los criminales...

De ese acto de piedad dependía la santificación de su sacrificio; Jovina no vaciló. Salió de su casa, movida por irresistible impulso, inspirada por el más virtuoso deseo. Las lágrimas que en silencio se deslizaban por sus mejillas, refrescaban su espíritu deliciosamente. Llorar, llorar mucho, á torrentes, á mares, allá al pie del altar de la Virgen misericordiosa, eso quería Jovina para conseguir la absolución y el consuelo.

En esa disposición de ánimo llegó la joven al pequeño templo. La única nave de éste veíase oscura y desierta. En un ángulo, ante la estatua milagrosa, una exigua araña de cobre despedía tímidos destellos.

Jovina se arrodilló cerca de la Virgen, y lo primero que fijó su atención fué esa modesta luminaria que la inundaba á ella de suaves, afectuosos rayos. La débil luz vacilante la hizo recordar á Rosita: era el símil perfecto del rostro aniquilado de la niña, sonriendo antes de morir.

Conmovida por esa aproximación tan natural, Jovina no se atrevía á dar vuelo á su plegaria; las lágrimas que tanto deseaba verter cayeron abundantes de sus ojos, su alma se dilató, se sintió acompañada en el sufrimiento por invisibles amigos: la luz incierta daba al semblante de la Madona el colorido y el calor de la vida real; la joven creía ver á cada momento abrirse los

brazos de la estatua, y ella estaba pronta para echarse en ellos.

Después de dulce rato de estática contemplación, Jovina se puso de pié, y sondeó con la vista las lóbregas profundidades del recinto; estaba absolutamente sola... Nó; que allá cerca de un confesionario se destaca la vaga silueta de un sacerdote.

—Padre mío, balbucea la joven, que se ha acercado al ministro de Cristo, quisiera ofrecer á Nuestra Señora de la Perpetua Misericordia, á quien debo inestimables favores, una joya de escaso valor mercantil, pero valiosísima por los puros sentimientos que representa. Dígame, reverendo padre, ¿cómo podré hacer el obsequio yo misma?

—Nada más fácil, hermana. Voy á llamar al cuidador de la capilla, y él le ayudará á usted en la realización de su piadoso propósito.

Minutos después llegaba Jovina, con el auxilio de la escala que le había procurado el cuidador, hasta la imagen de María, y le tocaba devotamente las manos, el cuello, la corona. Acto continuo se despojó de su querida sortija, la besó por última vez, y la ensartó en el cordón que sujetaba al cuello de la imagen la capa de paño de oro.

—Te la ofrezco, madre y consuelo de los que sufren, murmuró Jovina; te la ofrezco, para que de cuando en cuando vuelvas tus ojos misericordiosos hacia los seres que me interesan. Protege, Virgen santa, á Rosita y á Juan, haz la dicha de los dos, dad la salud á

todos mis hermanos y á mí la resignación y el olvido.

La joven bajó, y de nuevo prosternada enfrente del altar, tuvo la dicha de sentirse fortalecida y consolada. Al mismo tiempo fué testigo de un maravilloso fenómeno de óptica. A la pobre luz de la araña solitaria, la joya puesta por Jovina en el manto de la Virgen irradiaba sobrenaturales fulgores: toda la faz de María parecía envuelta en un nimbo resplandeciente y glorioso. Involuntariamente Jovina murmuró:

—¡Es la corona que ceñirán en el cielo las conciencias puras!

Y dirigiéndose á la lamparilla, esta vez con vehemencia é intención, dijo:

—Quisiera yo, como tú, consumirme en el servicio del Eterno, quisiera acompañarte en tu privilegiada existencia, arder desde la mañana al crepúsculo y desde el crepúsculo á la nueva aurora, hasta que se agotasen mis terrenales fuerzas y mi espíritu pudiese volar libre á la región de la inextinguible ventura...!

¿Fué una ilusión, ó realmente vibró en los oídos de Jovina una voz que ella creyó salida de los lábios mismos de la imagen? Lo cierto es que al corazón de la piadosa niña llegaron, como una respuesta, las siguientes palabras:

—Levántate, hija mía predilecta, tu lugar no está aquí, sino en el mundo; en la lucha y el sacrificio podrás consumirte con más fruto para la gloria de Dios...

Cuando después de dos horas de devoción, Jovina abandonó el santuario de la Virgen de la Perpétua Misericordia, su alma gozaba de indescriptible contento, su rostro resplandecía de afectuosa y serena abnegación. Al verla sonreír Daniel, como si la felicidad se anidase en su pecho tan atribulado, no pudo dejar de hacer esta reflexión de irrefutable lógica:

—Hace pocos instantes, esa alma sufría el más cruel de los tormentos; ahora se siente inundada de dulce y plácida alegría. ¿Qué ha ocurrido en el intervalo? Nada más que una visita á un lugar triste, tenebroso y frío, donde un miserable candil escasamente ilumina una grotesca escultura... ¡Hecho cierto, experimental, científico, que se escapa á la investigación filosófica, y que para el moralista es un arcano si no lo examina á la luz de la fe!





XV

La mejoría que se había producido en el estado de Rosita duró poco más de una semana. Así como una lámpara, cuyo aceite está próximo á agotarse, da, antes de extinguirse, toda la fuerza de su luz, así manifestó Rosita todo lo que le restaba de aliento vital en los días que sucedieron al anuncio de la realización de sus ensueños.

El júbilo, la animación, la felicidad que su semblante tan ingenuamente traducía, engañaron á los que la rodeaban, y aun al mismo médico, que ya no venía sino de tarde en tarde. Ella pasaba la mayor parte del día en pie, arreglando con Jovina su ajuar de novia, que aumentaba y se embellecía entre los dedos mágicos de la hermana mayor.

En el taller, las bordadoras más prolijas adornaban la ropa de la futura esposa; su vestido blanco, de una elegancia y una sencillez adorables, la hacía proferir

infantiles exclamaciones de regocijo. Juan se sonreía al contemplar la exhuberancia de su gozo, le aseguraba á cada instante que ella sería la novia más preciosa del mundo.

Jovina se consagraba con tanto ardor á los preparativos de boda de su hermanita, que ésta le dijo una vez en tono de cariñoso reproche:

—Pero querida, tú no te afanas sino por mí y te olvidas de lo que personalmente te interesa. Tu ajuar no está ni siquiera empezado.

—Sabes que yo tengo casi todo lo que necesito, y, desde que he de casarme sólo dos meses después que tú, tiempo sobrado tendré para completar lo que me falte.

Don Cátulo Sorites venía á veces á casa de los Torrellas, reconocido oficialmente como el novio de Jovina. Todos lo habían acogido con gusto, salvo Juan, que no podía disimular su malquerencia hacia el hombre que iba á ser el esposo de su antigua prometida: le manifestaba una frialdad exagerada, que don Cátulo fingía no advertir, y que no pagaba con la misma moneda, pues era un carácter enteramente exento de malévolos instintos.

Faltaban unos ocho días para el matrimonio de Juan y de Rosita, cuando la salud de ésta experimentó una alteración sensible. Una mañana la traicionaron sus fuerzas; no se pudo incorporar en su lecho. Llorando amargamente dijo á Jovina:

—Temo no poder llegar hasta el deseado instante, hermana mía, ¡me siento tan mala!

El médico, llamado con toda precipitación, no abrió la boca sino para indicar la necesidad de una consulta: fué éste un pronóstico fatal para la enferma.

Al día siguiente, la pobre niña, pálida y extenuada, pero más que nunca ansiosa de vivir, salía para un pueblecillo cercano á la cordillera. Iba acompañada de Jovina y de Juan.

El viaje la cansó horriblemente, aun cuando él se verificó en las mejores condiciones apetecibles.

Allá en las faldas de la montaña, aspirando un aire rarificado que imponía menor fatiga á sus quebrantados pulmones, consiguió reanimarse un poco; pero, esa ligera ráfaga de salud fué tan fugaz que no alcanzó á infundir la más leve esperanza.

Jovina, consternada, llamó á su abuela, á sus hermanos, al médico que había atendido á Rosita.

Don Cátulo Sorites acudió también al lado de la moribunda. Ésta se veía, pues, rodeada de todas las personas que la amaban con adoración, algunas de las cuales no habían vacilado en inmolarsé por salvarla. Pero, ¡ay! Dios había dispuesto que una virgen más adornase su trono: el sacrificio de Jovina, el de Juan, el de don Cátulo, la joya piadosamente ofrecida á la imagen de Nuestra Señora de la Perpetua Misericordia, nada de eso había logrado retardar el fatal momento; á lo sumo se habían conseguido suavizar los postreros días de la infeliz criatura, se había proporcionado un espegismo de dicha á esa rubia de gentil cabeza, que, ya cansada de luchar, se dejaba atraer indolentemente por el vértigo de lo desconocido.

*
* *

Jovina había preguntado á la enferma si no le agrada-
ría anticipar el matrimonio que ella y todos deseaban
tan sinceramente ver realizado.

—¿Por qué? dijo Rosita, sorprendida. ¿Temes acaso
que me vaya á morir? N6, hermanita, n6; el mal que
me aqueja es una crisis definitiva de la cual voy á salir
sana y fuerte para siempre... Este aire es tan benéfico!
¡Me siento rodeada de una atm6sfera tan liviana y
pura! ¡Ya no palpita mi coraz6n con la violencia que
antes, los desvanecimientos que hace poco te causaban
espanto, han desaparecido; ahora me despierto m6s des-
ahogada y tranquila... N6, n6; Juan conducir6 al al-
tar á una mujer sana y buena, á una Rosita hermosa
y alegre.

Momentos despu6s, asustada de su debilidad, cons-
ciente de la gravedad de su estado, decía á Juan:

—Me voy á morir, amigo mío, me voy al cielo; all6
continuar6 am6ndolo con toda mi alma. ¡Oh! ¿sabe
usted lo que pienso á veces? Pienso que usted debiera
haberse casado con Jovina... ¡Juan, nuestro amor ha
durado lo que la existencia de la mariposa, ha sido un
desvarío, un breve rengl6n en la blanca p6gina de mi
vida... ¡Cuando yo haya desaparecido de la tierra es
preciso que usted sea el esposo de mi pobre hermana!

—¡Qu6 has de morirme, querida chiquilla! replicaba
Juan jovialmente, aun cuando tenía el coraz6n lace-
rado. Vivir6s largos a6os y ser6s feliz, seremos felices
los dos.

Entonces ella clavaba sus pupilas azules en el espacio ambiente, sonreía á una visión encantadora y volvía á decir, con voz semejante al gemido del viento cuando atraviesa la copa de los árboles frondosos:

—Amigo mío, ¡qué extraña claridad ilumina ahora á mi razón! Algo aquí (tocándose la frente), algo aquí me asegura que Jovina lo ama á usted con la misma intensidad que en otro tiempo, ¿se acuerda? en aquella casita del Cerro Alegre que nos vió nacer ricos y felices... Mi hermana ha sepultado su cariño en lo más profundo de su corazón, para obligarlo á usted á abandonarla y á casarse conmigo... Si eso fuese ¡qué conducta tan admirable y sublime! ¡Sacrificar todo aquello que hace soportable este penoso tránsito por el mundo! y ¿en beneficio de quién? De una pobre muchacha enfermiza y majadera... ¡Parece imposible! Será que tengo el delirio... Estaré divagando... De veras, Juan, yo sería muy dichosa en el cielo si un coro de ángeles viniera un día á anunciarme el casamiento de usted con mi adorada hermana...

Juan entretanto hacía sobrehumanos esfuerzos para no estallar en sollozos.

Ella, con esa movilidad de espíritu tan frecuente en los enfermos graves, volvía á decir momentos después:

—¿Ha visto usted mi traje de boda? ¡Es tan bonito Jovina lo ha hecho enteramente con sus propias manos... ¿Cree usted que el señor Sorites... nombre más raro... Daniel dice que en filosofía esa es una manera de raciocinio... yo no entiendo esas cosas... ¿En qué estaba? Ah si, ¿cree usted que don Cátulo... otra ra-

reza... Mi hermano mayor también me ha referido no sé qué historia sobre ese nombre... Parece que se llamó así un escritor griego. No, no era escritor... era emperador. Ni tampoco era griego, sino latino. ¿Era latino, Juan?

—Sí, Rosita.

—¿En que estaba?

—Habías dicho: Cree usted que el señor Sorites...

—...¿Hará dichosa á Jovina?

—Y ¿por qué nó?

—Es muy serio.

—Cualidad recomendable.

—¿Y era serio el emperador?

—¿Qué emperador?

—El otro pues, el latino...

—Tengo entendido que no era emperador.

—Poeta...

—Algo así.

—¿Y era serio?

—No mucho. Te diré la verdad, Rosita, yo no le he conocido, y mal podría darte pormenores sobre ese caballero.

—El poeta quiere mucho á Jovina... ¡El poeta! ¿Seré loca?... Don Cátulo quiere mucho á mi hermana, pero mi hermana lo quiere más á usted... y usted me quiere más á mí, y no es verdad?

—Sí, Rosita.

—Y si á mí se me ocurriera amar más á don Cátulo que á usted, sería como quien juega á «Cobre allá». ¡Qué curioso!... ¡Qué curioso!...

La niña cae en una especie de letargo, y despertándose de repente, á los pocos segundos:

—¡Juan!

—¿Qué, amiguita?

—No era emperador, ni poeta, ni filósofo, ni Sorites . . . ¡era teniente de navío!

Entenas no podía resistir á tantas emociones. Esa vida de finjimiento y de dolor continuos, esos desgarradores coloquios lo habían anonadado.

Cuando, lejos de Rosita, se reunía la familia, un silencio mortal reinaba en su seno. Miguelito no se alejaba un instante del lado de su abuela, se sentía acosado por un terror inexplicable y oraba siempre, pidiendo al Niño Dios que aliviase á la hermanita enferma.

*
* *

La mañana está fría, mustia, lluviosa. Una niebla compacta oculta los Andes; la golondrina tiende su vuelo á flor de tierra, y la paloma que se lanza atrevidamente al espacio agita con penoso esfuerzo las pesadas alas. Lúgubre quietud oprime á la atmósfera, la espesa neblina confunde al cielo con la montaña y la llanura, la naturaleza toda parece disolverse en un caos plomizo.

Rosita ha sufrido también un sacudimiento singular; el hilo fragil que en ella uné el alma al cuerpo, se estira, se adelgaza, está vecino á romperse. La moribunda comprende ese trastorno: es para ella la señal de partida. Así como el infeliz condenado presenta re-

signadamente la cabeza al hacha del verdugo, así ella se entrega sin más combate á la espada de la suerte; no pide gracia, sino que se deja absorber poco á poco por esa sensación sepulcral que todo lo envuelve. Los ruidos del mundo ya no llegan á su oído sino como el soñoliento campanileo del rebaño que lentamente se aleja allá en la loma, hasta perderse tras de la bruma.

Los séres que la aman están todos ahí alrededor de su cabecera, custodiando con desesperante ternura sus últimos instantes de vida. Ellos saben que Rosita se les va, los abandona irremediamente, llamada por la voz imperiosa de su Creador. Han hecho prodigios para diferir la hora de la suprema despedida . . . sus impotentes esfuerzos no han servido más que para destrozarse corazones y amargar existencias . . . No les queda más que inclinarse reverentes ante la voluntad soberana.

Rosita ha querido levantarse . . . sentarse en un sillón.

Sostenida por Jovina y Juan, no tiene ya suficiente aliento para sonreírles. Pero sus ojos tristes, profundos, expresivos, hablan de su cariño y gratitud, dando el último solemne adiós. De pronto su tez asume ese color ceniciento que es la máscara de la Muerte, sus labios descoloridos se entreabren con dificultad, y dejan adivinar, más bien que oír, un murmullo que parece un eco de ultra tumba.

—¡Juan . . . ! ¡Jovina!

Esos dos nombres queridos son sus postreras palabras . . . En medio de un nuevo esfuerzo para articular otros sonidos, su alma inocente sacude sus terrena-

les cadenas; su cuerpo exánime cae en los brazos de los dos séres que por ella más han sufrido, y su cabellera de oro se esparce sobre ellos, los inunda como caricia póstuma, que el alma, al desprenderse hubiera dejado oculta en los sedosos, perfumados pliegues . . .





XVI

¡Morir! Palabra para los unos terrorífica, para los otros de esperanza; para aquéllos trágicamente pavorosa, para éstos dulcemente halagadora, tormento del injusto, segunda redención del bueno, que al oído del héroe suena como grato estampido de metralla, y al del escritor y del sabio como la solemne voz del ujier que los introduce al templo de la inmortalidad. El soldado no la teme, la aguarda y le sonrío; ella graba de su nombre los indelebles caracteres en el libro de oro de los anales patrios. Al poeta no le asusta, porque él sabe que en alas de sus rítmicos acentos recorrerá su memoria el tiempo sin fin y los espacios sin fronteras. El justo la acoge con el regocijo del que se entrega al descanso después de la jornada bien cumplida. . . .

Pero, si la muerte propia no tiene, para las almas grandes, ese aspecto de fantasmagoría teatral y trágica con que el vulgo pusilánime ve el término de la terre-

nal carrera, la muerte de un sér querido es un espectáculo tan horrible como no es dado á la voz humana describir. El que nõ ha atravesado esos instantes de congoja que mantienen á una criatura amada inciertamente suspendida sobre el insondable abismo que al sér separa del no sér; el que no ha experimentado en el pecho el espantoso vacío que ahí deja una mirada amiga que para siempre se apagó; el que *eso* no ha vivido, no sabe lo que es sufrir, ¡nó, no lo sabe!

¿Para qué tratar entonces de demostrar al lector, por qué Jovina, al regresar á Santiago con todos los suyos, llevaba la consternación en el alma y en el corazón una herida de esas que jamás se curan?

Si ocho días después del lúgubre suceso, alguien hubiese ido á visitar la tumba de Rosita, y á continuación se hubiese trasladado á la triste mansión de los Torrellas, no hay duda de que involuntariamente habría exclamado:

—Allá el perfume, el bullicio, la alegría de la vida, aquí el sepulcro solitario, mudo.

Era así. La virgen muerta descansaba bajo un tupido y alto rosal cuajado de blancas flores; las aves del cielo iban ahí diariamente á gorjear sus más dulces y delicadas notas. Mientras que en la casa de los vivos, ¡qué lobreguez, qué calma! ellos eran realmente los abandonados, cuyo infortunio habría sido piadoso llorar!

Jovina y sus hermanos vieron transcurrir las primeras semanas de duelo en el recogimiento más absoluto, sin más comunicación que la muy estricta con el resto de los mortales.

Juan se había eclipsado, sin previo anuncio, cuarenta y ocho horas después del fallecimiento de Rosita; don Cátulo Sorites se había retirado también sin ruido, y nadie lo había vuelto á ver en la calle.

Una mañana Jovina recibió una carta:

«Querida amiga, no me mueve á escribirle la dolosa intención de avivar su pesadumbre; tampoco la de maldecir al destino, aun cuando el nuestro ha sido excepcionalmente cruel. Por uno de sus frecuentes caprichos, nos unió en la dicha, y por otro capricho, nos separa en el dolor, ahora, hasta la muerte, hasta la eternidad tal vez.

«El corazón, Jovina, es debil y cobarde: he temido que al despedirme de usted verbalmente, flaquearan mis fuerzas, por tantos motivos quebrantadas.

«Vengo, pues, á decirle adiós.

«Aquí en el pecho, llevo la entera persuasión de que, á pesar de los tormentos á que ninguna criatura logra sustraerse, usted ha nacido para ser feliz. Mi presencia material entre usted y el hombre á quien ha elegido usted por compañero, sería un obstáculo permanente para la dicha que les pertenece á ambos, y que á ambos deseo con toda la sinceridad de mi alma.

«Mi memoria, envuelta en el gracioso cuadro de risueños días que fuéron, volverá sin duda á revivir en ese pecho, que en otro tiempo llenó; eso puede ser para usted origen de pesar y de tristeza, y es preciso evitarlo. Para evitarlo no hay más que un medio: el olvido. Junto con la prosperidad, ventura y alegría, se lo deséo también.

—¿Qué será de mí? No lo sé. Probablemente, naufrago de la vida, haré lo que el naufrago de los mares: dejarme arrastrar por la corriente, aferrado á los despojos flotantes de mi barca, hasta una playa cualquiera. . . ¿Será hospitalaría? ¿Será ingrata? Tampoco lo sé.

—«Cuando no tiene el corazón más fortuna que los desengaños que he sufrido, nada asombra ni atemoriza ya. No tema usted por mí: sería un gasto de compasión inútil, que, con muchísimo más fruto podría usted verificar en otra parte.

—«Cumplido el propósito que me impulsó á escribirle concluyo como empecé, diciéndole:

«Adiós, Jovina.

JUAN

Jovina leyó la carta de Juan como quien se impone de una noticia ya sabida.

—La esperaba, murmuró, doblando tranquilamente el papel.

Y era cierto.

Jovina aguardaba una carta de Juan, y estaba segura de que esa carta contendría las ideas de la que acababa de recibir.

¿Por qué?

La joven amaba sinceramente al marino, lo creía noble y leal, amante y abnegado; lo consideraba adornado de todas las virtudes. Por otra parte, la carta de Juan era injusta, inmotivada, casi paradójal. ¿Cómo podía cohonestarse contradicción tan abierta entre la consecuencia y sus antecedentes?

Ello es que tiene el sentimiento intuiciones misteriosas que penetran y sondan el alma ajena sin necesidad de medios materiales; ello es que hay algo en nosotros que se desprende de nosotros, va á lo íntimo de los séres á quienes amamos, contempla lo que ahí pasa y vuelve á nuestro foro interno provisto de preciosas informaciones. Eso que los antiguos llamaban adivinación y que los modernos llaman magnetismo animal, fuerza psíquica, sugestión, y de otras diversas maneras, es una entidad real y positiva, que toda persona, por poco observadora que sea, más de una vez habrá advertido. Y aun aquellas que nada observan recordarán quizás, sin trabajo, ¡cuántas veces, al ver llegar una carta, al sentir un golpe en la puerta de calle, en presencia de un hecho trivial de la cotidiana vida, no se han estremecido sin más causa, cual si ya tuviesen conocimiento de la infausta nueva que van á oír!

Á Jovina, pues, no le sorprendió la carta de Juan. La había sospechado, sin más fundamento que las insinuaciones de esa incomprensible fuerza psíquica, tanto más poderosa entre dos séres cuanto más estrechos son los vínculos de cariño que los unen.

Pero, si la joven no manifestó asombro, ni murmuró, ni se quejó, ni se deshizo en llanto, experimentó, no obstante, con más violencia que nunca las punzadas del sufrimiento moral.

* * *

Don Cátulo Sorites aguardó algunos días para hacer su visita de pésame.

La primera vez que fué á ver á los Torrellas, después de la partida de Juan (que él ignoraba), expuso á Jovina el deseo de hablar con ella confidencialmente.

—Señorita, le dijo, cuando se vió sólo con la joven, el sacrificio de usted sería hoy inútil y supérfluo: vengo á devolverle su palabra.

Jovina le tendió la mano.

—De un hombre caballeroso y magnánimo como usted, replicó, no podía yo esperar otra cosa.

—Jovina, repuso don Cátulo, y disculpe que me atreva á interpelarla así... Jovina, yo no la amo á usted como se ama á una futura esposa; amo y admiro en usted á una heroína de la humanidad. Yo le debo á usted mucho, más de lo que podré pagarle: le debo el único rayo de sol puro, cálido y sereno que haya iluminado la noche oscura y fría de mi existencia, desde que mi santa madre murió. Yo deseo la dicha de usted, y pues no ignoro donde ella se encuentra, créame, Jovina, no alimentaré sino gratos sentimientos cuando la vea unida al hombre que ha tenido la rara y envidiable fortuna de lograr su cariño. Yo no sufriré, sino que estaré gozoso sabiendo que usted es feliz. Mi afecto se extenderá á todo lo que la circunde ó toque; más aun, ya siento que ese joven marino es para mí un hermano, y que lo quiero verdaderamente.

—¡Bendito sea Dios! exclamó Jovina, por haber puesto en mi camino á un ser tan generoso como usted, señor Sorites, pues, se lo digo con toda la ingenuidad de mi alma, la energía que hasta hoy ha sostenido mis facultades comenzaba á desfallecer. Nunca como

ahora he necesitado del apoyo de un corazón amigo para librarme de las opresiones del excepticismo y de la duda; nunca he necesitado como en este instante, que la voz de un justo vindique al cielo de la acusación de arbitrariedad que he formulado contra sus decretos!...

—¿Ha visto usted á Juan desde su vuelta á Santiago?

—¿Juan?... ¡se marchó! ¿No lo sabía usted? ¡Se marchó y... no volverá más!

Al dar esta respuesta, Jovina mostraba á don Cátulo un papel arrugado que acababa de sacar de su bolsillo.

Sorites recorrió con la vista las líneas trazadas por Entenas, y repuso:

—¿Cómo lo dejó usted irse, sin protesta? ¿Por qué no me había dicho usted nada, cuando aun era tiempo para adoptar alguna medida? Pero... esto no puede ser... Inmediatamente me traslado á Valparaíso, y no vuelvo sino acompañado de Juan. En último caso, si es preciso hablaré con el Ministro de Marina... ¡Dios mío, qué extraña equivocación! ¡Separarse, en estos angustiosos momentos, dos corazones que tanto se aman!

—Inútil es su empeño, amigo mío, observó Jovina con tranquilo semblante. A estas horas Juan debe estar á mucha distancia de aquí. Puede usted dar por cierto que no me ha enviado su carta sino en el acto mismo de abandonar las costas de Chile... Todo ha concluído, ¡no me queda ni la más remota esperanza de volverlo á ver en este mundo!

— ¡Pobre criatura, prorrumpió don Cátulo, pobre mártir inocente! ¡Qué sufrimiento ha de ser el suyo, Jovina, con Rosita muerta, y Juan desaparecido!... ¡Ah! amiga de mi alma, dígame con lealtad y entereza, ¿qué puedo hacer por usted?

Reflexionó Jovina breve espacio de tiempo, y, como si repentina luz iluminase su frente:

— Sí, don Cátulo, respondió con noble acento, aun puede usted salvarme de la desesperación. Sé que usted ha invertido considerables sumas en la construcción de asilos y casas de refugio para los pobres. Yo profeso á la infancia menesterosa un cariño que me parece una verdadera vocación: se me figura que esos pequeños seres desvalidos me harán olvidar las amargas de mi vida. Confieme usted la dirección de uno de sus establecimientos de caridad: allá iremos, mi abuela y yo, á cuidar á las desdichadas criaturas á quienes no puede atender la miseria moral ó material de los padres!... Mi hermano Daniel sale para Europa el mes entrante; va al viejo mundo á instruirse por cuenta del Gobierno. El otro, Andrés, acaba de ingresar en la Escuela Naval, con las mejores recomendaciones; así es que sólo queda á mi lado Miguelito, que también podrá secundarnos en la administración del asilo. Oportunamente lo haré entrar en alguna escuela profesional para que aprenda un oficio, ¡quien sabe si, con el tiempo, no llegará á ser un distinguido ingeniero!

— Su idea, Jovina, es admirable: la abnegación y la caridad que, indirectamente, han causado sus penas más hondas, ejercidas en otra esfera, la harán dichosa

por todo lo que ha sufrido. En verdad que, después de examinado su hermoso designio, veo dilatarse ante mi vista espléndidos horizontes... El último edificio que he mandado construir está á su disposición, amiga mía, para que en él ejerza usted su humanitaria misión. Está todavía inconcluso y sin amueblar. Es una ventaja: así podrá usted instituir el asilo, desde un principio, como mejor le parezca. Si fuera necesario, se podría dar más extensión á la fábrica, porque el terreno, bastante vasto, lo permite....

—¡Oh, señor, interpeló Jovina entusiasmada, qué de bendiciones van á llover nuevamente sobre su cabeza!

—... Usted elegirá sus cooperadores, continuó don Cátulo, sin reparar en la interrupción de su interlocutora, y cuando el plantel y la manutención estén definitivamente organizados, llamará usted á los infelices, los atenderá y educará como usted sabe hacerlo...

—No sé, pero aprenderé.

—Digo como usted sabe hacerlo, porque tengo testimonios de su extraordinaria habilidad. Sin usted, ¿qué sería de sus hermanos menores? Usted, y no la escuela del Estado, ha sido su verdadera educadora.

—Hay equivocación en lo que usted afirma, señor Sorites, replicó Jovina con gravedad. Por el contrario, me temo haber hecho poco por esos pobres huérfanos.

—Sobre todo por la malograda Rosita, se apresuró en replicar don Cátulo. En fin, yo tengo en usted ilimitada confianza, y no hay más que hablar. Siempre será usted una madre incomparable de los que sólo la

poseen á medias, de esos infelices á quienes Dios no abandona, puesto que les envía tan valioso amparo...

—¡Usted! exclamó la niña con viveza.

Don Cátulo meneó la cabeza tristemente, y dijo:

— En toda mujer de corazón hay una madre, Jovina; mas, no todos los hombres buenos han nacido para ser padres.

Sorites había dicho *han nacido*; la joven comprendió *hemos nacido*, y le pareció ver en esa frase un reproche hacia la Providencia.

—¿No es usted el padre de los desdichados? le observó, con cariñoso interés.

—¿Porque les doy una ínfima porción de mi dinero? replicó él, no sin amargura. Pero, amiga mía, yo entiendo que es un deber elemental de los ricos dar á sus semejantes menos favorecidos, el sobrante de lo que necesitan para vivir holgadamente.

—Son pocos los que respetan ese precepto un tanto... socialista, insinuó Jovina, sonrojándose.

—Repito que es elemental, y todo hombre honrado y opulento debe acatarlo, insinuó Sorites, con una entonación singularmente severa. Mas, no hablemos de tales abstracciones, prosiguió. Lo esencial es que usted posea abundantes recursos para realizar sus fines: mañana mismo le abriré mi banquero una cuenta ilimitada.

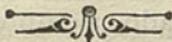
—¡Gracias... gracias! balbuceó Jovina, que recién ahora comprendía la grandeza de ese hombre extraordinario, y se sentía pequeña al lado suyo.

Con lágrimas de gratitud en los ojos le habló en seguida así:

—Al otorgarme usted lo que he solicitado de su inagotable munificencia, me proporciona usted una dicha que no me imaginaba poder alcanzar. Y usted también será feliz, señor, cuando sepa que centenares de desventuradas criaturas le deben su conservación! ¡Señor Sorites, no hay hombre más bueno, más virtuoso, más perfecto que usted!

—No ha habido más que un hombre perfecto, respondió sentenciosamente el filántropo, y ese hombre era Dios mismo.

Jovina le tendió ambas manos. Él las besó respetuosamente con el fervor que anima á un devoto al tocar con sus labios una reliquia santa.





XVII

Largos años han girado ya alrededor de esos días tan crueles para la familia de los Torrellas.

La guerra del Pacífico ha cubierto de gloria á nuestro querido Chile, inmortalizando á los héroes, dando á conocer al mundo la pujanza incontrastable de los hijos de este hermoso suelo.

Entenas ha figurado siempre en primera fila en aquellos combates que han dejado en la historia gigantescos recuerdos; en Angamos y en Chipana, en el Callao y en la embocadura del Loa, en Miraflores y en Chorrillos, por donde quiera, en fin, se le ha visto prodigar audacia y valentía, defendiendo la honra inmaculada de la patria. Á su lado, los bravos caían, erguida la frente, para no levantarse más: él, siempre adelante, desafiando á la muerte por encima de montones de cadáveres, presentando su pecho al plomo homicida, con serena sonriosa desdeñosa... La muerte

no quiso aceptar el desafío. Juan vivió. No se puede concebir lo que ese hombre, sólo con el ejemplo de su arrojo, realizó para gloria de su país.

Fué una soberbia y terrible epopeya esa campaña de Chile contra las dos Repúblicas aliadas. El mundo entero se estremeció de entusiasmo al sentir el eco de esos prodigios de valor ejecutados por los combatientes, cuya fama llegó á resonar en los más apartados rincones de la tierra.

Al término de la lucha el pueblo quiso celebrar sus victorias coronando á sus héroes: Juan Entenas era de los más sobresalientes. Pero, ni el fragor de las batallas, ni la embriaguez del triunfo, ni el patriótico orgullo y la humanitaria satisfacción de la paz honrosamente alcanzada, nada había logrado llenar en el corazón del joven marino el lugar vacante que ahí dejara el recuerdo de Jovina. Antes bien, ese vacío inmenso era una tortura cada vez mayor, que marchitaba su existencia y la hacía insoportable.

Entenas huyó de las fiestas, del bullicioso regocijo; dejó, sin protestar, que se sospechase su conducta, que se le tachase de excéntrico, de misántropo y raro, y, por último, pidió que se le confiase una misión en el servicio activo. Así le fué dado ausentarse nuevamente, dirigirse á países remotos en busca del olvido y la tranquilidad del alma. De noche, en alta mar, mientras conducía su nave por esos campos de agua sin vereda, solía juntar sus suspiros al gemir del viento, y los sollozos, que en horas amargas salían de su pecho á pesar suyo, no encontraban más respuesta en la redon-

dez del océano que la voz ingrata del alcatraz solitario.

A veces en las noches plácidas del cielo de los trópicos, mientras un rayo de luna acariciaba poéticamente la tersa superficie líquida, Juan sentía perderse su alma en un abismo de suave melancolía. Su vista inconsciente sondeaba el lejano horizonte y entre las nubes y el mar le parecía ver surgir de las ondas una dulce y pálida cabecita, circundada por un nimbo de oro. Dos finos labios se entreabrían lentamente, y una voz, tenue como una ilusión, hacía vibrar el nombre querido de Jovina.

— Jovina te ama, sé dichoso con ella; yo soy tu ángel guardian, ¡soy Rosita!

Juan cerraba los ojos, volvía la mente hacia el pasado, veía á Jovina, ora alegre y feliz, ora triste y desesperada; risueña y juguetona, con toda la gracia de la adolescencia en los días de prosperidad, y después, en las horas sombrías, grave, noble y majestuosa en su estoica resignación.

Era la mujer de don Cátulo Sorites, ahora; pero, ¿había encontrado la dicha en su nuevo estado?

¡Ah! ¿por qué huyó él tan precipitadamente? Hubiera debido aguardar... ¿quién sabe si el matrimonio no se había aún verificado! Esta incertidumbre era para él una manera de consuelo: no podía familiarizarse con la idea de que Jovina perteneciese á otro.

Pero la duda no podía subsistir, y la realidad se le presentaba pronto, impasible y cruel. Y Juan, entonces, respondía á la forma humana que iba desvaneciéndose en la atmósfera brumosa:

—¡Rosita, yo no quiero estar más en el mundo: pide á Dios que me llame á su seno!

Si Rosita oyó la súplica, debió de mover levemente la rubia cabecita, y con la mirada transparente de sus ojos de cielo, decirle:

—¡El sufrimiento es la escala por donde se llega hasta aquí!...

* * *

En Santiago y Valparaíso los bizarros individuos del ejército y de la armada victoriosa, habían sido recibidos con frenéticas ovaciones: fué para Chile entero un día de fiesta como no volverá tal vez á presenciar un segundo. La alegría franca y sin mezcla brillaba en todos los semblantes, y una atmósfera de igualdad y de recíproca simpatía borraba las fronteras de las divisiones sociales.

El triunfo era del pueblo, todo del pueblo, nada más que del pueblo. Sin duda, se hacía una justa distinción en obsequio de los héroes de la gran jornada, hijos del pueblo también, y personificación de sus virtudes.

Poemas en prosa y verso ilustrados por Daniel, cantaban las grandes hazañas de nuestros soldados, ensalzaban la magnanimidad de los jefes, hacían aparecer la hermosa figura de Juan Entenas al lado de la de Prat, de Serrano, de Riquelme.

Después de haber perfeccionado en Europa su arte de dibujante y grabador al boj, Daniel había llegado á ser, en Santiago, un profesor notabilísimo.

Los inmortales episodios de la guerra contra las Repúblicas coaligadas, habían venido muy oportunamente á suministrar á su talento temas patrióticos que aumentaron su popularidad.

La admiración y el reconocimiento que la nación entera tributó á los defensores de su honra, parecían sintetizarse y sutilizarse de sorprendente manera en el alma de Jovina, la cual veía en su antiguo novio un héroe entre los héroes, el brazo mismo de la patria, blandiendo la espada vengadora; y á la luz del inextinguible amor que le profesaba, se le aparecía el joven marino como el león soberbio y arrogante á cuyo empuje nada resiste.

Al mismo tiempo experimentaba un secreto orgullo, pensando que ella había sido la primera en adivinar á ese gran corazón, y que la admiración que ella le profesaba y la fidelidad que le guardaba eran un tributo merecido.

Ella no lo volvería á ver, lo sabía. Ella no gozaría á su lado de ese bienestar apacible y benigno que es la terrenal herencia de tantas mujeres amadas. Ella, que había nacido para ser una madre de familia ejemplar, jamás poseería la dicha de la maternidad verdadera, un hogar poblado de querubines, de rostro amable y gentil.

Jovina no se quejaba; adoraba á Dios á toda hora del día; le expresaba su gratitud por la parte todavía demasiado hermosa que le había deparado en este mundo. Porque si Él había puesto á dura prueba su corazón, había sido cuando se trataba de la salvación

de Rosita, y ahora que ese ángel había volado á la celeste patria, ella, Jovina, era la Providencia de la infancia miserable é inocente.

¡Y qué familia era la suya!

El día en que la volvemos á ver, la hallamos á la cabeza del asilo que el señor Sorites ha puesto bajo su dirección. La jóven directora ha convertido ese lugar en el paraíso de los niños pobres, donde reinan la higiene, la comodidad, la quietud, el más escrupuloso aseo, donde la infancia doliente recobra la salud, el vigor, la alegría; donde la débil criatura que acaba de nacer se desarrolla rodeada de atenciones y cuidados, al abrigo de la torpeza de padres sin entrañas; donde el nene escrofuloso y anémico que crece temblando bajo la tutela de un padre vicioso y brutal, encuentra hospitalario refugio para sanar y desenvolverse á la sombra de la caridad y del amor.

No se concibe nada de más agradable, más grato á la vista, más risueño que ese asilo *Carlitos* que Jovina ha creado.

Es un edificio de tres pisos, pintado de color blanco; grande, extenso, está circundado de follaje y de flores. Majestuosas alamedas rectilíneas que se cruzan, vastos patios protegidos contra los rayos del sol por árboles de frondosa copa, sirven para la recreación y el ejercicio al aire libre de los pequeños internos. Los dormitorios, los comedores, las salas de clase son habitaciones inmensas, llenas de luz y de aire puro; la pulcritud y la limpieza se notan en todas partes.

Son las diez de la mañana; un medio centenar de pe-

queñuelos, de dos á cinco años de edad, limpios, relucientes como espejos, juegan y retozan, respirando salud y lozanía, bajo la vigilancia de dos muchachas jóvenes que Jovina ha recogido y educado. No son éstas las únicas infelices á quienes ha brindado su caritativa protección. Varias otras niñas, que habrían podido naufragar en medio de las borrascas de la existencia, han ido á buscar ahí alimento del cuerpo y del espíritu, la fuerza perdida y saludables consejos. Jovina les ha abierto su corazón, les ha enseñado la virtud, retribuye bien sus servicios, así es que en la noble empresa que dirige es ayudada no sólo por interés, sino también por sincero cariño.

En una sala de estudio, un grupo de nenes de seis á siete años, leen, cantando en coro, lo que está escrito en un libro de cuentas, hacen sumas y restas en un tablero provisto de bolitas de todos colores; después, en los cuadros de historia natural colgados de la pared, aprenden á distinguir un caballo de un león.

Jovina, que todo lo examina é inspecciona, ha ido á jugar con los más chicos, los ha acariciado tiernamente; á éste le ha arreglado los revueltos rizos, á aquel otro las medias caídas. Todos la llaman mamá, y ella no admite otro nombre; esa denominación conviene á su corazón afectuoso.

En la clase, á su entrada, los muchachos se han puesto de pie instantáneamente, y la han saludado con una reverencia.

¡Cuánto la quieren, y á ella cuán dulce le parece el rocío bendito de ese infantil afecto!

—Señorita, le viene á decir la portera, hay ahí una pobre mujer que trae en los brazos á un chiquillo flacucho, asqueroso y llorón... ¿Le digo que espere?

Jovina corre al locutorio. Delante de ella se alza una mujer de rostro enfermizo, ojos moribundos, voz ronca que, mostrándole el niño, le dice:

—Mi señorita, tómelo, lléveselo, se lo suplico; sálvelo de la muerte. En cuanto á mí, ya lo ve usted, ¡no me queda vida para muchos días!

—Siéntese, señora, replica Jovina afectuosamente. ¿Y el padre de este niño? ¿No trabaja, no le da á usted lo necesario?

—¡Ay! infeliz! él es nuestro verdugo. Cuando, por la noche vuelve al cuarto ebrio y vacilante, me zamarrea tan duramente que por poco no me mata. Sus brutalidades me han secado la leche; el niño si vive, es un milagro. Yo, bien lo siento, no duraré mucho, y más vale así, con tal que el chiquitín quede en buenas manos. ¡Ay, señorita! si usted se encarga de mi pobre Empedoclitos, cuán dulce va á ser mi muerte!

—Lo admitiré con mucho gusto señora, respondió Jovina; pero ha de saber usted que en esta casa se cría y educa á los niños tan sólo hasta los diez años; no se les adopta. Además, no quiero que usted se desespere; una madre verdadera vale cien veces una postiza. Deme usted sus señas, yo iré á ver á su marido, le hablaré, le obligaré á ser más humano con los seres á quienes por ley natural y divina debè apoyo y protección.

La pobre mujer tosía que parecía que se le rasgaba

el pecho. Estrechó á su hijito entre sus brazos y se retiró, resignada, á aguardar la muerte, es decir, para ella, la salvación.

Escenas de este género presenciaba Jovina todos los días. ¡Cuántas confidencias desgarradoras no había oído! ¡Cuántas lágrimas no había secado! Y ¡cómo todos esos dolores de la humanidad incrementaban su abnegación y su cariño hacia los pobres desheredados que el cielo había puesto bajo su custodia!

Tan pronto como la infeliz mujer hubo desaparecido, Jovina tomó el mamón que aquélla le había dejado, y lo condujo á un gran cuarto con murallas calzadas de mármol blanco: era el cuarto de las abluciones. La joven directora sacó de un armario monumental que allí había, un juego de ropa de niño; se puso un delantal con mangas y soltó dos llaves, la una de agua fría la otra de agua caliente, que en breve llenaron una tina de las muchas de diversas dimensiones que el recinto encerraba. Á continuación se puso á fregar en el tibio líquido á su nuevo inconsciente pensionista. Experimentaba un placer intraducible jabonando y restregando ese cuerpecito nada pulcro, virgen hasta entonces del contacto del agua clara.

Cuando apareció el mamón limpio y fresco en sus nuevas vestiduras, no era el mismo muchacho de antes, la metamorfosis había sido completa.

Jovina llamó á una de las nodrizas del establecimiento y le confió el nuevo huésped, de quien el baño y, más que el baño, un prolongado ayuno, habían aguzado el formidable apetito.

*
* * *

Esa era la vida de la noble joven en el asilo *Carlitos*: á esa institución consagraba ella todos sus sentimientos y desvelos.

La familia Torrella, entretanto, había experimentado una dicha inesperada. Un famoso oculista francés, recién establecido en la capital, había ejecutado una de sus primeras y más felices operaciones en la vista de la señora Griselda. La excelente abuela recobró la luz de los ojos, que parecía perdida para siempre. Ahora distinguía las personas y los objetos casi con la misma claridad que en otro tiempo, y podía secundar eficazmente á Jovina en los quehaceres del asilo. Ella hablaba á los pequeñuelos capaces de comprenderla, de la bondad de Dios, que jamás abandona á sus criaturas; les enseñaba á rezar y les narraba las poéticas y conmovedoras historias de la Biblia.

Don Cátulo, que había donado el edificio y dotádolo de las comodidades apetecibles, no necesitaba ya sostener el establecimiento: éste se mantenía con recursos propios. Jovina había logrado asegurarle una renta de más de cuarenta mil pesos al año por medio de generosas donaciones y subsidios particulares, y cuando un diputado, más bien inspirado que inteligente, pidió de *motu proprio* al Congreso una subvención especial para esa admirable institución de beneficencia, Jovina se había apresurado á escribirle para darle las gracias y rogarle que desistiese de su intento, pues estaba re-

suelta á rechazar toda intervención oficial en su humanitaria empresa. En esa carta había una frase deliciosa: "Hay dos cosas, decía, que el Gobierno jamás podrá hacer, y son: *educar y amar.*"

La verdad es que el asilo *Carlitos* tenía protectores de la mayor importancia y en número respetable. Con una habilidad que era un esfuerzo del genio, Jovina había puesto un precio muy subido al título de patrono de la institución, y no eran pocas las personas acaudaladas que lo pretendían sin fruto, pues todo el dinero que ofrecían no bastaba á borrar ciertas manchas de conducta, referentes acaso á la manera cómo el mismo dinero había sido adquirido. Indudablemente Jovina, al revés del ilustre y mal inspirado Vespasiano, pensaba que el dinero tiene siempre olor, y á veces tan nauseabundo que lo rechaza hasta la más vulgar delicadeza.

Merced á la considerable influencia de los sostenedores y patronos del asilo, tan pronto como los niños llegaban á los siete años de edad, Jovina los ponía en alguna escuela profesional donde hacían el aprendizaje de un oficio útil. Á veces, también, el niño, convertido en un elemento de trabajo capaz de producir y de ahorrar, era devuelto á la casa paterna, donde Jovina, sin perderlo de vista, seguía protegiéndolo con la misma espontánea abnegación.





XVIII

¡El asilo *Carlitos!*

¿Por qué le habían dado ese nombre?

Era en la época de la fundación del establecimiento.

Bajo la inteligente dirección de Jovina, el edificio había asumido un aspecto ameno y elegante; las numerosas habitaciones se amueblaban, los jardines se formaban, la fachada sencilla é imponente tomaba cuerpo. Llegó por fin el día de la inauguración y del bautizo.

Andrés Torrella proponía una denominación muy adecuada á sus consabidas aficiones: *Gimnasio de Salud*.

—Porque, decía á su hermana, me halaga presumir que tan pronto como los parvulillos puedan colocar un pie delante del otro, les impondrás la gimnástica obli-

gatoria. Por lo demás yo me encargaré del ramo: haré que los chicos aprendan el paso redoblado y el cambio de frente por derecha é izquierda; á los grandes los iniciaré en los misterios del trapecio y de la barra fija.

Aun cuando no se admitió su indicación respecto del nombre, sus servicios fueron aceptados con reconocimiento.

Él había cumplido con su promesa. En los momentos que le dejaban libres sus estudios náuticos, volaba á Santiago y se consagraba por entero á la desarticulación colectiva de los pupilos de su hermana.

Á veces había resistencias, miradas suplicantes dirigidas á Jovina, á doña Griselda, hasta á Daniel y Miguelito, que también solían presenciar los famosos ejercicios. Andrés no escuchaba nada, no oía nada, sino las legítimas insinuaciones del sublime arte acrobático, y cumplía impertérrito con su misión. Después decía, muy fundadamente, á la verdad, que gracias á los ejercicios gimnásticos, sus alumnos podían gastar en zapatos lo que ahorraban en médico y botica.

Por muy propia que á primera vista pareciese la denominación sugerida por Andrés para el asilo, ello es que fué rechazada por la unanimidad menos un voto.

Miguelito propuso el nombre de *Mamañera de San Juan*. Daniel observó que eso era un contrasentido.

Se habló de Rosita, de otros queridos muertos, para bautizar el asilo con su nombre; pero no hubo acuerdo, y se sometió la cuestión á estudio.

Mientras tanto ocurrió el acontecimiento siguiente: Como Jovina, según su cotidiana costumbre, visita-

se las casuchas ó tugurios de la vecindad, penetró un día en un cuarto de donde salían desgarradores gritos. ¡Qué espectáculo se ofreció á su vista! Una desdichada mujer, loca de desesperación, con los cabellos en desorden, extraviada la mirada: en sus brazos un niño, blanco como la cera, á quien llamaba con los más dulces nombres que una madre puede dar al fruto de sus entrañas. La infeliz lo estrechaba delirante, suplicando al cielo que no lo dejase morir. El niño era hermoso como los ángeles de los pintores del Renacimiento. La palidez de la muerte sombreaba sus facciones; las finas curvas de su rostro se alargaban, se estiraban como el arco cuando la cuerda se afloja; su garganta, oprimida por implacable dolencia, se estrechaba paulatinamente, y de sus grandes ojos perdidos en el fondo de su órbita, salían fulgores semejantes á los fuegos fatuos de una tumba. Todo su cuerpo se estremecía á impulso de una respiración dificultosa que era horrible escuchar...

Jovina se quedó estupefacta: en su vida había sentido emoción más violenta.

Se arrodilló delante del niño, y un sentimiento de piedad y de amor como jamás había vibrado en su pecho otro tan intenso, la movió á desear con todas las fuerzas de su alma la vida de esa preciosa criatura.

Con una inquietud dolorosa preguntó á la madre:

—¿Qué tiene?

La respuesta fué una palabra espantosa:

—¡Difteria!

—¡Dios mío! exclamó la señorita Torrella, ocultán-

dose el rostro entre las manos. Y después vivamente:

—¿No ha llamado usted médico, una junta?...

—¡Oh señorita! replicó, interrumpiendo, la atribulada madre, todo ha concluido, ¡no hay más remedio ni esperanza!

Y volvieron á estallar sus sollozos.

Era una persona de distinguido aspecto, rubia, de ojos nada vulgares y cutis blanco y fino, circunstancias todas que se destacaban con más relieve de los harapos de indeciso color que le cubrían el cuerpo.

Esa mujer, sin duda, era uno de tantos náufragos de la existencia, como, perdido el derrotero, el aliento moral que impulsa á seguir la línea recta, sin velas ni timón, se dejan arrastrar por cualquier corriente y van á escollar en cualquiera playa.

—No hay más remedio, repitió... Vengo del dispensario, de donde me han despedido, diciéndome que era inútil tentar nada porque el niño iba á morir de todos modos. ¡Ah! señorita, habrían podido salvarlo!... ¡Si yo hubiese tenido dinero, si lo hubiese cuidado desde el principio!... Pero nada, no tenía recursos. ¡Pobre hijito! Lo dejaba completamente solo mientras lavaba, y cuando él me llamaba con su llanto, yo no le oía... y ahora se va y me deja! ¡Dios mío, qué voy á hacer!

Jovina miraba, petrificada, indecisa, ella, de ordinario tan serena y resuelta.

El niño recobró una llamarada de vida. Se llevó á la boca uno de sus pequeños dedos, echó sobre Jovina

primero, sobre su madre después, una mirada larga, suplicante, desesperada.

—¡Me ahogo! decían esos grandes ojos negros elocuentes. ¡Quítenme lo que tengo aquí, eso es lo que me mata! Y, con voz apenas perceptible: ¡Agua! pidió.

Ellas lo contemplaron con pavor: el niño se iba.

—Un poco de leche caliente, pronto, muy pronto, dijo la señorita Torrella, sin reflexionar, y movida tan sólo por el deseo de hacer algo en ese solemne instante.

Sobre un brasero medio apagado había un tiesto de hojalata que contenía leche. Jovina tomó una cucharada y trató de introducir por esa boquita hinchada, desfigurada por la espantosa enfermedad, un poco del líquido alimenticio; pero ¡ay! el hilo que unía al cuerpo el espíritu del querubín estaba tan próximo á cortarse, que la tentativa fué estéril; la leche repelida por la garganta inaccesible, volvió á salir por las narices blancas, diáfanas como el alabastro. ¡El niño había muerto!

Jovina sintió una pena inmensa al participar de la angustia de esa madre infortunada. La pobre mujer no tenía amparo alguno; se dejó arrastrar por Jovina, maquinalmente, ocultando en su seno, bajo el miserable mantón, el cadáver de su angelito.

Ese pequeño cuerpo, vacío de aliento vital, viudo de alma; ese despojo inerte de lo que fué una existencia risueña, florida y lozana, era el primer niño que recibía en sus hospitalarios muros el asilo de don Cátulo. El acontecimiento impresionó fuertemente á los Torrellas. Todos manifestaron su simpatía por esa débil criatura

que pocas horas antes había tenido vida orgánica y sensibilidad, conocimiento del mundo y conciencia de su propio sér, y que no era ya sino una cadena rota que el alma había abandonado para siempre.

En la tierra se había llamado Carlitos; y para honrar su memoria, Jovina quiso absolutamente dar ese nombre al establecimiento que iba á dirigir. La madre sanó de sus quebrantos físicos; de su pena nó. Para mitigarla se entregó con todos sus sentidos al cuidado de la infancia, que á todas horas le recordaba el perdido bien.





XIX

En el mes de febrero de 1890 los Torrellas se encontraban todos en Valparaíso, donde Miguel, que había llegado á ser un mecánico notable, iba á ensayar públicamente un elevador eléctrico, inventado y construído por él.

Á pesar de su edad avanzada, doña Griselda había sido de las más entusiastas por presenciar el experimento, que en su opinión había de dar maravillosos resultados. Orgullosa de su nieto, que era, á la sazón, un caballero muy bien educado, y un hombre útil á su país, la abuela, alegre y rejuvenecida, se apoyaba suavemente en su brazo; los buenos porteños, ya familiarizados con esas dos interesantes figuras, las contemplaban al pasar con palmarias muestras de estimación y de simpatía.

Háy que hacer esta justicia al mundo: que, si es fe-
roz su egoísmo, si es glacial su indiferencia enfrente de
la pobreza y la desgracia noblemente soportadas, no
escatima jamás su admiración ni su aplauso al esfuerzo
que el éxito ha coronado. Tal sucedía con la familia
Torrella. Despreciada, abandonada quince años antes,
cuando terrible é inmerecido infortunio había ido á
golpear cruelmente á la puerta de su tranquila y opu-
lenta mansión, la misma sociedad que, ignorante y
ruin, la repudiara en el preciso momento en que más
apoyo y adhesión le debía, esa misma sociedad que-
maba ahora á sus plantas el incienso del adulo, y men-
digaba tímida y humilde una sonrisa de sus labios.

El sentimiento de bella apariencia que impulsaba á
los antiguos amigos de los Torrellas á reivindicar sus
fueros de tales, como si jamás los hubiesen perdido, no
era, en resumen, sino una de las infinitas formas que
reviste la vanidad humana, ó, más propiamente, la im-
becilidad humana, por cuanto los vicios sociales deben
atribuirse mucho más á deficiencia de intelecto que á
perversidad de corazón.

Si el azar ó circunstancias extremadamente desfavo-
rables hubiesen vencido la fuerza de alma de Jovina;
si una sucesión no interrumpida de golpes funestos hu-
biesen quebrantado los resortes de su voluntad, y ella
y sus hermanos siguieran vegetando en las capas infe-
riores del proletariado anónimo, sumidos en la mise-
ria material que no es delito, y en la miseria moral ó
ignorancia que es un crimen, claro está que nunca ha-
brían bajado hasta ellos las miradas del mundo, ese

conjunto de elementos que la naturaleza hizo iguales, y cuya cohesión no se mantiene sino por medio de la fraternidad. Lo que prueba que el mundo que se dice filántropo, no es más que un farsante egoísta, y el mismo mundo, que se dice ortodoxo, no es más que un idólatra vulgar del dios Éxito, culto nada homogéneo, porque también tiene sus cismáticos, y entre los cuales prevalece la envidia en el mismo grado que la admiración.

Daniel daba el brazo á una encantadora mujer, (la suya desde hacía algunos años), y Andrés conducía de la mano á dos preciosos chicos, un hombrecito de seis primaveras y una nena de cuatro. Andrés, el tío *Cabriola* como lo llamaban sus sobrinos, había dado en la carrera marina pasos de coloso. Era teniente primero, y dentro de poco iba á casarse con la hija de un armador francés, de monsieur Robilant, de la Gran Compañía de Navegación de *Robilant et Fils* de Marsella. La novia era preciosísima, y habría sido perfecta sin la dote insolente que adornaba su canastillo de boda: cinco millones de francos en acciones del Banco de Francia.

Jovina, siempre hermosa, á pesar de su cabellera de nieve, el semblante joven, los ojos dulces y expresivos, la sonrisa fascinadora, iba acompañada de una niña de ocho años que respondía al nombre de Rosita, recuerdo tal vez de la otra Rosita, que se había retirado ¡ay! tan temprano á dormir el eterno sueño. Esa niña era el retrato vivo de Daniel, y su hija mayor, ídolo de

la tía Jovina, á quien devolvía en puro filial afecto la ternura sin límites que aquella le profesaba.

Nuestros amigos aguardaban, con una impaciencia fácil de concebir, el resultado del ensayo del nuevo elevador eléctrico, ensayo que se verificaba en presencia de numeroso gentío. Miguel había adoptado todas las precauciones necesarias para asegurar el buen éxito de su tentativa; él estaba, en el fondo de su corazón, seguro de alcanzarlo estupendo y magnífico, y á fe que bien se lo merecía. En este momento, y por eso mismo, lo vemos escuchar, impasible, las observaciones críticas que acerca del aparato, formulan los ingenieros que componen el Jurado.

Don Cátulo Sorites ha ocurrido también á presenciar la prueba, deseoso de dar un testimonio de amistad al joven inventor. Iba de grupo en grupo, contento y satisfecho, recibiendo como cosa propia la manifestación popular que se hacía á Miguel Torrella. En efecto, si el elevador eléctrico era una invención de Miguel, Miguel mismo ¿no era una invención suya, no le había facilitado él los medios de llegar á ser famoso?

Con benévola sonrisa acogía las felicitaciones dirigidas á sus amigos los Torrellas; daba la mano á éste, respondía á una interpelación de aquél, prodigaba las explicaciones que querían pedirle, y hasta las que nadie le pedía, haciendo valer y resaltar el prodigioso esfuerzo de ingenio que representaba el sencillo mecanismo ideado por su amiguito Miguel. Era un pequeño cuarto corredizo, capaz de contener ocho personas,

puesto entre dos altísimos rieles verticales. Se le podía hacer funcionar con una sola mano, como el más elemental de los juguetes: se oprimía un botoncillo eléctrico colocado al pie de uno de los rieles, y el cuarto subía, lentamente primero, después con mayor velocidad, como por obra de magia. Si se soltaba el botón en cualquier momento, el vehículo se detenía instantáneamente, sin perturbación de ningún género.

Don Cátulo se había desprendido del corrillo formado por los Torrellas y se encaminaba hacia Miguel que, en ese instante sostenía una ligera discusión con los ingenieros del Jurado. Á los pocos pasos, su mirada se detiene sobre una fisonomía que le había l'amado al punto la atención. Nó, no le cabe duda, él conoce al sujeto que la lleva. Esos ojos azul oscuro, de expresión melancólica y profunda son los de... ¿cómo se l'amaba?... ¡Ah! Juan, sí; le parece raro que haya podido olvidar ese nombre. El porte marcial, la cabeza enérgica que él está examinando, pertenecen al célebre marino Juan Entenas, que hoy ostenta con donaire y gallardía el uniforme de oficial superior: es capitán de fragata de la marina de Chile.

Emocionado, lleno de gozo, dejándose arrastrar por los generosos instintos de su corazón, Sorites se adelanta hacia el que fué su rival y á quien tributa ahora un afecto de hermano.

—¡Señor Entenas! exclama, haciendo con la diestra un ademán amistoso.

Juan mira atónito á ese hombre, cuya voz viene á turbar la calma de su espíritu; por medio de un movi-

miento maquinal le alarga la mano. Mas, pronto lo reconoce; las pasiones complejas que en su alma dormitaban se despiertan. Ese hombre es su enemigo, es preciso que se aleje, que huya sin demora de él. ¿No es el ladrón que diez años há le robó el cariño de la mujer amada? . . .

Juan da algunos pasos hacia atrás, pretende confundirse con la muchedumbre. Un anhelo invencible se apodera de su voluntad, quiere saber algo del ídolo de otro tiempo; siente ansias de volver á oír pronunciar su nombre, aspira á la cruel satisfacción de convencerse de que es dichosa al lado de un feliz rival. Por otra parte, su caballerosidad innata le susurra que no es justo corresponder con una actitud hostil á un saludo espontaneo y cordial. Se vuelve, pues, hacia don Cástulo, y en tono seco, pero cortés, le responde:

—Señor, usted no se equivoca, aunque probablemente he cambiado mucho, yo soy Juan Entenas. ¿Le extraña á usted encontrarme aquí? Es la cosa más natural del mundo. El buque de mi mando se halla en el departamento desde ayer. Por los diarios de esta mañana supe que hoy se verificaba el ensayo de un nuevo ascensor eléctrico, y, fuera del interés científico que en mí despierta esa prueba, he reconocido en el inventor á un amiguito de la buena época en que, más afortunado que hoy, yo los tenía. Se llamaba Miguel Torrella, y supongo que será el mismo. . . Ya ve usted que mi curiosidad está suficientemente justificada.

—Curiosidad muy honrosa para el joven y ya afortunado inventor que la suscita. ¿Y ha visto usted á Mi-

guelito? Lo llamo Miguelito porque ese muchacho es para mi algo como un hijo. . .

Juan hizo un movimiento indefinido. . . de disgusto quizás, y respondió:

—No lo he visto aún; en realidad no he podido acercármele. Si bien me he desprendido totalmente de antiguas amistades, lo que no implica que haya contraído nuevas, sentiré un verdadero placer en estrechar la mano de un noble obrero del engrandecimiento de mi país.

—¿Quiere usted seguirme? dijo don Cátulo. No solamente iremos á ver á Miguelito, sino también, si no se opone, á toda su familia, que se encuentra aquí.

Y tomando familiarmente el brazo del marino, lo condujo á un punto donde podía contemplar, sin ser descubierto, á los personajes que don Cátulo había indicado.

Los ojos de Juan se clavaron como saetas en la persona de Jovina. La había abandonado en la primavera de su existencia, y la volvía á encontrar en el otoño de su juventud. Las puras líneas del óvalo de su rostro no habían cambiado, era la misma Jovina que conoció feliz. Quizás en el fondo de su mirada había podido discernir una sombra de melancolía; pero su sonrisa era irresistible como antes lo fué, y salvo un ligero surco, trazado por el sufrimiento en su frente, su tez alabastrina y tersa conservaba todo su encanto. Su cabellera b'anca era un contraste con su rostro joven; se veía que bajo esa nieve prematura vibraban cálidos y nobles pensamientos, como vibra, en los pétalos de la

rosa de otoño, el grato perfume que la distingue de las demás flores.

¡Jovina! ¡Era ella! . . . ¡Con qué devoción absorta consideraba á esa gentil criatura cuya imagen parecía estar incrustada en su mente! Con qué fervor agradecía al cielo ese instante de dicha de que no esperaba volver á disfrutar: ver de cerca, por última vez, antes de desaparecer para siempre á los ojos de los que fueron más que sus amigos, sus hermanos, á esa mujer incomparable que debió haber sido suya, si hubiese lógica en los acontecimientos de este mundo. . .

Pero, ¡oh fatalidad! esa mujer pertenecía á otro hombre! Lo había olvidado en un momento de insensatez, y un incidente fútil venía á destruir de un modo cruel y repentino el poético miraje en que su espíritu se deleitaba. Al lado de Jovina, apoyándose en ella, una donosa chiquilla de siete á ocho años: claro estaba, era su hija, la hija de ella y de don Cátulo Sorites. . . La madre feliz sonríe á esa hermosa prenda del amor compartido. . . Y el otro, el amante del corazón virgen, el primer amor de los dieciocho años. . . olvidado como si jamás hubiese existido! . . .

Juan siente que en su pecho se va á desencadenar una borrasca: la vida vuelve á presentársele como un sainete grotesco, un espectáculo miserable y ruin. Interpela á don Cátulo brusca, duramente:

—Esa niña, allá. . . ¿es de usted?

—¿Quién, Rosita? ¿La nena rubia que acompaña á la señorita Jovina? . . .

La *señorita*. . . Esa palabra fué en el pecho de Juan

el rayo de sol que atraviesa las nubes tempestuosas.

—¿Ha dicho usted la *señorita* Jovina? observó, sin reparar en lo raro de semejante pregunta.

Sorites replicó tranquilamente:

—Esa niña es hija de Daniel. . . ¿No se acuerda usted de Daniel, otro hermano de. . . Jovina? También son suyos los otros dos niños que tiene Andrés á su lado. Como usted puede advertirlo, la familia Torrella se ha aumentado; además son dichosos: han alcanzado la fortuna mediante la abnegación y la fuerza de voluntad de su hermana. Á ella se lo deben todo; pero, ¡cuánta es la idolatría, cuánta la veneración que le profesan!

Juan estaba muy turbado; no se atrevía á comprender, no se atrevía á preguntar, ni siquiera se atrevía á pensar. Sorites había hecho diversas insinuaciones que le permitían colegir que él no era el esposo de Jovina; mas esta no era una verdad inconcusa, no estaba probada por una afirmación categórica.

El pobre mozo estaba lo más perplejo; bebía ávidamente las palabras de don Cátulo, que lo examinaba á hurtadillas.

—¡Ah, ah! amiguito mío, decía éste para sus adentros, la has hecho sufrir un martirio atroz durante diez años, ¿qué son diez minutos de amarga duda, comparados con esa interminable agonía? Admites la posibilidad de que Jovina sea mi mujer, ¿no conoces á tu novia, no la has conocido nunca! Has podido dudar un segundo ¡qué digo, años enteros, de su fe de su lealtad, de su amor! Te la has imaginado capaz de en-

tregar su corazón á otro hombre, no habiendo ya de por medio un sacrificio como el que, para vivir, necesitaba Rosita! ¡Ah! ¡la ofendes, la injurias, pobre ciego! ¡Pues bien, sufre, sufre todavía!

Entenas daba lástima. Tenía los ojos inyectados de sangre, palidecía y se sonrojaba alternativamente, su pecho era arena de combate de las más contrapuestas sensaciones.

Don Cátulo reanudó la conversación, se puso á hablar de Andrés Torrella. Ahí estaba, dando el brazo á doña Griselda: era todo un buen mozo ¿verdad?; y aprovechado; obra de Jovina, al fin. Ella no había perdonado afanes ni sacrificios para conseguir que fuese, como sus hermanos, un hombre distinguido y prácticamente útil á sus compatriotas. Y doña Griselda ¿no había él notado nada en su mirada? Esos ojos, cuya luz parecía extinguida, habían vuelto á encenderse, Dios había permitido que la piadosa madre viese el rostro de sus nietos y biznietos.

Don Cátulo hablaba y hablaba, sin decir, en resúmenes cuentas, gran cosa, volviendo sobre el mismo asunto, agotando las descripciones más nimias.

Entenas no hallaba qué hacerse. Sorites, con toda su verbosidad, no le había dicho nada que viniese á disipar su incertidumbre.

—¡Señor! prorrumpió de repente, airado, terrible. Fué un grito de desesperación. Algunos circunstantes volvieron la cabeza, sorprendidos.

—Amigo mío, le observó Sorites en voz baja ¿está usted indispuerto? Alejémonos de este lugar público

donde atraemos las miradas de los indiferentes. Usted parece estar muy excitado; dígame, por Dios, ¿qué le pasa?

El trastorno que notaba en el semblante de su interlocutor hizo comprender á don Cátulo que la prueba había durado demasiado, así es que con la mayor naturalidad, mientras ambos se alejaban de aquel sitio, añadió:

—Se me figura que usted tendrá deseos de volver á ver á la señorita Torrella... Pero ¡qué distraído soy! no había dicho á usted lo principal! Jovina lo ama á usted siempre, como en los primeros momentos. Ha rehusado sistemáticamente todos los partidos, alegando que ya no le pertenece su corazón. . .

—¿Es decir que Jovina no es la esposa de usted? interrumpió ruidosamente Juan.

—¿Mi esposa? repitió don Cátulo, fingiendo caer de las nubes. ¿Cómo pudo caber en la cabeza de usted una suposición tan estrafalaria? ¿Entonces usted no conoce á la señorita Torrella, no la ha visto nunca, no sabe quién es? ¿Ignora usted que es la virtud, la longanimidad personificada? ¡Ah, infiel, ¡ah, ingrato empedernido!

Después, como si tuviese una súbita inspiración:

—Es verdad, murmuró, como hablando consigo mismo; mejor es que no la vuelva á ver. No tiene ese derecho. Él la ha olvidado y poco ó nada le interesa; ella nó, y la entrevista puede hacer sangrar antiguas heridas. . .

Y á Juan en tono severo:

—Tiene usted razón, amigo mío, márchese usted, desaparezca para siempre. ¿Qué le importa á usted ver ó nó á la señorita Jovina, cuando ya es para usted una mujer cualquiera? En cambio, ella ha sufrido mucho, sufre aún, y sufrirá hasta la muerte; eso sí que el Cielo, compadecido de ella, ha procurado nobles distracciones á su dolor. Márchese usted, Juan, no trate de verla. ¡Sería un acto de violencia impropio de un cumplido caballero, de un héroe como usted! . .

Entenas se había encontrado en infinitos combates, había visto otras tantas veces la muerte cara á cara, impávido, provocador; jamás le había temblado el pulso, jamás se había ofuscado su sereno espíritu.

Pero ahora temblaba junto á Sorites como las hojas de los árboles ante el viento de otoño; le parecía que iba á ser destrozado por algo mil veces peor que la metralla, algo monstruoso, aterrador, incierto, ¡Juan tuvo miedo! . .

Insensiblemente nuestros dos personajes se habían apartado de la compacta concurrencia, y se hallaban ahora, solos, sin testigos, detrás de un edificio en construcción, abandonado por los trabajadores, que sin duda habían sido atraídos por la novedad del elevador eléctrico.

Juan, pues, tuvo miedo. Con voz insegura:

—Amigo, balbuceó, porque usted es mi amigo, ¿no es verdad, Sorites?

—Por cierto, comandante, ¿puede usted dudarlo?

—Amigo, ¿cree usted que Jovina me recibiría con indulgencia si me atreviese. . .?

—¿Y sería usted capaz. . .? interrogó á su turno don Cátulo ¿sería usted capaz de proporcionarle tanta dicha?

—¡Pero hombre, exclamó Entenas, trastornado, no ves que estoy dispuesto á dejarme aplastar cómo insecto vil, si por ese medio logro provocar su hechicera sonrisa, no ves que la adoro como un fanático demente, no ves que si Jovina no es mía, no me separo de tí sino para irme á pegar un tiro!

Don Cátulo, desde el fondo de su alma, agradecía á Juan la familiaridad y la franqueza con que éste le abría su corazón. Sin seguirlo al terreno del trato familiar á que el marino había llevado el coloquio:

—Comandante, respondió, no puede usted calcular cuánto me congratulo de haber vuelto á encontrar a usted. Este momento es uno de los más felices de mi vida. No se trata de que usted se pegue un tiro, ni de cosa que se le parezca: hay dos señoras muy respetables y muy dignas que necesitan de usted; la patria (y don Cátulo se descubrió) y Jovina. La señorita Torrella lo aguarda á usted desde hace diez años, y se figurará que lo aguarda tan sólo desde ayer. Imagínese usted también que su ausencia ha sido de breves horas, preséntese á ella, dígale sencillamente: «Aquí estoy Jovina mía». Le afirmo á usted honradamente que esa es una dicha que ella espera, que cree merecer, que no la asombrará cuando le llegue!

—Noble, desinteresado amigo, replicó Juan, tomándole ambas manos con efusión, hombre sin par, corazón delicado y grande, el cielo te bendiga y te prodigue

sus más preciados favores! Ningún sér tan perfecto como tú, ninguno más digno de una compañera cual Jovina. . . Pero tú comprendiste que era á mí á quién ella amaba, tú no has querido enturbiar ese amor que yo, como un necio ingrato, deseché! Sorites, amigo mío, que Dios te devuelva centuplicada la dicha que hoy me proporcionas!

Don Cátulo estaba enternecido. ¡Quién sabe si en ese momento no experimentó el goce más completo que existe, la felicidad verdadera, que se funda en el olvido de la propia para asegurar la de los demás!

—Venga, comandante, dijo por último á Juan; Jovina nos aguarda.

—¡Oh! nó, por favor, replicó el marino; todavía nó! Necesito algunos minutos de recogimiento para acostumbrarme á la idea de ser feliz después de haber sido tan largo tiempo desgraciado! ¡Jovina! Voy á verla, voy á hablarle, voy á beber una vez más en sus miradas el intenso y puro afecto que siempre me ha profesado! . . . Le aseguro á usted que no tengo valor para soportar tanta ventura. Mire usted, estoy temblando como un cobarde en presencia de la mayor alegría de mi vida!

—¡Pobre amigo! comprendo su situación y me doy cuenta del trastorno que ha de experimentar su alma frente á una transición tan grande y repentina. . . Francamente, á pesar de cuanto le he dicho de la señorita Jovina, tal vez sea más prudente aperecibirla para la sorpresa que la espera. Estamos alojados en la Fonda Internacional, calle de Serrano. Suba usted á mi cuarto,

el número 19, mientras voy á reunirme con la familia, y esté pronto para la solemne entrevista.

—Eso es lo mejor, dijo Juan, alejándose.

*
* * *

El éxito de la nueva invención de Miguel Torrella había sobrepujado las más lisonjeras esperanzas.

El jóven mecánico se veía rodeado de amigos que lo felicitaban, á cual con mayor entusiasmo, por su ruidosa victoria; la familia escuchaba con legítimo orgullo las alabanzas que se prodigaban á uno de sus miembros. Jovina, radiante y satisfecha, daba, desde lo más íntimo de su alma, gracias á Dios por tan hermosa prueba de proteccion divina y á los que le hablaban del triunfo de su joven hermano, respondía:

—Ese chiquillo es mi hijo menor, mi Benjamín. ¡Y con qué prodigalidad me paga el querido muchacho todos mis desvelos!

—Sí, afirmaba Miguel: á esta adorada hermana, á esta madre sin segunda debo todo lo que sé y todo lo que soy. ¡Dios me dé fuerzas para probarle que no soy un ingrato!

—Pero ¿dónde se habrá metido Sorites? preguntó Andrés, que acababa de echarlo de ménos.

—De veras ¿dónde está don Cátulo? exclamó Jovina. Sería curioso que no viniese á darnos los parabienes.

El filántropo llegaba en ese instante, corriendo.

—¡Ha sido un acontecimiento! le dijo Jovina: sólo nos faltaban las felicitaciones de usted!

—Pues aquí las tiene, señorita, las mías y las de otra persona que me encarga de trasmitírselas.

—¿Otra persona?

— Sí, un amigo... Pero ya es tiempo de retirarnos...

La comitiva, compuesta de doña Griselda, Jovina, sus hermanos y Sorites, tomó el camino de la fonda, comentando, como era de suponerlo, los incidentes del ensayo de Miguel.

Cada cual se fué á su habitación á prepararse para la comida, que estaba próxima.

Don Cátulo, que se había quedado atrás con la señorita Torrella, le observó:

—Las felicidades, al igual de las desgracias, no vienen nunca solas...

—Por qué dice usted eso, interrogó la joven.

—Entremos á este salón, señorita. Tengo que comunicarle un acontecimiento por lo menos tan fausto como el triunfo de Miguel.

—¿De veras?... Dios mío, ¿qué será?

—¿Conoce usted la parábola del hijo pródigo?

Jovina, que se había sentado, prorrumpió, poniéndose de pié bruscamente:

—¡Juan ha vuelto!

Sorites afirmó con un ademán.

—¿Está aquí? murmuró la señorita Torrella poniéndose muy pálida.

Don Cátulo repuso con gravedad:

— Cuando el hijo pródigo volvió arrepentido al ho-

gar de su padre, éste hizo matar la res más gorda y servir los vinos más añejos; invitó á sus parientes y amigos y el suceso fué festejado con gran boato y regocijo... Juan, el hijo pródigo de la felicidad, vuelve humilde y contrito...

Jovina hizo un movimiento para hablar.

—¡Oh! interrumpió don Cátulo, él no se presentará sino en virtud de orden expresa de usted. Le falta la energía para venir á recobrar lo que como un insensato abandonó... Su vida durante estos últimos diez años ha sido horrible... me la ha referido toda, y su acento era sincero... Si me hubiese mentido, yo, por primera vez en mi vida, habría engañado á alguien, á él. Le habría dicho: «Márchese, infeliz, márchese á donde nadie lo vea; márchese porque Jovina es mi esposa! Y ese hombre habría muerto ó se habría vuelto loco. Pero ha dicho la verdad. La verdad pura tiene sus inflexiones de voz que un hombre honrado reconoce al punto. Me he atrevido entonces á revelarle que aun es amado, y... su futura dicha le asusta!

—¡Dios mío! exclamó Jovina, con los ojos llenos de lágrimas, me recompensas en un sólo día más allá de los merecimientos de toda mi existencia!

Cuando se presentó Juan, tímido, casi avergonzado, ella, muda, absorta, sólo tuvo fuerzas para echarse en sus brazos y estallar en sollozos.

En esa explosión de dolor se consumieron las reliquias de sus pasadas amarguras. Un momento bastó para borrar todo el lúgubre pasado, y la alegría sin mezcla volvió á brillar en los ojos de la noble joven.

—No me volverás á abandonar nunca, murmuró, ¿no es verdad, Juan?

—Dios me es testigo de que jamás te abandoné, Jovina mía, y el pasado es prenda de nuestro porvenir. Y agregó sonriendo: Es la palabra de un héroe, y los héroes no engañan. La verdad es que mis compatriotas me han endiosado un poco... no demorarán en olvidarme... Para entonces tendré á mi Jovina.

—¡Viva el comandante Entenas! gritó Andrés.

—¡Que viva! repitieron los demás.

—¡Que viva! repitió también una vocecita de tiple que hizo volver todas las cabezas.

—Es Juan, mamá, nuestro querido Juan!

Y el marino, al oír la dulce voz de Jovina, recordando la escena de su primer encuentro con ella después de la separación que á él lo había conducido al destierro y á ella á la indigencia casi, exclamó, como entonces, conmovido:

—Jovina mía, este instante de puro afecto vale una vida entera de felicidad!

Á lo que doña Griselda, con su divina sonrisa, no ya opaca, sino iluminada ahora por la luz de sus ojos redimidos, replicó, como en otro tiempo en análoga circunstancia:

—Gracias, Dios todopoderoso y magnánimo, consuelo de los que sufren y esperan; gracias, ya puedo morir en paz. ¡He conocido la verdadera ventura en el crepúsculo de mi larga jornada!

